
jazmín
los más bellos
romances del mundo
¿Qué era lo que
tenía ese hombre
que hacía que la
vida de Loren
fuese un
desastre?
Novelas
con
corazón
En busca
de emociones
Yvonne Whittal
175 ptas.

En busca de emociones

Yvonne Whittal

En busca de emociones (1985)
Título Original: Ride the wind (1984)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 347
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Steve Beaumont y Loren Fraser

Argumento:

Loren deseaba, desesperadamente, impresionar a Steve Beaumont, pero no tuvo éxito.

En primer lugar, casi le hizo perder un contrato de dos millones de dólares; después, le tiró encima una taza de café hirviendo, y de ahí en adelante todas las cosas le salieron mal.

Ella siempre había sido tranquila, eficiente y capaz. Entonces, ¿que era lo que tenía aquel hombre, que hacía que todo lo que Loren emprendiera se convirtiera en desastre?

Capítulo 1

Movidas por el aire que soplaba, las aspas de acero del molino de viento giraban con lentitud e impulsaban el débil chorro de agua que caía en el tanque, el cual nunca se había llenado durante ese largo y caluroso verano que había secado el pasto para el ganado. Loren Fraser entrecerró los ojos para mirar el cielo cubierto de blanquecinas nubes.

—No habrá lluvia —señaló su padre, que miraba en la misma dirección que ella.

—Tienes razón —suspiró desalentada y se volvió hacia el hombre alto, de facciones duras, que se encontraba a su lado—. Ya está muy avanzada la estación para que llueva.

—Tal vez tengamos grandes chubascos después del próximo invierno.

El rostro y los brazos del señor Fraser estaban bronceados a causa del sol y sus ojos reflejaban esa misma expresión, mezcla de confianza y desesperación, que Loren había advertido en los granjeros de la zona de Aberdeen durante ese verano. Nunca perderían la fe de que llegarían tiempos mejores, aunque una vez más se sentían desolados.

—Tenemos que compensar los años malos con los buenos: la sequía no va a durar siempre —Will se expresó con optimismo, como lo había hecho la mayor parte de su vida.

Loren sonrió con tristeza mientras escuchaba el lúgubre chirrido del molino de viento y observaba la árida tierra, donde las ovejas, más allá de la cerca, trataban de pastar.

—¿En qué piensas, Loren? —la voz de su padre interrumpió sus pensamientos.

Ella metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y fijó la vista en las botas cubiertas de polvo. Era la oportunidad que había esperado; necesitaba el mayor valor para hacer aquello que no podía retrasarse más.

—Voy a dejar el empleo con el señor Kruger —por fin habló. Sus palabras flotaron en el breve silencio que se estableció entre ellos.

—¿Ya se lo has comunicado?

—Lo hice a principios del mes, trabajaré hasta el jueves

próximo.

No hubo recriminaciones, lo que era característico de su padre; sin embargo, lo que le preguntó sabía que causaría revuelo.

—¿Lo sabe tu madre?

—No se lo he dicho aún, esperaba contar con tu apoyo cuando se lo diga esta noche.

—No va a ser fácil convencer a tu madre de que hiciste lo correcto.

—Lo sé, papá, estoy cansada de que la gente siempre esté intentando casarme. Lo que nadie parece entender es que no estoy preparada para el matrimonio, me niego a que me obliguen a hacer lo que no quiero.

—¿Has decidido a dónde irás?

—Sí —frunció el ceño y bajó la vista hacia sus botas, como si de allí pudiera sacar ánimos—. Me iré a Johannesburgo.

—Eso está lejos de aquí, pero si es lo que deseas…

Will Fraser no terminó la frase, no había necesidad de decir más. Puso su pesado brazo sobre los hombros de Loren, y se alejaron del molino de viento, atravesando lentamente el terreno polvoriento para llegar a la camioneta.

El hombre tenía razón en cuanto a que no sería fácil convencer a su madre de que había decidido lo mejor, sin embargo, en aquel momento, Loren tenía a alguien de su lado que la apoyara.

El domingo por la noche después de cenar, le dijo a su madre la noticia de su partida.

—¿Que lo has dejado? —inquirió Jean Fraser con voz aguda a causa del desconcierto y la agitación que experimentó, al tiempo que arrojaba la servilleta sobre la mesa, junto a su taza de café—. ¿De modo que ese anuncio que Matt Kruger ha estado publicando no es para encontrar a alguien que te ayude?

—Es para reemplazarme —confirmó Loren y miró directamente a su madre, cuyos ojos revelaban su confusión.

—¿Por qué? Matt Kruger es tan…

—Lo sé, madre —Loren, impaciente, la interrumpió—. Es muy buen abogado y simpático, pero tú sabes que toda la gente ha hablado de nuestra relación.

—Es natural —protestó Jean Fraser—. Has trabajado con él mucho tiempo y habéis salido juntos muchas veces.

—Y sobre ese fundamento tan endeble todos aseguran que no pasará mucho tiempo para que se escuchen campanas de boda en Aberdeen.

—Ya no eres una niña, Loren, tienes veinticinco años.

—¡Exactamente! —Loren procuró dominarse y trató de parecer tranquila—. Mamá, por favor, entiende. Os agradezco a todos que os preocupéis por mi soltería, pero me resulta molesto, al igual que a los hombres que se han arriesgado a salir conmigo.

—Matt Kruger no se ha enfadado por eso —arguyó su padre.

—Matt Kruger es un hombre sincero, amable y un día se convertirá en el marido de una afortunada mujer; sin embargo, yo no quiero ser ésa.

Jean Fraser suspiró rendida.

—Algunas veces pienso que no deseas casarte.

—Eso no es cierto y lo sabes, madre. Me gustaría tener un marido y unos hijos, pero…

—Pero el hombre apropiado no ha llegado aún —Will Fraser intervino.

—¡El hombre apropiado! —exclamó despectivamente Jean—. El problema con Loren es que no permite que nadie se le acerque lo suficiente para saber si es apropiado o no.

—Y en cuanto a eso ¿a quién se parece ella? —arguyó Will, quien con una expresión burlona miraba a su esposa—. Cuando te conocí tenías veintiocho años y hasta ese momento no habías dejado que ningún hombre se te acercara, sin embargo llegué yo y te volviste loca por mí.

—Nunca me volviste loca —protestó Jean indignada.

—Casi lo hice, puesto que nos casamos a los dos meses de habernos conocido.

—Lo acepto, pero… —Loren vio que su madre vacilaba—. No creas que no me afectaba el que mis amigas se casaran y tuvieran hijos. Me encantaba verlas felices y las envidiaba, pero no iba a casarme con el primer hombre que llegara. Si no hubieses entrado tan intempestivamente en mi vida, Will, me habría quedado soltera y me da pavor pensar que eso le suceda a Loren.

Su ansiosa mirada se encontró con la de Loren, que la cogió de la mano.

—Te quiero, mamá y te agradezco que te preocupes por mí, pero

debes darte cuenta de que la situación en Aberdeen se ha vuelto insoportable.

—¿A dónde irás? —preguntó Jean resignada.

—He encontrado trabajo en Johannesburgo, en una compañía llamada Beaumont Engineering, empezaré a trabajar el lunes próximo.

—¿Por qué tenía que ser en Johannesburgo? —protestó su madre.

—Porque es un trabajo muy bien pagado.

—¿Y dónde vivirás?

—Me alojaré en un hotel, hasta que encuentre un apartamento.

Durante el silencio que siguió, Jean Fraser observó a su marido como si buscara consejo.

—Si eso es lo que quieres, supongo que no podemos hacer nada.

La víspera de irse, Loren descansaba en el porche de su casa. Se sentía triste, había sido un día de despedidas, ninguna de las cuales había resultado agradable. Matt Kruger había sido un excelente jefe y buen amigo, pero, ya no podía soportar más los comentarios que la gente hacía sobre ellos.

Todavía faltaba lo más difícil. Tendría que dejar a sus padres y a esa semidesértica región del país que quería tanto, no era algo que ansiaba hacer. Levantó la vista hacia el cielo azul oscuro, donde las estrellas brillaban tanto que daba la impresión que con levantar la mano podían tocarse. Loren suspiró mientras entraba en la casa y en silencio se dirigió a su cuarto.

Tenía que dormir, si deseaba levantarse temprano al día siguiente, sin embargo, estaba muy inquieta. El espejo del armario reflejaba la imagen de una joven alta y delgada, cuya cabellera brillante, dorada, le caía hasta los hombros. Sus ojos, de color ámbar, reflejaban preocupación y sus largas pestañas sombreaban sus mejillas. Su nariz era pequeña y recta, el mentón, redondo y firme, y la boca sensual. Era una mujer atractiva y la rodeaba un cierto aura de reserva que intrigaba a la mayoría de los hombres, aunque ninguno había tenido la oportunidad de acercarse lo suficiente para saber lo que se hallaba debajo de esa apariencia serena. Ninguno, excepto Matt Kruger.

¡Matt! Loren pensó en él, mientras que, sentada en la cama, miraba las maletas. Matt Kruger podía ser un abogado implacable, pero como hombre era amable y considerado. Después de cuatro años de haber sido su secretaria, habían llegado a ser muy buenos amigos. Matt fue el primero en darse cuenta de que Loren no podía seguir aguantando los comentarios de la gente.

—Tienes que alejarte de este sitio —le sugirió una mañana—, secretarias como tú se encuentran a millones y, aunque no quiero perderte, te aconsejo que te alejes de aquí.

Loren sonrió al recordar cómo se había sobresaltado al oírle decir eso. Aborrecía la idea de abandonar las llanuras del Karroo, pero conforme pasaba el tiempo empezó a encontrarle sentido. Tenía que ir a donde su vida personal fuera sólo asunto suyo; y entonces comenzó a buscar empleo en otro lugar. Beaumont Engineering, una compañía ubicada en Johannesburgo, le hizo una increíble oferta, así que un viernes por la mañana cogió el avión en George para ir hasta allí y entrevistarse. Había regresado a Aberdeen ese mismo día sin que nadie, excepto Matt Kruger, supiera la verdadera razón de su viaje.

Loren contuvo un bostezo y miró el reloj que estaba junto a la cama. ¡Las doce y media! Tenía que dormir un poco si quería salir temprano por la mañana, sólo Dios sabía dónde estaría la noche siguiente.

Durmió muy mal, en sus sueños se mezclaban de manera caótica el pasado y el desconocido futuro, sin embargo, al despertar se sintió más descansada. Sus padres estuvieron de acuerdo con que no habría despedidas tristes ni prolongadas, aunque eso no evitó que Loren contuviera las lágrimas, cuando al fin se alejó de la granja en su coche verde, esa mañana de abril. Le esperaban muchas horas de viaje, además parecía que ese día haría un calor abrasador.

Fue un viaje largo, cansado, porque Loren se detuvo varias veces a lo largo del camino. Ya anochecía cuando llegó a Johannesburgo y se instaló en un hotel. Se dio un baño para aliviar la fatiga de su cuerpo y se puso ropa apropiada para la cena; antes de bajar al comedor llamó por teléfono a sus padres.

—¡Menos mal que has llamado, estábamos preocupados! —oyó el lamento de su madre, cuando al fin les telefoneó.

—Estoy perfectamente, madre —le aseguró Loren—. Estoy un

poco cansada, pero estaré mejor mañana, después de haber dormido.

—Espero que te hayas alojado en un hotel decente.

Loren paseó rápidamente la mirada por el cuarto, advirtiendo por primera vez el lujo que la rodeaba y sonrió con ironía.

—Es muy decente.

—Escríbenos y avísanos si necesitas algo —comunicó el padre más tarde, cuando tuvo la oportunidad de hablar con ella.

—Lo haré tan pronto como me establezca —prometió Loren.

Después de colgar el teléfono, Loren bajó al restaurante.

Había bastante gente en el lugar, notó Loren cuando la conducían a una mesa. Pidió la cena y mientras esperaba, paseó la vista por la sala y, finalmente, fijó su atención en dos hombres que estaban sentados en una mesa cerca de la suya. Parecía que se trataba de una reunión de negocios y no de placer, ya que de vez en cuando abrían sus cartapacios para estudiar algunos documentos o intercambiarlos. No obstante, uno de ellos, en particular, atrajo fuertemente su atención. Era de pelo castaño, e iba impecablemente vestido con un traje de magnífico corte.

Loren se interesaba poco en el filete que al fin le llevaron a la mesa. Una y otra vez, su mirada volvía hacia aquellos hombres; ella, apenas si probaba la comida, mientras estudiaba el recio perfil del más joven, quien ligeramente le daba la espalda a la joven. El rostro bronceado, la nariz afilada y la boca cincelada perfectamente. Era bastante atractivo. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta, quizá?

Él se volvió como si hubiera sentido que le observaban, y por un segundo electrizante, sus miradas se encontraron, antes que ella bajara los ojos y se concentrara en la comida. Se ruborizó y su corazón, al latir, golpeaba tan fuerte sus costillas que tuvo la impresión que se le iba a salir del pecho.

Loren no se atrevió a volver a mirarle.

Cuando por fin levantó la vista y se dio cuenta de que los hombres se disponían a salir del restaurante, de nuevo sus miradas se encontraron. Los ojos de él se clavaron en ella, de inmediato su cuerpo se estremeció y suspiró aliviada cuando él se marchó.

Sin embargo, cuando finalmente subió a su habitación, descubrió que no podía olvidar al hombre del restaurante. Percibió

un dinamismo y una vitalidad difíciles de olvidar, aunque resultaba poco probable que lo volviera a ver.

Loren pasó el fin de semana paseando por la ciudad, y el lunes a las ocho de la mañana se presentó para trabajar. Con el pase provisional que le habían entregado, cruzó la puerta de seguridad de Beaumont Engineering. No le fue difícil encontrar el departamento de contabilidad, situado en el piso superior del edificio. Harvey Griffin, el contable jefe, era un hombre de baja estatura pero robusto, que parecía bastante amable. Todo en la oficina estaba tan ordenado que facilitó a Loren acostumbrarse a su nuevo empleo.

Harvey Griffin le dijo que en la cafetería para el personal servían una comida excelente y ese día, al salir de su oficina, unos minutos después de la una, se topó con una muchacha morena y atractiva que dejaba la oficina que estaba al otro lado del pasillo.

—¿Eres Loren Fraser, la nueva secretaria del señor Griffin? —preguntó al acercarse a Loren.

—Sí.

—Yo soy Natalie Miller y también trabajo en el departamento de contabilidad —se presentó—. Voy a la cafetería, ¿quieres que te enseñe el camino?

—Gracias —Loren sonrió agradecida, así no tendría que vagar por el amplio edificio hasta encontrar lo que buscaba.

La cafetería casi estaba llena, sin embargo, se sirvieron la comida fría y encontraron una mesa vacía en el extremo opuesto del enorme salón.

—¿Desde cuándo trabajas aquí? —preguntó Loren.

—Desde hace casi cuatro años.

—Me imagino que conoces a la mayoría de los empleados.

—Sí, a casi todos. Y tú, ¿trabajas con un abogado?

—Sí —respondió Loren—. Me resulta un poco extraño pertenecer a una compañía tan grande.

—Te acostumbrarás —aseveró Natalie, quien terminó de comer y servía el té—. ¿En dónde estás alojada?

—Por el momento en un hotel, espero encontrar un apartamento.

—Aquí en Johannesburgo no es fácil encontrar algo decente y que no cueste un dineral. ¿Te urge mudarte?

—Sí —admitió Loren, irónica—. Es caro vivir en un hotel.

Natalie puso su taza sobre la mesa y estudió a Loren.

—Mi hermana y mi cuñado están buscando a alguien que ocupe su apartamento durante tres meses, mientras ellos viajan a Europa. La renta que piden es muy baja y te dará tiempo para buscar otra cosa.

—Bueno, yo… —Loren no supo qué decir ante la inesperada oferta.

—Mira, te daré su dirección y te espero allí esta tarde a las siete y media. Puedes examinar el lugar y decidir si te gustaría quedarte.

Natalie se adelantó a la negativa de Loren, sacó una pluma del bolsillo de su falda y garabateó la dirección en una servilleta.

—No sé que decir —Loren movió la cabeza, mientras Natalie le daba el papel—. Ni siquiera me conoces.

—Soy muy acertada para juzgar a las personas, así tienes que ser si quieres sobrevivir en esta ciudad —señaló con tono grave—. Me gustaría que conocieras a mi hermana y vieras el apartamento, después, decidirás.

—Eres muy amable.

—Gracias —Natalie, alegremente, se olvidó del asunto y Loren se sentía abrumada cuando minutos después salieron de la cafetería.

Harvey Griffin no era un jefe exigente y Loren se dedicó más que a nada a «tantear el terreno» durante su primer día en Beaumont Engineering. Esa tarde, en el hotel, cenó temprano y se dirigió en su coche hacia el lugar cuya dirección Natalie Miller le había dado.

Quince minutos después aparcaba frente a un edificio de ladrillos grises, el cual parecía moderno y bien cuidado en su fachada; no obstante, ahora que estaba allí se sentía nerviosa ante la idea de alojarse en el apartamento de otra persona. Como no deseaba fallarle a Natalie, cogió el ascensor y subió hasta el noveno piso y a las siete y media llamó el timbre que estaba al lado de una puerta de madera.

Natalie Miller, quien parecía mucho más joven vestida con pantalón vaquero y una camiseta, le abrió la puerta y la llevó adentro para que conociera a su hermana, Caroline y su cuñado, Robert York. Caroline era rubia, pero hubo poco tiempo para conocerse, ya que las dos hermanas llevaron a Loren a recorrer el apartamento, amueblado lujosamente, con todas las comodidades.

Contaba con un dormitorio que recibía la luz del sol durante el día.

—¿Qué te parece? —Natalie, entusiasmada, la animó cuando regresaron al salón, donde ya las esperaban las copas de vino que Robert les había servido.

—Es un apartamento precioso y está muy bien situado —Loren titubeó al principio, no deseaba comprometerse.

—¿Te quedarás? —preguntó Caroline; luego rio al darse cuenta de su insistencia y explicó—: Estamos desesperados, nos vamos pasado mañana y nos gustaría saber que ocupará el apartamento alguien a quien podamos confiar el cuidado de nuestras cosas.

Una expresión divertida apareció en los ojos de Loren.

—¿Cómo sabéis que podéis confiar en mí?

—Nos basta que Natalie diga que eres la persona indicada —respondió Caroline.

No existía ninguna razón para no aceptar, decidió Loren.

—Me quedaré y cuidaré todo esto.

—¡Maravilloso! —casi al unísono exclamaron las dos hermanas. Después de discutir los detalles finales, Loren se relajó y pasó una agradable tarde en su compañía; luego regresó al hotel.

El segundo día en Beaumont Engineering fue para Loren más tranquilo que el primero, además, Natalie se convirtió en una amiga que la ayudó a acoplarse a su nuevo ambiente de trabajo. Constituía una mina de información, cada vez que aparecía en la oficina de Loren; así ésta conoció a la mayoría de los empleados, aun sin haberlos visto.

Un día se dirigían a la cafetería, cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y un hombre alto salió, a grandes pasos y tras él apareció una elegante mujer mayor. ¡Era él! El hombre que había visto en el restaurante del hotel, durante su primera noche en Johannesburgo; al reconocerlo sintió como si una corriente eléctrica la estremeciera.

—Mañana a primera hora envíe ese contrato, señora Markham —ordenó él.

—Sí, señor —respondió la mujer.

—Si urgen algunas dudas, puede consultar con Jim MacDonald.

—Sí, señor —aseveró la mujer de nuevo y lo siguió hasta afuera del edificio, momentos después desaparecieron.

—¿Quién era ése? —preguntó Loren, exhalando el aire

lentamente.

—Ése, querida Loren, era el jefazo en persona —le informó Natalie—. Supongo que podríamos considerar a Steve Beaumont como el capitán de este enorme barco donde navegamos diariamente, no se hace ningún movimiento sin que él no se entere.

—Steve Beaumont —Loren repitió su nombre casi sin darse cuenta de que hablaba mientras caminaban hacia la cafetería.

—Parece como si hubieras visto a un fantasma.

—¿Qué? —Loren volvió a la realidad—. Yo… es un hombre que impresiona.

—¡Ya lo sé! —Natalie rio en respuesta al argumento poco convincente de Loren para explicar su asombro.

Mientras comían, Natalie añadió con voz baja:

—En la compañía hay muchas que darían cualquier cosa por estar siquiera cinco minutos a solas con él, sin embargo, es muy reservado y muy pocos conocen su vida privada.

La discusión en torno a Steve Beaumont terminó allí, no obstante, Loren se sentía inquieta por algún motivo que no podía explicarse.

El resto de aquel día y el siguiente, Loren estuvo nerviosa, debido a la excitación de mudarse al apartamento de Caroline y Robert. Mejoró bastante su estado de ánimo cuando Natalie asomó la cabeza por la puerta de su oficina, a última hora de la tarde.

—¿Necesitas ayuda para mudarte esta tarde?

—No tengo mucho que llevar, pero si pudieras acompañarme…

—En ese caso, te veré en el apartamento.

Antes de que Loren pudiera responder, Natalie desapareció; treinta minutos después llegó la hora de ir a casa. A casa. Durante los siguientes tres meses éste sería un apartamento ajeno; confiaba en que transcurrido ese tiempo, podría mudarse a un lugar propio.

Loren no tenía prisa por dejar el hotel aquella tarde. Quería dar tiempo a Caroline y Robert para que salieran al aeropuerto antes de que ella llegara al apartamento, así que se puso unos pantalones y un suéter cómodos antes de guardar el resto de sus cosas. Le habían enviado la cena a su habitación y después de comer tranquilamente, bajó para pagar la cuenta del hotel y pedir que alguien recogiera sus maletas.

El portero que cuidaba los apartamentos le entregaba la llave,

unos minutos después de las ocho, cuando llegó Natalie.

—Te enseñaré cuál es tu plaza de garaje; luego te ayudaré a subir las maletas —le prometió a Loren.

Gracias a la ayuda de Natalie, tuvieron que hacer un solo viaje al apartamento, Loren le agradeció que la acompañara.

—¿Qué tal se fueron Caroline y Robert? —preguntó Loren después de guardar las maletas vacías.

—El avión salió a tiempo —respondió Natalie, llevando a Loren del brazo hacia la cocina—. Déjame enseñarte dónde se guarda todo.

La despensa estaba repleta y el frigorífico tenía todo lo que ella pudiera necesitar antes que fuera de compras. Prepararon café y charlaron hasta muy entrada la noche y cuando Natalie se fue a casa, Loren se sentía bien en su nuevo hogar.

El fin de semana escribió a sus padres, confiando en que así los tranquilizaría en cuanto a su situación. También escribió a Matt Kruger, quien le había insistido en que se mantuviera en contacto. Echaba de menos tanto a él como a sus padres; sin embargo, dispuso de poco tiempo para pensar en todo eso durante las siguientes semanas.

—Señorita Fraser, ¿puede llevar esos informes al señor MacDonald? —le pidió Harvey Griffin una tarde, poniendo un montón de papeles sobre el escritorio—. Encontrará su oficina en el cuarto piso, despacho cuatrocientos tres.

—Con mucho gusto, señor Griffin —respondió Loren.

Nunca había estado en el cuarto piso, aunque sabía que las oficinas de los ejecutivos estaban allí. Natalie llamaba burlonamente al lugar la «tierra santa», recordó mientras esperaba el ascensor.

Cuando las puertas se abrieron, Loren avanzó hacia el interior, pero chocó contra un fuerte cuerpo masculino que salió como un tornado. Debido al golpe, el fajo de papeles cayó de sus manos y las hojas se esparcieron por todo el suelo, cuando se inclinó para cogerlos, se dio cuenta de que a él también se le habían caído sus papeles.

—¡Muchacha torpe! —una mujer regañó a Loren, mientras el

hombre se agachó para ayudar a recoger los papeles, todo sucedió tan rápidamente que fue entonces cuando Loren levantó la vista.

La señora Markham, arreglada y bien vestida como siempre, permanecía de pie, furiosa, observándola; ella bajó la cabeza y se topó con los ojos azules, ligeramente sorprendidos, de Steve Beaumont. El corazón le latió agitado y se quedó sin aliento. Él estaba arrodillado tan cerca de ella que percibió el olor de su colonia y durante unos segundos que le parecieron interminables, no pudo alejar la vista del bronceado rostro de él.

—Estoy… estoy muy avergonzada —balbuceó, ruborizada por la turbación y la ira.

—Yo tuve la culpa —reconoció él con expresión fría, aunque la ayudó a poner en orden los documentos que ella llevaba—. Lleva poco tiempo trabajando aquí ¿verdad?

—Comencé hace tres semanas —contestó Loren, un poco avergonzada—. Soy la secretaria del señor Griffin.

—Ah, sí —murmuró él, sin mirarla—. Tenga, creo que estos son todos suyos.

—Sí… gracias.

Temblorosa se puso de pie y habría avanzado hacia el interior del ascensor, si el comentario que él hizo a continuación no le hubiera paralizado las piernas.

—Estoy seguro de que la he visto en alguna parte —la estudiaba detenidamente—. ¿Cuál es su nombre?

—Soy Loren Fraser —respondió sin aclarar dónde la había visto.

—Loren —repitió pensativo—. Un nombre poco común.

La señora Markham le murmuró algo a él, y de inmediato miró el reloj de oro, después de inclinar brevemente la cabeza en dirección a Loren, a grandes pasos salió del edificio, mientras la señora Markham lo seguía con su acostumbrado paso.

Capítulo 2

Loren estaba aún temblorosa, después de su catastrófico encuentro con Steve Beaumont, cuando llegó al cuarto piso. Nunca se había sentido tan torpe, pero tampoco él había tenido cuidado al salir del ascensor. La culpa había sido de los dos, pero saber aquello no disminuía su confusión.

La puerta del despacho cuatrocientos tres estaba abierta y cuando llamó, un hombre grande, corpulento, con el pelo gris desarreglado, se puso de pie detrás de su escritorio.

—¿Señor MacDonald?

—Sí, pase —sonrió con expresión fría, un poco ausente.

—Soy Loren Fraser, la secretaria del señor Griffin —se presentó, mientras él la observaba, interrogante—. Me pidió que le trajera estos informes.

—Gracias —él asintió con la cabeza, cogiendo la carpeta que ella le entregaba y se sentó de nuevo detrás de su escritorio. La abrió para mirar el contenido. Loren se dio la vuelta en dirección a la puerta—. ¡Un momento!

La repentina aspereza de su voz la detuvo.

—¿Ocurre algo?

Él levantó dos hojas, aún desde su sitio, Loren pudo notar que esas hojas no pertenecían al departamento de contabilidad.

—¿Qué hacen estos papeles en la carpeta? —preguntó él.

Inmediatamente ella avanzó unos pasos para examinarlos de cerca, aunque ya imaginaba lo que había ocurrido.

—Yo… choqué con el señor Beaumont fuera del ascensor, seguramente algunos de sus documentos se mezclaron con los de esta carpeta.

—¡Cielos! —exclamó Jim MacDonald tan violentamente que Loren se asustó.

—¿Son importantes? —preguntó ella, anticipando ya la respuesta.

—Ya lo creo. Si es que él tiene esperanzas de conseguir ese contrato de millones de dólares, puede olvidarse del asunto si no cuenta con estos números y esta información.

—Tendré que llevárselos enseguida —tomó una rápida decisión

y Jim MacDonald no la contradijo, casi le arrebató de la mano los documentos.

—El señor Beaumont va hacia el aeropuerto, si se apresura, quizá le alcance antes de que despegue el avión —comentó él y cogió el teléfono que estaba sobre su escritorio—. Le diré al señor Griffin lo que ha ocurrido y ordenaré que se ponga a su disposición uno de los coches de la compañía.

—Gracias —respondió Loren, mientras cruzaba la puerta de la oficina y se dirigía al ascensor.

Le pareció una eternidad el tiempo transcurrido hasta que llegó a la planta baja.

Un Mercedes azul oscuro se detuvo en la entrada del edificio, el chófer salió de él y le abrió la puerta del coche.

—¿A dónde la llevo, señorita? —preguntó amablemente.

—Al aeropuerto, ¡a toda velocidad!

Mientras atravesaban la ciudad, sentía que la agitación crecía en su interior como un volcán que estuviera a punto de hacer erupción. Continuamente miraba su reloj. Habían transcurrido diez minutos desde que habían salido de las oficinas de Beaumont Engineering, no tenía idea de qué vuelo iba a coger él y le aterraba que llegara demasiado tarde.

—¿No puede ir más aprisa? —preguntó ansiosa.

—Señorita, voy tan rápido como puedo con este tráfico —señaló el chófer.

—Oh, Dios ¡qué lío! —se quejó en voz alta, se sentía tan mal que estaba segura de que nunca se recobraría.

Loren apenas podía contenerse cuando se acercaban al edificio del aeropuerto y salió del coche como movida por un resorte en el momento en que, al fin, el chófer aparcó el coche. Caminó tan rápido como se lo permitían sus zapatos de tacones altos y casi corría mientras se abría paso entre la gente. Buscaba al único hombre a quien no había podido olvidar desde la primera vez que le vio, le descubrió entre los pasajeros que esperaban cruzar las puertas de seguridad.

—¡Señor Beaumont! —gritó dándose cuenta de los rostros que, interrogantes, se volvieron hacia ella, no le importó y corrió hacia él.

—¿Qué ocurre esta vez? —preguntó él, al verla y caminar hacia

ella; la pizca de sarcasmo que había en su voz no pasó desapercibida para Loren.

—Estos documentos le pertenecen —explicó ella, casi arrojándoselos—. El señor MacDonald los descubrió dentro de la carpeta que le di.

—¿La hizo atravesar a toda velocidad la ciudad para que me los trajera?

—Me ofrecí a hacerlo, al saber que era urgente, estaba muy nerviosa al pensar que quizá no lo alcanzara —confesó Loren, soportando el examen que él le hacía.

—Me aseguraré de que ninguno de sus papeles se encuentre entre los míos —respondió él y abriendo su cartapacio guardó los documentos que ella le había entregado, luego examinó el resto de las hojas—. Sí, aquí hay algo.

Sacó tres hojas mecanografiadas, las cuales pertenecían al informe del contable, a continuación lo cerró de golpe.

—De verdad estoy terriblemente avergonzada —se disculpó y de pronto se sintió intranquila y un poco tonta.

—¿Lo siente?

La sonrisa burlona de él era desconcertante, ella apartó la vista y la fijó en los ojos de un policía que intentaba atraer la atención de Steve Beaumont.

—Creo que están esperando que pase usted, señor Beaumont.

Él hizo un ademán al empleado que se acercaba, luego se volvió hacia ella.

—Gracias, señorita Fraser.

Ella permaneció allí observándolo, hasta que desapareció al atravesar la puerta de seguridad y entonces se alejó. Mientras caminaba hacia la salida, sentía sus piernas como si fueran de goma. Sin embargo, trató de olvidar que había estado a punto de ser la causante de un desastre que hubiera significado para la compañía perder un contrato de millones de dólares.

En lugar de mostrarse molesto, y no sin razón, a Harvey Griffin el incidente le pareció divertido; ella tuvo que contarle todos los detalles, desde el momento que había salido de la oficina con el informe en la mano. Al final él se rio tanto que tuvo que quitarse las gafas para secarse las lágrimas.

—No sería graciosa si el señor Beaumont se hubiera ido sin esos

documentos, debo advertirle que sea más cuidadosa en el futuro, pero… —comentó por fin un poco avergonzado, observó a Loren, mientras se ponía de nuevo las gafas— no hay ningún problema.

Se disculpó y por segunda vez fue al cuarto piso con los papeles que Steve Beaumont le había entregado en el aeropuerto, y esta vez cumplió el encargo sin ninguna dificultad.

—¿Qué te ocurrió esta tarde? —le preguntó Natalie mientras Loren la llevaba a casa—. Fui a buscarte y todo lo que pude sacarle al señor Griffin fue que habías ido al aeropuerto.

—Estuvo a punto de ocurrir un desastre —informó Loren, y le contó el incidente a Natalie.

—Te aseguro que la señora Markham se disgustará muchísimo cuando se entere —Natalie sonrió—. Es demasiado quisquillosa cuando se trata del señor Beaumont, para ella todo tiene que ser perfecto.

—Como supondrás piensa que soy una idiota.

—Eso podría pasarle a cualquiera.

—¿Por qué a mí? —Loren se quejó oprimiendo el volante.

Cuando llegaron al apartamento de Natalie, ésta la invitó a tomar una taza de café y así conocía a su madre.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotras? —la invitó la señora Miller—. Conozco a las jóvenes, no son capaces de preparar algo decente y terminan por comer cualquier cosa.

—Acepto su invitación, señora Miller —Loren rio y volvió a sentarse—. Iba a preparar una ensalada.

—Bueno, aquí cenarás estofado de cordero.

—¡Estofado de cordero! —exclamó Loren y suspiró.

—¡Parece que estoy en casa!

—El cordero es muy difícil de encontrar en Johannesburgo — señaló la señora Miller, mientras charlaban todas en la cocina.

—Si la sequía continúa en el Karroo, seguramente también escaseará —agregó Loren, imaginándose la tierra seca, polvorienta, que tanto amaba.

Loren les habló de sus padres y los problemas con que se enfrentaban los granjeros que criaban ovejas por la larga sequía; empero, con la alegre compañía de Natalie, ninguna pudo permanecer seria durante mucho tiempo, ni en la cena ni cuando lavaron los platos.

Después tomaron el café en la sala, y Loren advirtió que las tensiones del día casi habían desaparecido.

El ruido del teléfono interrumpió su animada conversación. Loren aprovechó para mirar su reloj. ¿Las siete y media? Había estado allí dos horas y no quería abusar de la hospitalidad de sus anfitrionas.

—Era mi novio, Peter —comentó Natalie cuando colgó el auricular—. Vendrá y estará aquí un rato.

—Debo irme —informó Loren y se puso de pie.

—No es necesario que te vayas tan pronto, ya sabes —Natalie sonrió.

—Lo sé, he pasado un rato maravilloso, lo cual les agradezco, pero aún tengo algunas cosas por hacer.

—Serás bien recibida siempre que desees venir a cenar con nosotras —aseguró la madre de Natalie.

—Es usted muy amable, señora Miller, gracias.

Natalie acompañó a Loren hasta donde ésta había dejado su coche.

—Gracias por haberme traído, te veré mañana.

—Espero que para mañana todavía tenga el empleo —Loren rio irónica mientras ponía el coche en marcha, agitó la mano y se alejó en el coche.

Una semana más tarde se vio obligada a recordar el incidente del aeropuerto, pero esta vez en circunstancias más humillantes.

Harvey Griffin la llamó por teléfono desde su oficina, su voz retumbó por la línea cuando ella levantó el auricular.

—Señorita Fraser ¿podría pedir dos cafés a la cafetería y traerlos a mi oficina?

—Sí, señor Griffin, lo haré inmediatamente —respondió Loren.

Solicitó el café y diez minutos después una mujer entró en la oficina llevando una bandeja con los cafés.

—El café, señorita —colocó la bandeja sobre el escritorio.

—Gracias —Loren levantó la vista y le sonrió.

—¿Quiere que se lo sirva?

Si Loren hubiera presentido lo que ocurriría minutos después, habría dicho a la camarera que sí, sin embargo, movió la cabeza y

respondió:

—Lo serviré en la oficina del señor Griffin, gracias.

La mujer se fue y Loren cogió la bandeja y se dirigió a la oficina del señor Griffin. Llamó a la puerta y sin esperar respuesta, la abrió. Al ver de espaldas a Steve Beaumont casi se le cae la bandeja de las manos. En cualquier lugar reconocería esos cabellos oscuros y esa ancha espalda; cuando él se volvió y fijó su mirada penetrante en ella, Loren se desconcertó.

—¡Ah, señorita Fraser! —exclamó Harvey Griffin con un ligero regocijo en la voz, mientras colocaba la bandeja en una esquina de su escritorio—. Creo que ya conoce al señor Beaumont.

—En efecto —respondió Loren, molesta consigo por ruborizarse como una colegiala, incapaz de enfrentarse a esos ojos azules que, estaba segura, se burlaban de ella—. ¿Cómo desea su café, señor Beaumont?

—Solo, sin azúcar.

La voz profunda de Steve tuvo un efecto muy extraño en sus nervios. Sirvió azúcar y leche al café de Harvey Griffin, como sabía que a él le gustaba y se volvió hacia Steve Beaumont para entregarle la taza de café solo. La mirada inflexible de éste la turbó tanto que la hizo temblar. En el momento en que le acercaba la taza, se tropezó con la alfombra, cayéndosele todo el café en la pierna al señor Beaumont. Loren se sintió más que avergonzada cuando él, de un salto, se puso de pie, lanzó una maldición y clavó la vista en la mancha de su pantalón.

—¡Oh, estoy terriblemente abochornada, señor Beaumont! —se disculpó cuando al fin recuperó la voz—. Traeré un pañuelo y…

—¡Déjelo! —exclamó él con expresión severa que indicaba dolor y furia a la vez, se volvió hacia Harvey Griffin, quien preocupado se había puesto de pie detrás del escritorio—. Debiste cambiar esta alfombra hace tiempo, Harvey, te ordeno que lo hagas enseguida.

—Sí, señor Beaumont.

—Le traeré otra taza de café señor Beaumont —ofreció Loren, sus manos temblaban tanto que apenas podía sostener la taza vacía que Steve le había entregado.

—¡Olvídelo! —gritó él, mirándola fríamente, luego observó a Harvey Griffin—. Trataremos el asunto en otra ocasión.

A grandes pasos salió de la oficina, Loren sintió que se doblaban

sus piernas cuando él cerró la puerta de golpe.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró ella—. ¡Buena la he hecho otra vez!

—Así es, señorita Fraser —Harvey Griffin se sentó de nuevo en su silla—. Primero casi le hace perder un contrato de millones de dólares y ahora… no creo, que a nadie le guste que le quemen con café caliente.

—¿Qué puedo decir? —Loren hizo un ademán de desamparo.

—Fue un accidente —le aseguró su jefe—, y como lo señaló el señor Beaumont, se debió quitar esta alfombra hace mucho tiempo.

Éste era el segundo desastre que le ocurría desde que había empezado a trabajar en Beaumont Engineering, y en ambas ocasiones había estado implicado el jefe.

«Tranquila y eficiente», la había llamado siempre Matt Kruger, pero en aquel momento no mostraba ninguna de esas dos cualidades.

—Limpiaré esto —suspiró ella, llevándose la bandeja y buscando un trapo para secar la silla y el escritorio donde había caído el café.

—Estás un poco pálida esta tarde —señaló Natalie, cuando la visitó poco después.

—No vas a creerlo —le advirtió Loren—. Hace un rato le he tirado una taza de café al señor Beaumont en la pierna.

Natalie se llevó las manos a la boca y abrió los ojos, consternada.

—¡Oh, Dios, no!

—¡Oh, Dios, sí! —sonriendo irónica Loren la imitó—. Mi pie se enganchó en un descosido de la alfombra, perdí el equilibrio y la taza voló de la bandeja.

—Ojalá lo hubiera visto —rio Natalie.

—¡Ojalá estuviera muerta! —se quejó Loren, ocultando el rostro entre las manos—. Aparte de haberle quemado, le estropeé su traje.

—¡Ánimo! —exclamó Natalie, sentándose en una esquina del escritorio—. Steve Beaumont tiene dinero para comprarse otro.

—Eso no me hace sentir mejor.

—¿Qué hizo el viejo Griffin?

—Él se quedó allí, quieto como una estatua, sin embargo, podría jurar que por dentro se estaba riendo.

—Reconozco que ese hombre tiene un extraño sentido del humor, pero ¿por qué no sigues su ejemplo y te ríes de eso? —preguntó Natalie.

—Si río ahora, terminaré llorando —confesó Loren con tristeza —. Sinceramente, Natalie, nunca pensé que yo fuera tan torpe.

—Para cambiar de tema —dijo alegremente Natalie—, ¿puedes llevarme a casa esta tarde? He tenido que dejar mi coche en el taller.

—¿Otra vez? —levantando la vista, Loren frunció el entrecejo.

—Otra vez —rio Natalie—. Además mi madre me pidió que te dijera que ha hecho pastel de carne para cenar.

—Esa es una invitación muy difícil de rechazar.

—Entonces, hasta luego.

Loren logró concentrarse en su trabajo, sin embargo, sólo en la casa de Natalie se calmó y se olvidó del momento cuando le tiró el café a Steve Beaumont.

A la semana siguiente, Loren tuvo que trabajar hasta muy tarde en una ocasión, porque Jim MacDonald pidió urgentemente un informe, así que eran más de las seis cuando sacó la última hoja de su máquina de escribir. Ordenó las cuartillas mecanografiadas y las colocó en una carpeta, cogiendo su bolso y su abrigo, salió de la oficina, entró en el ascensor que la llevaría hasta el cuarto piso y dejaría los documentos en el escritorio de Jim MacDonald.

A esa hora de la tarde, cuando todos se habían ido, había un silencio inquietante en el edificio; sin embargo, en el momento que salía de la oficina de Jim MacDonald, Loren descubrió que ella no era la única que había trabajado hasta aquella hora. Sus nervios se tensaron al ver que Steve Beaumont, en dirección opuesta, se acercaba al ascensor. Temía encontrarse con él, pero no había manera de evitarlo.

—Después de usted, señorita Fraser —comunicó él cuando se abrieron las puertas del ascensor y la vio titubear.

El vigoroso cuerpo de Steve Beaumont, que tenía la agilidad de una pantera, había despertado en ella una extraña reacción; Loren tuvo el impulso de bajar a toda prisa por la escalera, hubiera sido ridículo, así que entró antes que él. Las puertas se cerraron y él

oprimió el botón para ir a la planta baja, ella intentó decir algo que rompiera el incómodo silencio que había entre ellos, pero fue Steve Beaumont quien rompió el tenso silencio.

—Sale hoy bastante tarde, señorita Fraser.

—Tenía que mecanografiar un informe que el señor MacDonald le pidió al señor Griffin para mañana temprano —explicó ella, apretando contra sí el bolso y el abrigo a manera de escudo.

—Ya veo —asintió él con la cabeza.

Loren percibió que él la evaluaba, pero miró hacia adelante y comentó:

—Señor Beaumont, yo… lamento lo que ocurrió el otro día. Su traje debe haber quedado para tirar y espero que su pierna no tenga ninguna quemadura.

—En la tintorería dejaron mi traje como nuevo y como ve, no me ocurrió nada en la pierna —respondió burlón.

—No sé qué… —de pronto se detuvo y se agarró de la barra que estaba a su lado, el ascensor temblaba y chirriando, se paraba entre dos pisos; ella lanzó una mirada nerviosa a su acompañante—. ¿Qué ha ocurrido?

—Una avería en el sistema eléctrico —informó él, presionando varios botones del panel de acero.

—¿Puede hacer algo?

—Voy a tocar el timbre de alarma —explicó él, con suma tranquilidad, poco después Loren escuchó un sonido estridente que procedía de algún lugar del edificio.

—¿Cree usted que alguien lo oiga? —preguntó, acurrucándose en el rincón que se hallaba más alejado de Steve Beaumont.

—Alguien, quizá.

—¿Y si no lo oyen?

—Si únicamente estamos nosotros en el edificio, entonces tendremos que esperar hasta que el vigilante haga su ronda a las nueve y media para hacer sonar de nuevo el timbre y atraer su atención.

—¡No podemos permanecer encerrados aquí durante horas! —exclamó desesperada.

—¿Tiene alguna sugerencia para salir de aquí?

—¡Oh, Dios!

—Desde que entramos en el ascensor debí presentir que algo

como esto podría suceder —señaló satírico él, dejando en el suelo su portafolios y cruzando los brazos a la altura de su amplio pecho —. Empiezo a creer que usted es un desastre, señorita Fraser.

—Supongo que no puedo culparlo por pensar así —respondió ruborizada.

—¿Cree usted que haya alguna posibilidad de que en el futuro podamos encontrarnos y que no ocurra nada desastroso?

—En este momento lo dudo —ella rio nerviosa, y tensa por tener que pasar las horas siguientes sola con aquel hombre—. ¿No cree que debería tocar otra vez el timbre de alarma?

Las cejas de Steve se arquearon, indicando burla.

—Le aseguro que el timbre suena muy fuerte y se oye en todo el edificio. Si alguien lo oye, saldremos de aquí dentro de una hora, pero si no hay nadie…

—Esperaremos hasta que el vigilante nocturno haga su ronda a las nueve y media —concluyó ella con un ligero suspiro de resignación.

—¡Exactamente! ¿Hay alguien en su casa que podría preocuparse si usted no llega temprano?

—Nadie me espera.

—Entonces no tiene por qué preocuparse —contestó tajante, pero estaba equivocado. Ella tenía mucho de qué preocuparse mientras estuvieran allí los dos juntos en un sitio tan estrecho.

En aquel momento deseaba haber bajado por la escalera y no por el ascensor. Steve Beaumont la había llamado desastre y Loren estaba llegando a la conclusión de que tenía razón.

—Casi me siento como si tuviera que pedirle disculpas por este contratiempo —sonriente le miró.

—Dudo que eso sirva de algo —él sonrió y mirando su reloj, suspiró—. Parece que vamos a estar aquí bastante tiempo, así que lo mejor será ponernos cómodos.

Él se sentó en el suelo enmoquetado, Loren, de mala gana, siguió su ejemplo y se acomodó en el rincón. Iba a ser una larga espera como él había dicho y sólo Dios sabía cómo iban a pasar el tiempo.

Loren le estudió discretamente y se fijó en sus muslos atléticos, cuyas formas se advertían a través de la tela del pantalón. Él levantó la mano derecha y Loren, como hipnotizada, siguió el movimiento y vio cómo se aflojaba la corbata y desabrochaba el

primer botón de la camisa. Iluminado por la lámpara que estaba encima de ellos, el pelo brillaba como el cobre. Loren se preguntó qué se sentiría al acariciar ese pelo.

Alarmada, Loren puso freno a su imaginación y apartó la mirada de él para fijarla en las puertas del ascensor, deseando que se abrieran. Tenía que salir de allí… pero, ¿cómo?

«En la compañía hay muchas que darían cualquier cosa por estar cinco minutos a solas con él». El comentario de Natalie vino a la mente de Loren, quien casi rio. Si la mayoría de las mujeres anhelaban pasar unos minutos con él, Loren, desde luego, no se incluía entre ellas. Sin embargo, estaba allí, atrapada con él en el ascensor y quizá durante varias horas.

—Creo que usted es de un lugar llamado Aberdeen, en la región de Karroo, un lugar olvidado de la mano de Dios —Steve Beaumont interrumpió sus pensamientos.

—¡El Karroo no está olvidado de la mano de Dios! —exclamó indignada, ignorando por el momento quién era él—. Hace una temporada que le azota una fuerte sequía, pero después de unas lluvias se convierte en uno de los lugares más hermosos de la tierra.

—Si abriga sentimientos tan intensos por esa zona semidesértica del país, entonces ¿por qué se marchó?

—Necesitaba un cambio.

—¿Fue la monotonía de la vida que allí se lleva la que la deprimió o se trata de un hombre?

Él se acercaba, tanto a la verdad, que ella tuvo que obligarse a permanecer impasible, tranquila, mientras hacía frente a su mirada burlona.

—¿Está tratando de molestarme, señor Beaumont?

—Intento pasar el rato —sonrió él, y la expresión de sus ojos le hizo bajar la vista.

«Cuidado, Loren», se advirtió. «Empiezas a imaginar cosas y eso puede resultar peligroso en estas circunstancias».

La observación que se había hecho era acertada, aunque tenía que admitir que ningún hombre la había impresionado tan profundamente.

Le rodeaba un aura de masculinidad, que indicaba una inmensa sensualidad controlada. Ella levantó la vista y descubrió que la mirada de él la recorría desde su brillante melena hasta sus zapatos,

tuvo la sensación alarmante de que su mirada invadía su cuerpo. Le costaba respirar y la sangre se le agolpó en las mejillas. Él no tenía derecho a mirarla de esa manera tan indecente; no obstante, su ira disminuyó al reconocer que en el fondo recibía con agrado ese escrutinio tan íntimo. Esto la hizo cobrar conciencia de su propia femineidad como nunca lo había hecho. Sin embargo, advirtió también un elemento de peligro que estaba desarrollándose entre ella y aquel hombre con el que en aquel momento compartía aquella prisión.

Capítulo 3

—Hábleme de usted —Steve Beaumont interrumpió los pensamientos turbulentos de Loren.

—Nací en una granja cerca de Aberdeen, y he pasado allí toda mi vida, con excepción de los dos años que estuve en una escuela para secretarias.

—¿Eso es todo? —inquirió burlón cuando Loren guardó silencio.

—Si sabe que soy de Aberdeen, también debe estar al tanto de que he pasado cuatro años trabajando con un abogado, ¿qué más puedo decirle?

—¿Novios? —preguntó él, acentuando su sonrisa.

—Varios —mintió ella a la ligera.

—Me sorprende que ninguno le haya propuesto matrimonio, ya que, según el archivo, usted tiene veinticinco años y aún está soltera.

—No estoy preparada para el matrimonio —le lanzó una mirada, sorprendida de que él se hubiera tomado la molestia de examinar su expediente—. ¿Está usted casado, señor Beaumont? —preguntó, sin poder contenerse.

—No —respondió él, doblando una pierna, para poner el brazo sobre la rodilla, se volvía para mirarla—. Con el trabajo que desempeño, una esposa sería un inconveniente. Viajo mucho y una esposa sólo dificultaría mi trabajo o me distraería.

La actitud de él le molestaba, sin explicarse por qué.

—Piensa así porque no ha encontrado a la mujer adecuada.

—No tengo la intención de buscar a la mujer adecuada —señaló él sin rodeos—. Me gusta ser libre, eso me permite ir y venir como yo quiero y cuando me canso de alguna mujer la aparto de mi vida y busco otra.

—Comprendo —murmuró ella, asombrada por aquella revelación.

—Es fácil darse cuenta de su desaprobación.

—No tengo por qué aprobar o desaprobar nada, señor Beaumont —aseguró con frialdad—. Lo que usted haga de su vida es asunto suyo.

—Asunto mío, exactamente —sonrió él, hubo entre ellos un

breve silencio, que minutos después Loren rompió al tirar de la manga de su chaqueta.

—¡Cielos! Mi reloj se ha parado.

—Son las siete menos cuarto —le informó Steve Beaumont, quien frunció el entrecejo—. Creo que aún tendremos que esperar bastante.

—Parece como si ya lleváramos horas aquí —suspiró ella, y cambió de posición para sentirse más cómoda.

—Estoy totalmente seguro de que nos conocemos de antes —señaló él mirándola con curiosidad.

Loren recordó su primera noche en Johannesburgo y sonrió.

—Una noche, hace cinco semanas, usted estaba cenando en el restaurante del hotel Metropolitan y…

—Y usted cenando sola, cerca de donde yo estaba —concluyó él—. Ahora recuerdo. No iba peinada como va ahora. Llevaba puesto un vestido marrón amarillento, que combinaba con el color de sus ojos.

El corazón de Loren latió, inquieto.

—No es posible que percibiera el color de mis ojos desde donde estaba sentado.

—Ahora puedo verlos —arguyó él, inclinándose hacia ella, y mirándole los ojos, antes de que Loren los bajara—. ¿Aún está hospedada en el Metropolitan?

—No —ella movió la cabeza y trató de dominar el temblor que provocó la turbadora cercanía de él—. Me mudé al apartamento de la hermana y el cuñado de Natalie Miller. Me lo han alquilado por tres meses mientras ellos están de viaje.

—Comprendo —guardó silencio un momento, luego hizo un gesto—. Hablar del Metropolitan me ha hecho recordar que no he comido nada en todo el día.

—Tengo en el bolso media barra de chocolate, si quiere podemos compartirla.

—Muy amable de su parte, señorita Fraser.

Loren partió en dos la tableta de chocolate, ninguno de los dos habló hasta que terminaron de comérselo.

Para torturarse, a Loren le vino a la mente la imagen de un vaso de agua fría y cuando ella hizo un gesto, descubrió que Steve Beaumont la miraba.

—He debido recordar que comer chocolate siempre me produce mucha sed —explicó ella, sonriendo tímidamente.

—Esta vez seré yo quien la ayude —abrió el portafolios, sacando una botella pequeña con un líquido ambarino.

—¿Qué es? —preguntó ella, una vez que él se lo ofrecía.

—Coñac —respondió cambiando de posición, su brazo rozó el de ella, cuyo cuerpo se estremeció—, esto la tranquilizará.

—No estoy nerviosa —arguyó, tomando el frasco que él le extendía.

—Si no está nerviosa, ¿por qué le tiemblan las manos?

—Estoy cansada, es todo.

—Le sugiero que tome un trago —insistió él, colocando su mano sobre la de ella y obligando a Loren a llevarse la botella a los labios.

Complaciente, ella tomó un sorbo, el coñac se deslizó por su garganta como si fuera fuego líquido y por un momento no pudo respirar; tosió y farfulló:

—¡Es fortísimo!

—Sin embargo, la hará sentirse mejor —rio él, mientras la instaba a tomar más, aunque esta vez ya estaba preparada para beberlo más despacio.

—No me siento mejor, estoy mareada —se quejó ella, segundos después.

—Incline hacia atrás la cabeza y descanse —aconsejó él, guardando otra vez la botella en el portafolios.

—¿Está seguro de que lo que me ha dado era coñac y no otra cosa? —preguntó ella, un poco en broma, al colocar la cabeza en posición cómoda en el rincón del ascensor y cerrar los ojos.

—Nunca drogo a las mujeres para persuadirlas y cuando practico la seducción prefiero la comodidad de una cama.

De todas las respuestas que él podía haber dado, ésa fue la más inesperada y, sorprendida, levantó los párpados, que sentía extrañamente pesados. Se encontró con un par de ojos azules, burlones, apenas a unos centímetros de los de ella. Él había dado un cierto matiz de intimidad al ambiente y Loren sintió que la sangre le corría más aprisa por las venas.

—¿Ha seducido a muchas mujeres? —preguntó sin pensarlo y la risa de él, suave, profunda, le provocó a Loren un intenso rubor en sus mejillas.

—Obviamente, usted no está sobria, de lo contrario no hubiera hecho esa pregunta —señaló él perspicaz.

—Tiene razón —apartando la mirada de él—. No estoy acostumbrada a beber algo más fuerte que el vino, del cual, por cierto, no bebo más de media copa.

—¿La han seducido alguna vez, señorita Fraser?

—No, que yo recuerde.

—¿Qué clase de respuesta es ésa?

—Significa que no me entrego fácilmente a las caricias de un hombre.

Ella sintió unos dedos fuertes que la agarraban del mentón y la obligaban a mirar los apremiantes ojos de Steve Beaumont.

—¿Nunca ha dormido con un hombre?

—No —respondió ruborizada para asombro de él—. No se sorprenda tanto, señor Beaumont. De donde yo vengo eso no se suele hacer hasta después de casado.

—¿Por eso se fue de Aberdeen? —preguntó satírico—. ¿Porque le gustaría irse a la cama con un hombre sin que a nadie le importara?

—¡Claro que no! —exclamó indignada, apartando la mano de él cuando la deliberada caricia masculina sobre su mejilla le hizo sentir un calor vibrante que le recorría el cuerpo.

—Sólo preguntaba —él se encogió de hombros y se retiró un poco de ella para estudiarla con curiosidad—. ¿Por qué dejó la seguridad de Aberdeen para venir a esta ciudad grande e inhumana?

—Tenía problemas.

—¿Qué clase de problemas? —inquirió y ella esbozó una sonrisa.

—Como usted señaló, tengo veinticinco años y todos pensaban que ya era hora de que encontrara un esposo. Sus deseos resultaban tan obvios y molestos cada vez que salía con un hombre, que tuve que rechazar todas las invitaciones que me hacían, excepto cuando se trataba de Matt Kruger.

—¿Matt Kruger?

—El abogado para quien trabajaba —explicó, preguntándose por qué él no se había enterado de ese dato de su vida personal—. Matt entendió lo que ocurría y me apoyó —hizo una pausa y frunciendo

el ceño, miró al hombre que estaba sentado a su lado—. No sé por qué le cuento esto.

—Es el coñac —sonrió él.

—Eso debe ser —de pronto se sentía tan tranquila que no podía creer que estuviera acompañada de un extraño—. ¿Cómo surgió Beaumont Engineering? —le preguntó ella, a su vez.

—Mi padre fundó la compañía; después de su muerte, hace seis años, me hice cargo de ella.

—¿Y su madre?

—Murió cuando yo era pequeño, mi padre nunca se casó de nuevo —una chispa de burla apareció en sus ojos cuando se volvió para mirarla—. Durante muchos años él vivió con una mujer y después de su muerte, ella se fue a Namibia a vivir con una hermana viuda.

Steve Beaumont había intentado sorprenderla, pero ella, de algún modo, ya estaba preparada.

—¿Por qué su padre no se casó con aquella mujer?

—No tenía motivo para hacerlo —Steve Beaumont sonrió—. Llevaban una relación perfecta. Mientras vivió, mi padre le dio toda la seguridad que ella necesitaba, y después de su muerte, ella recibió una gran suma de dinero que le permitiría vivir con gran lujo durante el resto de sus días.

—¿Qué habría pasado si hubiera habido un hijo?

—Supongo que él lo habría hecho legítimo —Steve Beaumont se encogió de hombros ante la poca importancia de la pregunta—. ¿Quién puede saberlo?

Guardaron silencio, y ella se preguntó si no se había inmiscuido demasiado en la vida personal de Steve Beaumont, pero él había hecho lo mismo.

—¿Qué hora es? —preguntó al fin.

—Casi las ocho.

—Otra hora y media —suspiró ella, mostrando cansancio.

—¿Le molesta mi compañía?

—De ninguna manera —respondió con sinceridad—. Lo que ocurre es que el suelo es duro, y no me gusta estar encerrada en sitios pequeños.

—¿Su padre siempre ha criado ovejas? —Steve Beaumont preguntó, ella no sabía si estaba intentando pasar el tiempo o si

realmente estaba interesado.

—Sí, siempre, igual que su padre y su abuelo.

—Entonces durante generaciones la granja ha pertenecido a la familia.

—Así es. Mi padre la ha ampliado, así que ahora es mucho más grande que la granja original.

—¿Y su madre? —preguntó interesado.

—Mi madre llegó a la ciudad. Mi padre se hirió la espalda cuando le tiró un caballo y le enviaron a Port Elizabeth para hospitalizarlo durante algunas semanas. Mi madre trabajaba como enfermera en el hospital, así fue como se conocieron.

—Me pregunto cómo una chica de ciudad se adaptó a vivir en una granja…

—Se adaptó a la perfección; además la gente de la comunidad a menudo solicita sus servicios —Loren hizo una pausa, luego agregó —: Mi madre nunca ha dado la impresión de que ansíe un tipo de vida diferente al que lleva en la granja.

—¿Cómo encuentra la vida de la ciudad? —interrogó él y una chispa extrañamente traviesa apareció en sus ojos.

—Muy bien, hasta ahora. Cuando voy por la calle extraño aquellos amplios espacios abiertos, así como esa sensación de sentirse entre viejos amigos, fuera de eso, estoy muy contenta.

—¿Extraña a su Matt Kruger?

—Él no es mi Matt Kruger, pero… sí, le extraño —se molestó consigo cuando advirtió que, debido a que él la miraba, sus mejillas se ruborizaban—. No se puede olvidar fácilmente a una persona con la que has trabajado cuatro años.

—¿Le importa si fumo?

—En absoluto —contestó sorprendida de que se lo preguntara.

Steve Beaumont sacó un cigarrillo y lo encendió.

Loren cerró los ojos e intentó calmarse, pero estaba tensa. Sin embargo, a pesar de su nerviosismo, percibía que caía en un sueño agitado, del cual la sacó el sonido amortiguado de unos pasos lentos. Escuchó con atención y al no oírlos de nuevo, decidió que se debía a su imaginación, así que no se movió de su cómoda postura.

—¿Está usted dormida? —la voz profunda de Steve Beaumont invadió el estado soñoliento del que no deseaba salir.

—No —murmuró sin abrir los ojos.

—Me pareció escuchar que el vigilante nocturno rondaba por allí.

Eso la hizo despertar de súbito.

—¿Son las nueve y media?

—Son las nueve menos cinco, el vigilante no siempre hace sus rondas a la misma hora.

—¿Cuánto tiempo creé usted que tardará en sacarnos de aquí? —preguntó ella, al tiempo que él se ponía de pie y hacía funcionar la alarma.

—Los técnicos responden rápidamente a los avisos, así que antes de cuarenta y cinco minutos estaremos fuera de aquí —extendió las manos y le sonrió sarcástico mientras la ayudaba a ponerse de pie —. La tortura de estar encerrada aquí conmigo va a terminar enseguida.

Permanecieron de pie para estirar sus entumecidas extremidades. Pareció transcurrir una eternidad antes de que oyeran un alboroto en el piso superior. Se oyeron voces que aumentaban de intensidad, así como un sonido estrepitoso de herramientas que chocaban entre sí; minutos después pudieron escuchar una voz masculina a través de los agujeros de ventilación que se encontraban arriba de ellos.

—¡Hola! ¿Se encuentran bien allí dentro?

—¡Sí! —gritó Steve Beaumont—. Ahora sáquenos de este maldito lugar, por favor.

—Estarán afuera en un instante, señor.

—Ya no estaremos mucho tiempo aquí —Steve Beaumont aseguró a Loren con una sonrisa indiferente.

Minutos después cesaron los ruidos, Loren contuvo la respiración un instante, hasta que la cabina del ascensor se movió de nuevo descendiendo difícil y lentamente hacia la planta baja. Experimentó un gran alivio cuando pudo salir del ascensor, Steve Beaumont la ayudó cogiéndola del brazo, y la sacó del edificio hasta llegar al coche de Loren.

—La seguiré en mi coche para asegurarme de que llega sana y salva a casa —informó él, mientras ella se colocaba frente al volante.

—Es muy amable por su parte, pero…

—No discuta —la interrumpió y a grandes pasos atravesó el

aparcamiento, deteniéndose ante un Jaguar rojo.

Loren suspiró y con dedos temblorosos puso el motor en marcha y dirigió el coche hacia la salida.

A Steve Beaumont no le bastó sólo asegurarse de que ella llegaba sana y salva al edificio. La siguió hasta el garaje donde ella aparcó el coche y a pesar de sus protestas, la acompañó hasta el noveno piso. Ya en la puerta, él le dijo «buenas noches» y Loren entró en el apartamento.

Loren se sentía como si hubiera vivido una pesadilla y quería salir de ella. Eran más de las diez de la noche y lo que deseaba era irse a la cama y olvidar lo que había ocurrido. Se bañó rápidamente y se puso el camisón. El timbre de la puerta sonó antes de que pudiera apagar las luces. Pensando que quizá era Natalie, se puso una bata y abrió.

—Vengo del restaurante Toni —dijo el hombre que se encontraba en el umbral, mientras le ofrecía un gran paquete—. Me pidieron que entregara esto a la señorita Fraser.

Loren le miró desconcertada y confusa.

—Pero yo no he pedido nada.

—Un caballero lo hizo, señorita y me pidió que le entregara esta nota —explicó el joven.

Loren cogió el papel y sin dilación el joven agregó:

—Que le aproveche, señorita.

Se fue antes de que ella pudiera darle las gracias, cerró la puerta y fue a la cocina. Puso el paquete sobre la mesa y leyó la nota. La había escrito Steve Beaumont.

Estoy seguro de que tendrá tanto hambre como yo. Por favor, acepte esto. Saludos. S.B.

Mientras Loren metía el papel en el bolsillo de la bata, las comisuras de su boca dibujaron una sonrisa; sacó el recipiente de plástico del paquete, levantó la tapa y se encontró un filete con salsa de setas, patatas fritas y ensalada. Tomó un cuchillo y un tenedor y se sentó ante la mesa de la cocina para disfrutar de la inesperada comida. Cuando al fin se fue a la cama, durmió como si hubiera tomado un sedante.

Al día siguiente, a la hora de comer, Loren notó que Natalie la miraba con expresión interrogante.

—¿Por qué me miras de esa manera? —preguntó a Natalie.

—Estoy tratando de decidir si te lo digo o no.

—¿Decirme qué? —Loren rio.

—Por ahí se dice que anoche estuviste varias horas atrapada en el ascensor con el gran jefe.

—Es cierto. Me quedé hasta tarde pasando el informe del señor MacDonald. Cuando se lo llevé a su despacho, me encontré con el jefe en el ascensor y… bueno ya sabes el resto.

Natalie se movió incómoda en su silla.

—Debo advertirte, Loren, que las habladurías van de un lado a otro.

—Me lo debería haber imaginado —Loren se preguntó por qué supuso que las cosas iban a ser diferentes en Johannesburgo—. ¿Qué dicen?

Natalie frunció el ceño, parecía tan disgustada como Loren.

—Todos se preguntan cómo pasasteis el tiempo el jefe y tú. Imagínate en lo que estarán pensando.

—¡Oh, Dios! —se quejó Loren, angustiada—. ¿Crees que esos rumores han llegado a oídos del señor Beaumont?

—Te apuesto que sí.

—Es como acumular un desastre tras otro, ¿no? —Loren sonrió desesperada—. Primero casi le hice perder un contrato, después le tiré el café caliente sobre él y finalmente hablan de nosotros por habernos quedado encerrados.

—¿Estás enfadada conmigo por decírtelo?

—Por supuesto que no —Loren enfatizó—. Ahora ya sé por qué me miraban de esa forma durante toda la mañana.

Una vez que terminaron de comer, salieron de la cafetería y Loren apenas se había sentado detrás de su escritorio, cuando Harvey Griffin la llamó.

—Señorita Fraser… —él revolvió los papeles que había sobre el escritorio, sin levantar la vista para dirigirse a Loren—. Acerca de lo de anoche.

—¿Sí, señor Griffin? —preguntó con voz fría, a pesar de la ira que la invadía ante lo que ella sabía que era curiosidad.

—Supongo que llevó ese informe a la oficina del señor MacDonald, y que cuando iba a salir del edificio ocurrió el desafortunado incidente.

—Sí, señor Griffin.

—¿Qué sucedió, señorita Fraser? —preguntó incómodo.

—Supongo que usted se refiere a qué sucedió mientras estábamos atrapados en el ascensor —sugirió irónica.

—Correcto —la miró y al advertir que titubeaba, agregó—: Por el bien del señor Beaumont y por el suyo, es necesario acabar con los rumores y si no sé la verdad, no puedo ayudar.

—No sucedió nada, señor Griffin —respondió Loren conteniendo su cólera—. Nos sentamos en el suelo del ascensor y hablamos para pasar el tiempo. Le hablé un poco de mí y él me habló de su familia. Compartimos mi media tableta de chocolate y unos sorbos de su botella de coñac, después charlamos hasta que los técnicos nos rescataron.

Harvey Griffin la examinó a través de las gruesas gafas.

—¿Eso fue todo?

—¿Qué esperaba, Griffin? ¿Una historia sórdida de lujuria en el ascensor? —desde el umbral y con voz profunda preguntó bruscamente Steve Beaumont y Loren sintió que sus mejillas enrojecían, al tiempo que daba media vuelta, alarmada, para quedar frente a él.

—Señor Beaumont… —Harvey Griffin se puso de pie para recibir al hombre que había entrado en su oficina—. Sólo interrogaba a la señorita Fraser con la esperanza de terminar con los rumores que los comprometen a usted y a esta señorita.

—Se lo agradezco, Griffin —dijo con frialdad Steve Beaumont, enseguida condujo a Loren hacia la puerta—. Ahora, si me disculpa, me gustaría hablar en privado con la señorita Fraser.

Harvey Griffin, desconcertado, balbuceó una respuesta, cuando Loren avanzaba delante de Steve Beaumont en dirección a la oficina de ella; él cerró la puerta antes de colocarse frente a la joven.

Por un momento él no habló, la atmósfera era tensa y Loren no podía ocultar su nerviosismo.

—Anoche usted me dijo que me debía una disculpa —dijo él al fin—. Ahora yo estoy en la misma situación.

—Dudo que sirva de algo, señor Beaumont —ella esbozó una

leve sonrisa.

—Espero que no se haya sentido preocupada o herida por esos rumores.

—Mi conciencia está tranquila —resuelta, le miró a los ojos, luego explotó—. ¡Por Dios, señor Beaumont, no ocurrió nada de lo que usted o yo tengamos que avergonzarnos!

—Su actitud es digna de elogio —observó él, sonriendo satírico —. Sin duda no se ha enfrentado a este tipo de rumores…

Loren no supo si reír o disgustarse, sin embargo, se serenó y su voz se escuchó tranquila cuando habló.

—En una pequeña comunidad como Aberdeen, los rumores se propagan tan rápido como un remolino a través de la llanura, pero rara vez duran más que lo que el polvo tarda en caer.

—Tiene usted razón —aceptó dirigiéndose hacia la puerta—. Bueno no quiero entretenerla más.

—Señor Beaumont… —ella titubeó cuando él la miró frío y distante—. Gracias por la comida que anoche me envió.

Él inclinó la cabeza y salió de la oficina, ella permaneció inmóvil, con una sensación extraña.

Decidió que sería más feliz si lograba mantenerse alejada de Steve Beaumont.

Capítulo 4

Tal como Loren había pronosticado, los rumores fueron apagándose hasta quedar olvidados. Todo pareció volver a la normalidad, sin embargo, sus esperanzas se vinieron abajo dos semanas después. Una mañana que llegó a su oficina, quitó la cubierta de la máquina de escribir y descubrió allí un sobre dirigido a ella. De inmediato reconoció la letra, cogió el sobre y lo arrojó dentro del cajón del escritorio antes de que alguien pudiera verlo. Parecía como si ella hubiese hecho algo de lo cual tuviera que sentirse culpable; en aquel momento odió a Steve Beaumont.

Harvey Griffin la llamó a su oficina para dictarle y no fue sino hasta después de las diez, cuando tuvo la oportunidad de abrir el sobre. La nota estaba redactada en un estilo similar al recado que le había enviado junto con la comida.

Con el fin de echar abajo mi teoría de que sólo podemos encontrarnos en circunstancias desastrosas, he reservado una mesa para nosotros, esta noche, en un tranquilo restaurante. Prepárese para las siete. S. B.

Loren arrugó la nota, se reclinó en la silla y trató de permanecer tranquila, a pesar de la ira que la empezaba a embargar. ¡Qué hombre tan arrogante! ¿Cómo se atrevía a dar por hecho que cenaría con él? Pues bien, le iba a dar su merecido.

Marcó el número de la gerencia y escuchó a la señora Markham.

—Oficina del señor Beaumont, ¿en qué puedo servirle?

—Quisiera hablar con el señor Beaumont, por favor —respondió Loren.

—¿Quién le llama?

—Loren Fraser, del departamento de Contabilidad.

Después que Loren reveló su nombre, hubo un momento de silencio, notó cierto disgusto en la voz de la señora Markham cuando habló.

—Lo siento, pero el señor Beaumont está en una reunión de directores. ¿Quiere dejarle algún recado?

—No, yo… llamaré más tarde.

—Como desee.

La línea quedó en silencio después de un ruido que hirió el oído de Loren, puso en su sitio el auricular con igual fuerza.

—¡Maldita sea!

—¡Vaya, vaya! Qué lenguaje, señorita Fraser y en una mañana tan bonita —Natalie la regañó alegremente al entrar en su oficina y se sentó en la esquina del escritorio de Loren—. ¿Qué te ha puesto así?

—Oh… nada —Loren intentó evadir a su curiosa amiga.

—Vamos, puedes contárselo a la tía Natalie.

—Realmente eres una cotilla —acusó Loren con ironía.

—Lo reconozco, pero tú sabes que no repito nada de lo que me dices —Natalie sonrió pícaramente—. Vamos… cuéntamelo todo.

—Recibí una invitación del señor Beaumont para cenar con él esta noche —Loren hizo una mueca y agregó—: Más que una invitación es una orden.

—Debes haberlo impresionado —Natalie rio divertida—. ¿Vas a aceptar?

—No —señaló categórica Loren—. Intenté hablar con él por teléfono pero la señora Markham me dijo que estaba en una reunión de directores.

Natalie abrió los ojos, incrédula, mientras miraba a Loren.

—¿Hablas en serio en cuanto a que te negarás a salir con él?

—Natalie, yo… —Loren se detuvo incapaz de explicar, incluso a sí misma, por qué deseaba rechazar la invitación de Steve Beaumont—. No quiero intimar con el jefe.

—Estoy de acuerdo —Natalie asintió solemnemente—, pero Steve Beaumont es muy atractivo, si me invitara a cenar con él aceptaría en el acto.

—Oh, Natalie ¡todo esto me asusta!

—A mí también, pero me gusta que me asusten —Natalie confesó con una sonrisa traviesa y un fingido estremecimiento de éxtasis. Loren estuvo riéndose mucho tiempo después de que Natalie saliera de su oficina.

Esa tarde trató una vez más de ponerse en contacto con Steve Beaumont, pero le informaron que había salido y que no regresaría a su oficina. Así que no le quedó más remedio que prepararse para las siete como él había indicado en su nota, esta idea la hizo

encolerizarse de nuevo.

Mientras se bañaba y se vestía con algo apropiado para la cita, un extraño terror la embargó. Se puso un vestido de manga larga de color ocre. Se sujetó el pelo en un moño y se maquilló ligeramente. Al mirarse en el espejo del tocador percibió que sus ojos brillaban de ira. Quizá Steve Beaumont la había manipulado al hacerla ir a cenar con él esa noche, pero ella le mostraría su disgusto a pesar de ser quien era.

El timbre sonó a las siete. Cuando él entró, Loren le miró atontada. Su elegante traje oscuro realzaba su atractivo.

—¿Lista? —preguntó, los ojos azules la recorrían con evidente admiración.

—Sí, estoy lista —le dio la espalda para tomar el chal y el bolso, que había dejado en una silla de la sala.

—No me lo puedo creer —señaló Steve Beaumont con cierto tono de burla cuando se encaminaba hacia el ascensor—. No había conocido a ninguna mujer que lograra estar preparada a la hora convenida.

—Pues ya conoce a una —respondió muy ceremoniosa, decidida a no dejarse persuadir por ese magnetismo que la hechizaba.

Las puertas del ascensor se abrieron y cuando entraron en él, Loren no pudo menos que recordar las horas que habían pasado juntos en un espacio similar. También Steve Beaumont pensaba en el incidente, ella pudo notarlo en el destello que iluminó sus ojos cuando la miró; sin embargo, ninguno de los dos habló mientras el ascensor descendía, sin incidentes, hasta la planta baja.

El Jaguar rojo estaba aparcado en la entrada. Los cómodos asientos y el sistema de calefacción, que emanaba una cálida corriente convertían en placer, el viajar en una noche fría.

El restaurante italiano donde Steve había reservado la mesa era pequeño y lo caracterizaba un ambiente de intimidad. Las lámparas, proporcionaban una luz tenue, y las velas que había encima de cada mesa daban un toque romántico. Steve Beaumont pidió, mientras decidían lo que iban a comer, una botella del mejor vino que tuvieran. Loren intentaba descifrar el menú, finalmente se rindió y optó por dejar, una vez que les habían servido el vino, que Steve pidiera algo por ella.

—Por alguna razón, parece estar molesta conmigo —sonrió él,

burlón, entonces Loren tuvo la impresión de que él sabía exactamente cómo reaccionaría ella ante su invitación arrogante e inesperada.

—En efecto —confesó Loren sin titubeos—. Su invitación daba por hecho que yo cenaría esta noche con usted.

—Pudo negarse —señaló él con tal desenfado que la hizo sospechar que no le importaba el que ella se hubiese molestado.

—Traté de comunicarme con usted, primero estaba en una reunión y después salió. ¿Qué habría ocurrido si yo hubiera tenido otro compromiso?

—Lo hubiera cancelado.

—¿Así es siempre de arrogante, señor Beaumont? —inquirió asombrada.

—Me ayuda a obtener lo que deseo —encendió un cigarrillo y, a través del humo, la examinó—. ¿Por qué no quería cenar conmigo?

—No me gusta mezclar el trabajo con el placer.

Una sonrisa burlona curvó la boca de él.

—Corríjame si estoy equivocado, pero ¿eso no es lo que usted hizo con su jefe anterior?

—Matt Kruger era distinto —advirtió Loren, tomó un poco de vino para calmarse, intentando escapar de la difícil situación en que se encontraba.

—¿En qué se diferenciaba?

—Él no era insistente ni arrogante.

—Debe haber sido muy aburrido.

La sonrisa sarcástica de Steve Beaumont se hizo más notoria.

—Está tratando de irritarme, señor Beaumont y lo está consiguiendo.

—Me he obsesionado con usted, Loren Fraser y no me gustan las obsesiones —se inclinó apoyando los codos en la mesa—. Sabía que usted rechazaría mi invitación; ésa fue la razón por la que decidí no darle la oportunidad de negarse.

—¿Considera lo de esta noche como una especie de experimento? —preguntó ella después de un momento de reflexión.

—En absoluto —sus labios se curvaron, sensuales; el corazón de Loren latió más fuerte cuando él bajó la vista para observar la agitada línea de sus senos debajo de la suave tela de su vestido—. Eres una mujer encantadora y disfruto de tu compañía a tal grado

que deseo conocerte mejor.

Loren temblaba. Por alguna razón, aquel hombre la asustaba. Quizá era agresivamente varonil o tal vez era su propia respuesta a la masculinidad de Steve lo que más la trastornaba.

—No soy más que una muchacha inexperta, señor Beaumont y dudo que le parezca interesante por mucho tiempo.

—Es un riesgo que quiero correr.

—Señor Beaumont, yo…

—Steve —la interrumpió—. Llámame Steve.

—Steve —cedió ella, estaba decidida a no hacer una concesión más—, usted debe conocer a muchas mujeres que le satisfarían mejor que yo.

—De acuerdo, conozco a muchas mujeres.

—No quiero ser una más en su lista —replicó ella, inflexible.

—No te considero así Loren —la contradijo, apagó el cigarrillo y bebió el vino—. Me resultas un reto.

—¿Un reto? —le preguntó a la defensiva.

—Una muchacha inexperta que nunca ha estado en la cama con un hombre representa un verdadero reto —sonrió cínico—. ¿No te parece?

—¿Está usted generalizando o es su manera de avisarme que en el futuro tratará de convencerme y llevarme a la cama? —preguntó con burla.

—¿Te gusta la idea?

—Para ser franca, me divierte.

Él arqueó las cejas y llenó de nuevo las copas con el vino.

—¿Puedo saber por qué te parece divertido?

—Se trata de eso o de darle una bofetada —sus ojos brillaron con repentina jovialidad, al tiempo que le miraba—. ¿Qué preferiría?

—Creo que por hoy basta con la diversión.

—Sabía que estaría de acuerdo conmigo —sonrió ella con dulzura.

—Eres la mujer más estimulante que he conocido en mucho tiempo.

Loren no respondió y cuando sirvieron la comida, cambiaron de tema y hablaron de otras cosas. Steve había viajado mucho durante toda su vida y la entretuvo contándole pequeñas anécdotas de los

diversos países que había visitado; sin embargo, cuando les sirvieron el café él volvió al tema personal.

—¿Eres hija única, Loren o tienes algún hermano que continúe la tradición familiar en cuanto a la cría de ovejas? —le preguntó sin su acostumbrado tono burlón.

—Soy hija única —respondió con gravedad—. Cuando yo tenía dos años, mi madre perdió el niño que esperaba, y ya no pudo tener más hijos.

—¿Qué pasará con la granja?

—La heredaré, supongo —sorbió el café caliente y se dio cuenta de que ésta era una cuestión en la que no había pensado en el pasado.

—¿Es lo que quieres hacer, enterrarte en una granja de ovejas? —preguntó incrédulo.

—Eso dependerá del futuro. Quizá trabaje por mi cuenta o contrate a un administrador para que se encargue de la granja, pero prefiero no pensar en ello ahora —nerviosa deslizó un dedo por el borde de la taza y decidió que no quería ser ella el centro de la conversación—. Y usted ¿tiene hermanos o hermanas?

—Tengo un hermano, más joven que yo, que emigró a Australia hace algunos años —encendió un cigarrillo, arrojó el humo hacia el techo—. Es neurocirujano y creo que está bien.

—¿Está casado? —preguntó ella sin poder evitarlo.

—Se casó con una chica australiana, tiene dos niños —una expresión de cinismo apareció en sus sensuales labios, así como en sus ojos—. El pobre cometió la locura de enamorarse, ahora está atado a una mujer y además debe mantener a los niños.

Loren sintió que algo le oprimía el pecho.

—Obviamente, usted no cree en el amor.

—Podrías preguntarme si creo en los fantasmas —Steve rio brevemente—. Mientras no lo encuentre, seguiré siendo un escéptico.

Loren no insistió en el tema y, tampoco Steve; sin embargo, Loren había descubierto algo más acerca de él que no le atraía: no deseaba la esclavitud del matrimonio y no creía en el amor. Ella compadecía a la infortunada mujer que se enamorara de él.

Minutos después salieron del restaurante y se dirigieron hacia donde él había aparcado el Jaguar.

—Esta noche no ha ocurrido nada —señaló Steve, Loren iba a asentir cuando el motor del Jaguar comenzó a fallar y tras hacer un movimiento brusco el coche se detuvo—. Creo que he hablado demasiado pronto.

—¿Tiene una linterna? —preguntó ella, mientras Steve estiraba la mano por abajo del tablero para tirar de la palanca que abría el capó.

—En la guantera.

En cuanto Loren encontró la linterna, salió del coche y se colocó frente a éste. Levantó el capó y, ayudándose con la linterna, revisó el motor. Cuando Steve llegó a su lado, ella ya había descubierto la avería.

—Es el tubo de la gasolina, se ha soltado —le dijo, iluminando el punto en cuestión.

—¡Qué lista! —murmuró conectando de nuevo el tubo; después de bajar y cerrar el capó, regresaron al interior del coche—. Empiezas a intrigarme, Loren Fraser —le confesó mientras se limpiaba las manos con un pañuelo y después encendía el motor.

—¿Porque sé algo acerca del motor de un coche?

—Entre otras cosas —él sonrió levemente.

—Recuerde que nací en una granja y aprendí desde esquilar una oveja hasta arreglar el motor de un camión.

—Tu padre debió desear mucho a un hijo.

Loren rio ante el ridículo comentario.

—Mi padre hubiera sido muy feliz si me hubiese quedado en casa jugando con mis muñecas; pero en su lugar, le seguía como una sombra. A menudo pienso que él me enseñó todo lo que sé, para librarse de mí.

Por un momento Steve permaneció callado y sonrió sarcástico al inquirir.

—¿Considerarías esto como un desastre?

—Si se refiere al tubo flojo, no, no lo consideraría así.

—Entonces, ¿hasta ahora nuestra velada ha estado libre de incidentes?

—Absolutamente —respondió ocultando una sonrisa.

—¡Muy bien! —exclamó él con tal satisfacción que ella casi suelta la carcajada, pero se detuvo a tiempo.

El asiento era tan cómodo y el motor zumbaba tan suave, que

Loren casi se quedó dormida durante el resto del viaje a su apartamento.

—Llegamos —indicó Steve, mientras detenía el coche en la entrada del edificio y aflojaba su cinturón de seguridad.

—Llegamos —repitió Loren, animándose y librándose del suyo.

Él la ayudó, sus manos se rozaron y, cuando lograron soltar el cinturón, la mano derecha de ella estaba atrapada entre las dos de Steve. Los ardientes labios masculinos tocaron brevemente la parte interior de la muñeca de Loren y luego la palma de su mano. Había algo tan íntimo en aquella caricia que por un momento ella no pudo respirar y experimentó una sensación casi electrizante, que le recorría el brazo. Steve se inclinó y pronunció su nombre casi como un susurro y Loren volvió a la realidad.

Apartando su mano de la de él, Loren abrió la puerta del coche.

—Buenas noches, señor Beaumont y gracias por la agradable velada.

Antes de que él pudiera evitarlo, Loren estaba fuera del coche; sin embargo, Steve actuó con increíble rapidez y la alcanzó cuando ella entraba en el ascensor. Su corazón latía a tal velocidad que, estaba segura, él podía escucharlo mientras el ascensor los llevaba al noveno piso. Él no decía nada y Loren no se arriesgaba a mirarle. Estaba tan confusa que no podía pensar con cordura. Mantuvo la vista fija en la alfombra hasta que las puertas del ascensor se abrieron de nuevo.

—¿No me invitas a tomar un café? —preguntó él, rompiendo el silencio glacial que había entre ellos, cuando Loren metió la llave en la cerradura.

—No, no voy a invitarle —no le importó lo grosera que pudiera parecer; no obstante, él entró de pronto al apartamento cuando ella abrió la puerta; furiosa arrojó el abrigo y el bolso—. ¡He dicho que no!

Con el pie Steve cerró la puerta y la asió tan fuerte por los hombros que un dolor paralizante recorrió sus brazos hasta llegarle a las manos.

—¡Basta, Loren! ¡Deja de comportarte como una mujer victoriana!

—Señor Beaumont, creo que es mejor que se vaya —le dijo con fingida tranquilidad.

—¿Estás decidida a mantenerme a distancia?

—Estoy decidida a que sólo nos veamos en las oficinas de Beaumont Engineering.

—¿Por qué? —preguntó colérico.

—Creo que ya le dije que no deseo servirle de diversión.

—¡Maldita sea! ¡No quiero que me sirvas de diversión! —arguyó, con voz tan profunda y áspera que casi le alteró los nervios a Loren.

—¿Qué espera de mí? —mantenía su apariencia fría—. ¿Espera que de buena voluntad comience donde terminó la última mujer?

—No espero que de buena voluntad hagas nada por ahora, pero la verdad es… —hizo una pausa y levantó la mano como si fuera a tocarla, ella retrocedió; él sonrió al momento que dejaba caer la mano—. Siempre he tomado como norma no comprometerme con una virgen, pero te deseo, Loren.

Ella sintió que la sangre se le iba del rostro y que regresaba apresuradamente con una fuerza que hería sus mejillas. Era una mujer de veinticinco años que siempre había estado orgullosa de su habilidad para enfrentarse con cualquier problema, pero nunca se había imaginado toparse con una situación como ésta. En Aberdeen, ningún hombre habría expresado su deseo por una mujer de ese modo; sin embargo, Johannesburgo no era Aberdeen y Steve Beaumont era un hombre distinto a cualquier otro que ella hubiera conocido.

Había una sola manera de reaccionar a la categórica declaración de Steve, y consistía en ser igualmente franca en su respuesta.

—Lo siento, señor Beaumont, pero no soy un objeto que esté en el mercado para satisfacer su deseo sexual, así que le sugiero que busque en otra parte ese tipo de mercancía.

Él apretó la mandíbula y sus ojos se oscurecieron con furia, en dos zancadas se acercó a ella. Se movió tan rápido que Loren no tuvo tiempo de esquivar sus manos cuando las extendió para sacudirla.

—He sido sincero contigo, ¡no voy a quedarme aquí quieto soportando tus insultos! —le espetó y ella advirtió que las facciones atractivas y duras de Steve cambiaban antes de que pusiera sus labios sobre los de ella.

Ante el inesperado impulso masculino, Loren se quedó paralizada, pero rápidamente reaccionó y colocando sus manos en

el pecho de Steve, le empujó hacia atrás.

—¡Cómo se atreve! —gritó ella, levantando la mano con la intención de abofetearle, pero él, la asió de la muñeca y bruscamente la atrajo de nuevo a sus brazos.

Steve soltó una carcajada y por primera vez Loren supo lo que era estar casi paralizada de terror. Trató de evitar los labios masculinos que descendían hacia los suyos, pero él la agarró del pelo, haciendo caer las horquillas que se había puesto y la obligó a mantener quieta la cabeza. Él rio de nuevo, adquirió un aspecto más diabólico que antes y bajó la cabeza para besar sus labios con besos tan suaves como una pluma.

Steve Beaumont era un experto en obtener todo lo que deseaba. Loren se sintió avergonzada por permitir que su cuerpo respondiera de aquella forma, pero era incapaz de controlar sus labios y no abrirlos y moverlos bajo los de Steve. Él era consciente de la respuesta de Loren, lo vio en los ojos burlones de él cuando, por un momento, Steve levantó el rostro. Se estremeció en cuanto los labios de él volvieron a acariciar los suyos, abriéndolos e invadiendo su boca con un movimiento de intimidad.

Las manos de Steve se deslizaron por su espalda, ciñéndola y acercándola más a él. Cuando al fin la soltó, Loren descubrió que estaba temblando tanto que tuvo que sujetarse de los hombros masculinos para mantenerse de pie.

Rápidamente recobró la cordura y se sintió humillada. Se apartó de Steve y se apoyó en la silla que estaba cerca de ella.

—Después de todo, no eres tan fría como el hielo, Loren Fraser —Steve se burló de ella, implacable—. Creo que debajo de esa apariencia glacial y segura, se esconde una mujer apasionada que busca dar salida a sus impulsos; cuando estés lista, estaré aquí para ayudarte.

Él salió del apartamento y ella le siguió con la mirada, como si la hubiera magnetizado, hasta que el cuerpo alto, de ancha espalda, desapareció al cerrarse la puerta. Loren sintió que las palabras de él penetraban en su mente como cuchillos. Él había comprobado que Loren era una mujer como cualquier otra y que era capaz de experimentar emociones que ella ni siquiera sabía que existían.

Recogió del suelo las horquillas que habían caído de su pelo y cuando llegó al dormitorio se dejó caer sobre la cama, a punto de

llorar. Estaba avergonzada por la manera en que se había comportado. Lo peor de todo era que no tenía idea de cómo iba a enfrentarse a Steve Beaumont en el futuro.

«Creo que debajo de esa apariencia glacial y segura, se esconde una mujer apasionada que busca dar salida a sus impulsos; cuando estés lista, estaré aquí para ayudarte». Las palabras de Steve martilleaban en su mente.

Parecía una amenaza y no se atrevía a ignorarla, él era capaz de llevarla a hacer cosas que le resultaban desconocidas. Steve Beaumont ejercía en ella una atracción que no podía negar. Se dio cuenta de ello desde la primera vez que le vio y con cada encuentro ese sentimiento se había acrecentado. Lo despreciaba por su manera de ser, sin embargo, su cuerpo reaccionaba ante él. Steve constituía una fuerza que debía contrarrestar, sólo Dios sabía cómo se las arreglaría si él se empeñaba en debilitarla física y emocionalmente. Su sentido común le advertía que ella terminaría como arcilla en sus manos expertas. Estaba acostumbrado a salirse con la suya. Tal vez para él resultaba normal que las mujeres se pelearan por atraer su atención; sin embargo, estaba decidida a demostrarle que ella no sería tan fácil.

Se quitó la ropa y se puso un camisón. Por primera vez desde que había llegado a Johannesburgo, se dio cuenta de que en aquel momento dudaba de su decisión de abandonar a su familia. Quizá había sido un error, no se daría por vencida tan fácilmente.

Sonó el teléfono, Loren frunció el ceño al observar el reloj que estaba sobre la mesilla, a un lado de la cama. ¿Quién podría llamarle a las once de la noche? ¿Steve Beaumont? Por miedo, decidió no contestar, luego se dio cuenta de que podía tratarse de sus padres. En aquel momento los extrañaba como nunca, pero cuando levantó el auricular la voz que escuchó fue la de Natalie.

—Llamé antes, pero nadie contestó, así que he estado preocupada por ti. ¿Se fue él? ¿Todo está bien?

—Todo está bien. El señor Beaumont se fue hace una hora y yo voy a acostarme.

—Oh… lo lamento —Natalie pidió disculpas—. Hablaremos mañana.

—Natalie —dijo rápidamente Loren, antes de que aquélla colgara el teléfono—, te agradezco que te hayas preocupado por mí.

—Siempre me preocupo por mis amigas —Natalie rio tímidamente—. Buenas noches, Loren.

Después de aquella breve conversación con Natalie, Loren se sintió mejor y, más tranquila, se fue a la cama.

Capítulo 5

—¿Qué ocurrió anoche? —preguntó Natalie a Loren preocupada y curiosa, a la mañana siguiente.

—Nada con lo que no fuera capaz de arreglármelas —mintió Loren.

—¿Vas a volver a verle? Quiero decir a salir con él…

—¡No, si lo puedo evitar! —exclamó inflexible; sin embargo, sospechaba que Steve Beaumont no se conformaría fácilmente.

—De todos modos esta semana no lo verás —las palabras de Natalie significaron un alivio para Loren—. He oído que el gran jefe sale de viaje hoy por la mañana para Namibia y no regresará hasta el viernes de la próxima semana.

—Sinceramente, Natalie, no me interesa lo que él hace ni a dónde va —protestó Loren, pero eso no era cierto. Ante la idea de no tener que enfrentarse con él, sintió un intenso alivio.

Natalie lanzó una mirada reflexiva a Loren.

—En otras palabras, no te importa mientras no se te cruce en tu camino…

—¡Exactamente!

—¡Vaya, debió hacerte algo gordo anoche!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Loren.

—Quiero decir que intentó seducirte y no te gustó.

Loren logró controlar su estado de ánimo con dificultad. Natalie era demasiado astuta y por lo tanto no se la podía mentir, así que la miró con severidad.

—¿No tienes nada que hacer?

—Ya me voy —sonrió Natalie, y antes de llegar a la puerta se volvió para agregar en voz baja—: Tienes que sentirte halagada, ¿sabes? Nunca el gran jefe había mirado dos veces a ninguna mujer de este edificio.

—Me siento halagada, pero no me interesa. ¿Satisfecha?

Natalie la miró con expresión traviesa.

—Por el momento sí.

Cuando Natalie cerró la puerta, Loren pudo al fin relajarse. Si Natalie la hubiera visto en aquel momento, habría descubierto a una Loren asustada e insegura. Steve Beaumont se había convertido

en una amenaza y no se sentía halagada por el comentario burlón de Natalie. La idea de que Steve nunca hubiera mirado dos veces a otra mujer del edificio la hizo sentir más temerosa.

Saber que Steve estaría en Namibia durante una semana, la tranquilizó hasta cierto punto. Sus nervios volvieron a la calma y pudo concentrarse en su trabajo, aunque estaba consciente de que eso no duraría mucho.

* * *

A la semana siguiente, Loren recibió en su apartamento una grata sorpresa.

—¡Matt, qué alegría! —exclamó ella cuando abrió la puerta de su casa.

—Espero que no te importe que llegue tan inesperadamente, pero voy al norte del Transvaal donde estaré algunos días, y decidí aprovechar el viaje para saber cómo estabas.

—¿Se trata de un viaje de vacaciones o de negocios? —preguntó ella mientras le llevaba al salón.

—De vacaciones —sonrió él, y entrecerró los párpados, sonriendo.

—¡Ya era hora! —exclamó ella.

—Tus padres me dieron recuerdos para ti —le informó Matt.

—¿Los has visto?

—Les fui a ver a la granja antes de salir —informó sentándose en un cómodo sofá—. Tu padre no ha estado muy bien últimamente.

—¡Oh, no! —exclamó Loren, su rostro palideció.

—No es nada serio —le aseguró Matt—. Se trata de la lesión que tuvo en la espalda, el intenso frío de Aberdeen le ha afectado.

—He hablado varias veces con mis padres y no me han dicho nada —Loren frunció el ceño.

—Lo que tu padre necesita es que alguien le ayude en la granja —Matt sacó la esencia del problema, una sonrisa forzada se dibujó en su rostro.

—Ya discutí con él de eso, pero es muy terco y no quiere reconocer que ya no puede llevar la granja solo.

—Vamos, te invito a cenar —sugirió Matt para cambiar de tema de conversación.

—Tengo una idea mejor —sonrió ella—. ¿Por qué no te quedas

aquí y cenas conmigo?

—Me gustaría, pero sólo si me aseguras que no es ningún problema para ti.

—Siéntate allí y descansa —ordenó ella con firmeza—. Si deseas servirte una copa de vino, encontrarás una botella en esa vitrina que está cerca del tocadiscos.

Dejándole en el salón, Loren se dirigió a la cocina. Abrió el frigorífico y buscó algo que pudiera preparar rápidamente. Había un filete y la ensalada que había hecho antes de que llegara Matt. A eso podía añadir algunas patatas cocidas y una lata de guisantes.

—No me gusta beber solo —le sonrió Matt al entrar minutos más tarde en la cocina y colocar una copa de vino sobre la mesa.

—Gracias —respondió a su sonrisa y levantó la copa—. Que disfrutes de tus breves vacaciones.

Sus ojos se encontraron durante unos segundos, por encima de sus copas, mientras saboreaban el vino, sin embargo, no había ningún aire de intimidad en sus miradas. Ambos reiteraban, en silencio, una vieja amistad basada en la mutua confianza.

—Me gusta tu apartamento —señaló Matt, finalmente.

—No es mío en realidad —explicó ella, mientras metía las patatas en el horno—. Pertenece a la hermana y al cuñado de una chica con quien trabajo, estoy instalada aquí para cuidarles la casa hasta que ellos regresen de un viaje por el extranjero.

—¿Así que todavía estás buscando un sitio para vivir?

—Sí, pero hasta ahora sin mucho éxito —hizo una mueca.

—Si me permites ayudarte, te demostraré que soy un experto cocinero —se ofreció Matt y entonces Loren preparó la mesa.

Realmente Matt, resultó ser excelente en la cocina. Loren le felicitó cuando terminaron de cenar. Durante la cena charlaron animadamente y se rieron de los incidentes que les habían ocurrido durante los cuatro años que ella había sido su secretaria. Loren se sentía tranquila y muy a gusto con aquel hombre y no podía menos que pensar en lo diferente que era la situación cuando estaba con Steve Beaumont.

Trató de olvidarse de eso, pero no lo consiguió del todo. Matt notó que algo ocurría y se lo dijo cuando se sentaron en el salón a tomar el café.

—¿Te gusta tu trabajo? —le preguntó.

—No es lo mismo que trabajar contigo, pero el sueldo es bueno —confesó.

—¿Quieres decir que yo no te pagaba lo suficiente? —bromeó él.

—Quiero decir que algunos días tengo la convicción de que el cheque con que me pagan es lo único que me mantiene aquí —anotó con un suspiro.

—¿Por qué no regresas a Aberdeen si no estás contenta?

—Oh, estoy muy contenta.

—¿Y? —apuntó Matt, observándola de cerca.

—Nada —sonrió inflexible—. Extraño mi casa, pero me gusta lo que hago.

Él continuó mirándola con agudeza, lo cual la hizo sentir un poco incómoda, Matt la conocía muy bien.

—Creo que te ha ocurrido algo, algo grave de lo que no quieres hablar.

—¿Qué te hace pensarlo? —preguntó, mirándole con expresión inocente.

—Te conozco muy bien —confirmó él sus sospechas—. Algunos abogados como yo somos expertos en leer entre líneas.

—Ahora, permíteme… te gusta el café fuerte con un poco de leche y bastante azúcar —deliberadamente, Loren eludió las preguntas, se puso a prepararle el café como a él le gustaba—. Me sorprende que nunca hayas engordado, considerando la cantidad de azúcar que le pones al té y al café.

—Estás cambiando de tema —acusó él, mientras ella le entregaba la taza.

—No deseo hablar de mí. Preferiría que habláramos de ti, de Aberdeen y…

—¡Loren! —la interrumpió bruscamente—. ¿A qué le tienes miedo?

—No sigas, Matt —suplicó ella, movía las manos, deseando poder detener sus preguntas perspicaces.

—No me gusta entrometerme, pero sabes que puedes confiar en mí; así que si tienes algún problema, me gustaría ayudarte.

—Ya lo sé, sin embargo, no estoy metida en ningún problema.

Mientras tomaban el café en silencio, Loren sentía que Matt no le quitaba la vista de encima.

—Creo que Beaumont Engineering es una compañía que

pertenece a un hombre con apellido —Matt notó que Loren se ponía tensa.

—Correcto —respondió ella—. Se llama Steve Beaumont.

—¿Lo conoces?

—Sí, nos hemos visto algunas veces —contestó Loren aparentando calma.

—¿Cómo es él?

—No le he tratado mucho, así que no puedo decírtelo. Mi jefe del departamento de contabilidad es Harvey Griffin.

—¿Es mayor o joven? —preguntó Matt con sonrisa burlona.

—De mediana edad —rio ella, relajándose al ver que la conversación se desviaba a un terreno más seguro—. Es un genio de los números, tiene un extraño sentido del humor y aunque se comporta bien, en ocasiones carece de tacto.

—Parece que hablas de uno de mis antiguos profesores de la universidad —rio Matt—. El tipo era una enciclopedia ambulante de leyes, pero en privado se equivocaba en todo.

—Harvey Griffin es un hombre muy simpático —Loren se sintió obligada a defender a su jefe.

—Tiene mucha suerte de que trabajes para él —comentó Matt con envidia, mirando su reloj de pulsera y, de mala gana, se puso de pie—. Lo siento, pero debo regresar al hotel.

—¿Tan temprano? —protestó ella, sin poder ocultar su desilusión.

—Mañana me espera un largo viaje, así que tendré que acostarme pronto si quiero salir a las cinco de la madrugada.

—Me alegra que hayas venido a verme —afirmó con sinceridad, mientras le acompañaba hasta la puerta, donde por primera vez Matt la besó suavemente en los labios y no en la mejilla.

—Te echo mucho de menos —agregó y se fue.

Una vez que cerró la puerta, Loren se quedó apoyada un rato contra ella. Ahora que Matt ya no estaba, se daba cuenta de que era como si él le hubiera llevado un soplo de aire fresco del campo y se lo hubiera dejado allí, en el apartamento, como un regalo. Estaba tranquila de nuevo y preparada para enfrentarse a cualquier cosa que el futuro le deparara.

Una mañana Natalie apareció entusiasmada en el despacho de Loren.

—Mi novio, Larry, que trabaja como técnico en el teatro me ha dado dos entradas para el estreno de esa nueva obra sobre…

—Creía que tu novio se llamaba Peter —la interrumpió Loren, desconcertada.

—¿Peter? —Natalie, agitó las manos—. Eso fue hace siglos.

—¡Oh! —exclamó Loren.

—¿Me acompañarás?

—¿Cuándo es el estreno?

—Esta noche —Natalie frunció el ceño—. ¿No te lo he dicho?

—No, no lo hiciste —sonrió indulgente Loren.

—¿Me acompañarás, entonces?

—Me encantaría.

—Sin embargo, hay un pequeño problema —añadió Natalie, preocupada—. No puedo llevar mi coche.

—¿Qué quieres decir con que no puedes llevar tu coche? —preguntó Loren con exasperación—. Durante las seis últimas semanas tu coche ha estado más en el taller que en circulación.

—Lo sé —Natalie hizo gestos—. Pero esta vez no está en el taller porque no tengo dinero para llevarlo.

—¿Desde cuando tienes el coche?

—Desde hace ocho meses.

—¿Todavía está en garantía?

—Creo que sí, no lo he mirado.

—Creo que ese mecánico te está tomando el pelo, revisaré yo tu coche.

—¿Tú? —preguntó Natalie, abriendo los ojos incrédula.

—Sé un poco de mecánica, así que quizá localice la avería —le dijo Loren sin dar mucha importancia al asunto—. ¿Te parece bien mañana temprano?

—Perfecto —aceptó Natalie, quien aún parecía dudosa de sus conocimientos de mecánica—. En cuanto a lo de esta noche, Loren, te sugiero que primero vayamos a tu apartamento para que te cambies de ropa y luego vamos a mi casa. Mi madre estará encantada de que cenes con nosotros y después podríamos ir al teatro.

—Me parece muy bien.

—Entonces, hasta luego.

Natalie salió de la oficina corriendo. Loren movió la cabeza resignada. A veces era imposible tratar con Natalie porque parecía una niña pequeña. Sin embargo Loren le había tomado mucho cariño.

El resto del día pasó rápidamente para Loren, y cuando llegaron a casa de Natalie, su madre ya las esperaba con la cena. Mientras comían, Natalie habló sin cesar y si Loren no hubiese señalado que se hacía tarde, su amiga no habría tenido tiempo para cambiarse.

Llegaron al teatro cinco minutos antes de que levantaran el telón. El lugar era pequeño, con aspecto casi íntimo y el decorado era moderno. En él no cabían más de cien personas.

Loren examinó el programa que el acomodador les dio a la entrada y se estremeció cuando leyó el título: *¡El fantasma de Rachel Wells!*

—Loren —bruscamente Natalie le dio un codazo—, mira allí.

—¿Dónde?

—Al otro lado del pasillo, dos filas abajo —indicó Natalie en voz baja—. ¿No es Steve Beaumont el que está junto a esa atractiva rubia?

Loren miró en la dirección que le indicaba Natalie y sintió un vuelco en el corazón.

—Sí, es él.

Loren vio el conocido perfil cuando Steve Beaumont se inclinó hacia su acompañante para decirle algo. La atractiva rubia le miró de una manera que sólo podía calificarse como íntima, Loren sintió una punzada en el pecho, por un momento le fue difícil respirar; apresuradamente bajó la vista hacia el programa que tenía en las manos.

Las luces fueron bajando de intensidad y el telón se levantó para el primer acto de *El fantasma de Rachel Wells*. Desesperada, Loren trató de concentrarse, pero la representación, dramática, extraña por momentos, no le hacía ningún efecto. Se daba cuenta de que Steve Beaumont estaba sentado a poca distancia de ella; una y otra vez su mirada se deslizaba hacia donde él estaba. «¡Maldito!», pensaba furiosa, volviendo la vista hacia el escenario apenas iluminado.

Hubo un breve descanso entre el primero y el segundo acto,

después otro más largo antes del tercer y último acto, y los espectadores salieron para estirar las piernas. El vestíbulo estaba lleno de gente. Fue Natalie la primera en ver a Steve Beaumont.

—Allí está de nuevo y está mirando hacia aquí.

Con el cigarrillo en la mano y la atractiva rubia colgada de su brazo libre, Steve Beaumont clavó su mirada en los ojos de Loren. Sus facciones permanecían inexpresivas, sin dar ninguna señal de que la reconocía y tuvo la horrible sensación de que iba a ignorarla, pero la sorprendió al inclinar brevemente la cabeza en dirección a ella.

Loren se sintió tensa y se estremeció, apretó tan fuerte la mandíbula que casi experimentó dolor. Sus ojos se mantuvieron fijos mientras los observaba entrar en el salón; sólo entonces se volvió hacia Natalie para decir ceremoniosamente:

—Entremos.

Natalie la miró extrañada, sin hacer preguntas a Loren se sentaron de nuevo en sus butacas. Loren aparentó leer el programa, sin perder de vista los asientos que estaban al otro lado del pasillo y que permanecieron vacíos hasta unos segundos antes que el lugar quedara a oscuras para el acto final. Deseaba tener el mismo entusiasmo que Natalie por la obra, pero su poder de concentración había desaparecido, suspiró aliviada, al caer el telón después de la última escena. No pudiendo permanecer más tiempo allí cogió a Natalie del brazo y la arrastró hacia la salida. Steve Beaumont estaba por allí, detrás de ella, pero no se atrevió a volverse y no se tranquilizó hasta que estuvieron en el coche alejándose del teatro.

Loren se levantó temprano el sábado por la mañana, se puso un pantalón viejo y se recogió el pelo en una cola de caballo. Como había prometido a Natalie, llegó a su casa para revisar su coche.

Bajaron al garaje que estaba en el sótano, Loren inició su lenta pero exhaustiva revisión del motor. Natalie permanecía mirándola, dudosa y cuando Loren tiraba de algunos cables escuchó la expresión de sorpresa y nerviosismo de Natalie.

—¿En dónde aprendiste mecánica?

—Mi padre me enseñó —le contestó distraída Loren.

—¿Habías revisado antes un coche como éste? —Natalie preguntó con cierta ansiedad en la voz.

—No, pero todos los vehículos son básicamente iguales.

—¿Ves algo?

Loren había pasado una mala noche, parecía agitada cuando se volvió para gritarle a Natalie.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Por qué no vas arriba y te ocupas en preparar algo de café?

—Sí señorita —Natalie sonrió avergonzada y se dirigió al ascensor. Loren suspiró con alivio cuando se quedó sola.

Natalie tardó en volver una hora, así que Loren dispuso de tiempo suficiente para revisar el coche y cuando apretaba el último tornillo su amiga salió del ascensor con una taza de café en cada mano.

—Espero que hayas disfrutado de paz durante una hora —bromeó Natalie—. ¿En dónde quieres que ponga tu café?

—En alguna parte, por favor —respondió Loren sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Encontraste el fallo? —preguntó Natalie con curiosidad cuando, al fin, Loren se irguió.

—Sí —sonrió al mirar el rostro inquieto de su amiga—. Colócate detrás del volante y arranca el motor.

Natalie así lo hizo y en el acto el motor cobró vida.

—¡Funciona! —gritó Natalie.

—Apágalo —ordenó Loren, al cerciorarse de que todo funcionaba perfectamente. Cuando Natalie apagó el motor, Loren le explicó en lo que había consistido la avería—. Este coche tiene defectuoso el alternador de corriente.

—¿Para qué sirve el alternador?

—Distribuye la corriente eléctrica que llega a las bujías del motor —explicó Loren.

—Lo cual no ha estado haciendo, supongo.

—En efecto —asintió Loren, limpiándose las manos con un trapo —. Además, la tapa del delco está rajada lo cual dificulta el encendido del motor.

Natalie miró a Loren asombrada.

—¡Nunca hubiera creído que alguien tan femenina como tú pudiera hacer este tipo de trabajos!

—Cuando se pasa la mayor parte de la vida en una granja se aprende a hacer todo tipo de cosas —rio Loren, al tiempo que bajaba el capó y lo cerraba de golpe.

—Tienes las manos negras de grasa. Ven, te enseñaré dónde puedes lavártelas —señaló Natalie.

Se limpió los brazos y las manos y tuvo especial cuidado con sus uñas; luego se enjuagó y se secó con la toalla que siempre llevaba consigo en el maletero de su coche.

—Nunca hubiera creído que a el jefe de Beaumont Engineering le gustara el teatro —Natalie cambió tan rápidamente el tema. Loren apenas tuvo tiempo para controlar sus emociones—. Por cierto, ¿qué piensas de esa atractiva rubia que le acompañaba anoche?

—Era muy guapa —respondió Loren tomando un sorbo de café.

—¡Sí que lo era! —sonrió Natalie—. ¿Crees que sea su amante?

Esa duda la había estado torturando durante la noche anterior, así que de un modo innecesariamente áspero respondió a Natalie.

—La vida privada del señor Beaumont no es asunto nuestro.

—¿Estás celosa? —preguntó Natalie en broma.

—¡No seas tonta! —exclamó irritada, sin embargo, su negativa era falsa.

—Mi madre me ha dicho que te quedes a comer —anunció Natalie una vez que terminaron de beberse el café.

—¡Uno de estos días tu madre va a tener que enviarme la factura de todas las veces que he comido con vosotras!

—Le encanta que te quedes y a mí también —agregó Natalie con sencillez.

Loren le había tomado bastante cariño a la madre de Natalie y la señora Miller la trataba con mucho cariño. Sus modales sencillos, algunas veces maternales, habían ayudado a Loren a mitigar la tristeza de no estar con sus padres.

No regresó a su apartamento hasta muy tarde; se dio un baño antes de ponerse un pantalón limpio y un suéter. La madre de Natalie les había preparado una exquisita comida y esa noche Loren no tenía hambre. Con una taza de café en la mano se acomodó, con la intención de pasar un buen rato frente al televisor.

El timbre sonó a las ocho. Si no hubiera estado tan cansada, quizá habría adivinado quién era su inesperado visitante, sin embargo no imaginaba que al abrir la puerta, se encontraría mirando esos ojos burlones increíblemente azules. Su corazón latió con fuerza y las piernas parecían gelatina.

—¡Señor Beaumont!

—Déjame entrar —ordenó él y Loren nerviosa, se quitó de la puerta.

¿Qué estaba haciendo él aquí? ¿Qué quería?, se preguntaba ella mientras se serenaba e indicaba el camino hacia el salón.

—¿Desea un café?

—Si me prometes no tirarlo sobre mis piernas —comentó irónico.

—Supongo que nunca conseguiré que olvide ese incidente —protestó ella y escapó hacia la cocina antes de que él pudiera notar su rubor.

Las manos le temblaban al encender la tetera. Colocó dos tazas en una bandeja, el corazón le latía tan apresuradamente que tenía dificultad para respirar bien. Resultaba ridículo que la presencia de un hombre la pudiera afectar de aquella manera, estaba molesta consigo misma por su incapacidad para hacer algo al respecto, y por no atreverse a analizar sus sentimientos.

El café estuvo listo al momento y al entrar Loren en el salón, encontró a Steve sentado cómodamente en el sofá. Un poco vacilante, ella colocó la bandeja sobre la mesita.

—¿Solo, sin leche y sin azúcar?

—Tienes buena memoria —sonrió él.

—¿Qué tal su viaje a Namibia? —preguntó, mientras se servía su café y se sentaba en una silla frente a él.

—Cansado —respondió brusco y Loren advirtió por primera vez las huellas del agotamiento alrededor de los ojos de Steve.

—¿A qué ha venido, señor Beaumont? —preguntó ella al fin, odiándose por el temblor de la mano con que puso la taza vacía en la bandeja.

—Preferiría que me llamaras Steve.

Loren decidió ignorar el comentario.

—No ha respondido a mi pregunta. ¿Por qué ha venido aquí esta noche?

—Lo hice porque, por mucho que me cueste admitirlo, nuestro último encuentro fue tan desastroso como los anteriores —sonrió él.

—¿Qué le hace pensar que este encuentro no será igual?

—Soy un eterno optimista.

Nada había cambiado, advirtió Loren, el objetivo de Steve era

todavía el mismo, aunque su manera de llegar a él había variado. Se sentía nerviosa, agitada y de repente, se puso de pie de un salto.

—Señor Beaumont, no puedo…

Él la cogió por la muñeca obligándola sentarse en el sofá.

—Antes de que me insultes, permíteme decirte lo que he tenido en mente toda la semana. Sé que la otra noche fui un poco brusco en lo que te dije, pero una cosa lleva a otra y, en el calor del momento, acabé diciendo lo que ningún hombre debe decir a una mujer en su primera cita.

Loren sentía el muslo de él apoyado con fuerza en el suyo.

—Si es una disculpa, la acepto, pero…

—Intentémoslo otra vez —la interrumpió—. Y esta vez tomémoslo con más calma.

—¿Con el mismo propósito en mente? —se vio obligada a preguntar.

—Soy un hombre, Loren, no un santo y tú eres una mujer encantadora.

—Anoche estaba muy bien acompañado —le recordó mordazmente—. ¿Por qué no sale con ella?

—Suele estar siempre rodeada de hombres.

—No puedo darle lo que usted desea —protestó ella, consciente de que sólo con esa brusquedad podría entender un hombre como Steve. De un tirón logró que la soltara de la muñeca y se puso de pie para evitar el perturbador contacto con el cuerpo de él—. Tengo ciertos principios y no es mi intención renunciar a ellos por usted, ni por nadie más.

—¡Caramba, Loren! —gruñó él y la tomó de los hombros, con los ojos fijos en ella—. Cada vez que nos acercamos sucede algo, cada vez que nos tocamos una chispa se enciende entre nosotros…. y no me digas que no lo has sentido, porque serías una gran mentirosa.

¡Era cierto! Era una especie de corriente eléctrica que recorría su cuerpo sabía que tenía que luchar contra ella.

Abrió la boca para protestar, pero los labios de Steve se precipitaron sobre los suyos y le impidieron hablar, su fuerza de voluntad fue puesta severamente a prueba para no responder al beso que le ofreció Steve.

—Pierde el tiempo, señor Beaumont —aseguró ella con

sorprendente voz fría, al tiempo que lograba liberarse de sus brazos —. Por mucho que intente convencerme no dejaré de ser como soy… además, apenas nos conocemos.

—Lo último puede remediarse.

—No deseo conocerle mejor —le aseguró—. Ahora si no le importa me gustaría que me dejara sola.

Él apretó los labios, por un momento Loren pensó que iba a negarse a hacerlo.

—Me iré, Loren, pero déjame advertirte una cosa: no me rindo fácilmente.

Capítulo 6

El lunes empezó mal para Loren. Despertó con un fuerte dolor de cabeza y cuando llegó a la oficina su máquina de escribir, por alguna misteriosa y exasperante razón, se estropeó. El técnico estaba arreglándola cuando le dijeron que Steve Beaumont quería verla. Harvey Griffin no pudo darle ninguna explicación en cuanto a qué quería el jefe, así que Loren estaba nerviosa e inquieta cuando cogió el ascensor para subir al cuarto piso. Resultaba extraño que del «santuario interior», como todos llamaban a la oficina de Steve Beaumont, llamaran a alguien que no fuera director ni jefe de departamento.

La señora Markham apartó la vista de su trabajo para mirar disgustada a Loren, cuando ésta entró en la oficina.

—Un momento, por favor —anunció la señora Markham, y levantando el teléfono oprimió el timbre interior—. La señorita Fraser está aquí para entrevistarse con usted, señor Beaumont —expresó. Después de colgar el auricular, se dirigió a la joven—. Puede entrar.

Loren se encaminó a la puerta. Al entrar en la amplia y ventilada oficina, los latidos de su corazón, le llegaron hasta la garganta.

En un extremo había un sofá de piel y algunas sillas que hacían juego con él, todo alrededor de una mesa baja y circular; sin embargo, la inquieta mirada de Loren se deslizó hacia el extremo opuesto del salón, donde Steve Beaumont se encontraba detrás de un enorme escritorio de ébano. Miraba por la ventana y por lo tanto, Loren tenía ante sí su ancha y formidable espalda y veía cómo su pelo brillaba por la luz del sol que en esas primeras horas de la mañana entraba en la oficina.

—Pase y cierre la puerta, señorita Fraser —se dirigió a ella con autoritaria formalidad, y sin mirarla agregó—: Encontrará una libreta y un lápiz en el escritorio, le sugiero que se ponga cómoda.

Loren cerró la puerta, como le había ordenado y se acercó al escritorio. Las manos le temblaban cuando tomó la libreta y un lápiz y se sentó.

Perpleja, miró a Steve.

—¿Quiere que tome alguna nota, señor Beaumont?

—¿Alguna objeción? —preguntó con aspereza y por primera vez, se volvió para mirarla.

—No, yo… —titubeó, desconcertada por el efecto que tuvo en ella cuando la miró fríamente a los ojos—. Ninguna.

—Escriba lo siguiente —comunicó él bruscamente.

Una vez que Loren abrió de golpe la libreta, que tenía sobre sus rodillas, le dictó varios párrafos con datos técnicos, lo cual hubiera aterrorizado a alguien con menos experiencia que Loren. Sin embargo, ella hizo avanzar el lápiz sobre el papel a gran velocidad. Olvidó su nerviosismo y anotó todas las palabras, a pesar de la exagerada rapidez con que él dictaba. Si de lo que trataba Steve era de ponerla a prueba, se iba a llevar una sorpresa.

Después de cinco minutos, Steve se quedó en silencio y al levantar la vista, preguntó:

—¿Anotó todo eso?

—Sí, señor Beaumont —desconcertada por no saber a que venía todo aquello.

—Léamelo —ordenó dándole la espalda para mirar por la ventana y ella obediente, leyó con dificultad las páginas llenas de símbolos.

Los términos técnicos no tenían ningún sentido para ella, pero leyó cada palabra tal cómo él la había dictado y cuando terminó levantó la vista y descubrió que él la miraba atentamente.

—¿Puedo saber a qué viene todo esto? —ella rompió el incómodo silencio que había entre ellos.

—Mi secretaria, la señora Markham, tiene que hospitalizarse para someterse a una operación, así que estará fuera durante seis semanas, a partir del próximo lunes. Espero que venga mañana para que ella le explique la rutina del trabajo y pueda suplirla.

Loren sintió que su espalda se ponía rígida.

—Pero yo…

—Eso es todo, señorita Fraser —anunció él con frialdad, ignorando sus protestas y a la vez, dando por terminada la entrevista.

Podía discutir con él en otro sitio, pero no allí donde era el jefe.

Se levantó para poner de nuevo sobre el escritorio la libreta y el lápiz y, sin volverse hacia atrás, salió de la oficina.

—Así que es usted la que va a sustituirme, ¿verdad? —preguntó

la señora Markham, cuando Loren pasó por delante de ella.

—Eso me han dicho —respondió Loren, volviéndose para mirar esos ojos grises que la examinaban dudosos—. No se preocupe, señora Markham, no soy tan torpe e incompetente, como usted cree.

Las cejas de la mujer se arquearon, subrayando la duda que había en sus ojos.

—¡Sinceramente espero que realmente lo demuestre!

Loren no comentó más, se alejó de allí en dirección al ascensor y cuando entró en la oficina de Harvey Griffin, éste estaba colgando el auricular.

—Señor Griffin, tengo…

—Acabo de hablar con el señor Beaumont —la interrumpió— y me explicó el nuevo acuerdo.

—Pero yo no…

—Le sugiero que pida a Natalie Miller que vaya a su oficina —Harvey Griffin habló, impidiéndole protestar—. Ella ya ha sustituido a otras personas que han trabajado en este departamento.

Loren cerró los ojos por un momento, intentando permanecer tranquila; luego miró a Harvey Griffin y dijo lo que había tratado de expresar desde el momento en que había entrado en su oficina.

—Señor Griffin, no quiero ir a la oficina del señor Beaumont.

—Me temo que tendrá que hacerlo, señorita Fraser —casi con impaciencia, ignoró el comentario—. Está todo arreglado.

—Tiene que haber alguien más que pueda sustituir a la señora Markham.

—El señor Beaumont la quiere a usted —señaló categórico.

—Y él consigue todo lo que quiere —murmuró derrotada.

—¿Cómo?

—Nada —suspiró Loren—, pensaba en voz alta.

Fue a su oficina y se sentó detrás del escritorio. Tardó varios minutos en serenarse lo suficiente para llamar por teléfono a Natalie y pedirle que fuera a su oficina.

—¿Por qué tan taciturna? —preguntó Natalie cuando, momentos después, llegó donde Loren.

—Te harás cargo de esto a partir de mañana, así que permíteme refrescarte la memoria —informó Loren.

—¿Por qué voy a hacerme cargo de tu trabajo? —preguntó Natalie con una mezcla de ansiedad y sorpresa en los ojos—.

¿Adónde vas?

—La señora Markham tiene que someterse a una operación y como estará ausente unos días, yo la sustituiré.

Natalie apretó los labios y silbó, al tiempo que abría los ojos.

—¿Cuánto tiempo estará ella fuera?

—Creo que seis semanas.

—No te envidio en lo más mínimo en cuanto a suplir a esa tirana: además te voy a echar en falta —aseveró Natalie.

—No te pongas sentimental o me vas a hacer llorar.

El resto del día Loren lo pasó poniendo a Natalie al día en cuanto a los detalles de la oficina de Harvey Griffin. Esa tarde, cuando se fue a casa, sabía que a la mañana siguiente sería a ella a la que le correspondería escuchar y tomar notas. La señora Markham era una mujer meticulosa, todos lo sabían, así que Loren se sentía nerviosa al pensar en los días que le esperaban. Sus pensamientos giraban en torno a Steve Beaumont. Aquella mañana había estado frío y distante, tratándola como a una empleada a quien no conocía, si permanecía en esa actitud, sería más fácil trabajar para él.

* * *

Loren pasó el resto de la semana familiarizándose con la gigantesca tarea de trabajar como la secretaria del director. Como la señora Markham iba a estar fuera durante seis semanas, estaba decidida a que todo continuase del mismo modo que si ella estuviera allí. A Loren no le eran extraños los rigores de la rutina de oficina y aprendió con facilidad, tomando notas cuando era necesario y preguntando si tenía dudas.

Steve Beaumont se mantuvo amable, pero distante con ella, así que los nervios de Loren volvieron a la normalidad. En aquellas condiciones, podía arreglárselas con él; en silencio, rogaba porque él siguiera actuando así durante las siguientes semanas.

—Señorita Fraser, por favor no cometa torpezas —le advirtió la señora Markham el viernes por la tarde, cuando ya casi era hora de irse a casa—. El señor Beaumont es un hombre muy ocupado y no puede permitirse el lujo de que se pierda el tiempo corrigiendo errores.

—Lo haré todo lo mejor posible, señora Markham —prometió Loren.

—Y asegúrese de que le envíen la comida cuando él no pueda salir a cenar por motivos de negocios.

Se notaba auténtica preocupación en la voz de la señora Markham, intrigada, Loren miró a la otra mujer.

—Realmente se preocupa por él, ¿verdad, señora Markham?!

—Trabaja mucho y a menudo se descuida —manifestó la señora, quien pareció un poco desconcertada—. Nunca he conocido a nadie que trabaje tan intensamente como el señor Beaumont y no sólo lo hace por él, sino también por el bienestar de sus empleados.

Loren no hizo ningún comentario sobre lo que la señora Markham le acababa de decir, le descubría otro aspecto del carácter del jefe de una importante compañía. Por primera vez pensó en la gran responsabilidad de ese puesto. Se imaginaba la tensión nerviosa y el esfuerzo que debía acompañar a ese trabajo. Pensó en Steve desde una perspectiva distinta, despertando una actitud de compasión y respeto hacia él.

—Hay otra cosa —la señora Markham interrumpió los pensamientos de Loren—: a menudo el señor Beaumont sufre terribles jaquecas, pero rara vez trae consigo las pastillas que le recetó el médico, así que yo guardo algunas en el cajón de mi escritorio.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Loren.

—Sí —corroboró la señora Markham un tanto incómoda—. Muchas mujeres acostumbran a llamar al señor Beaumont, así que por favor confirme con él si desea hablar con alguna, antes de pasarle la llamada.

—Así lo haré.

—Gracias —suspiró la señora—, creo que es todo.

Al observar a la señora Markham cruzar el salón para mirar por la ventana, le pareció descubrir cierta sensación de soledad en ella, que siempre intentaba ocultar tras ese aspecto de vigorosa eficiencia.

—¿Señora Markham? —Loren le tocó el brazo para sacarla de sus pensamientos—. Espero que la operación sea un éxito, además la mantendré al corriente sobre el trabajo de la oficina mientras usted se encuentre hospitalizada.

—¿Lo hará? —preguntó sorprendida.

—La iré a ver al hospital tan pronto como permitan hacerle

visitas.

Del rostro de la señora desapareció la expresión severa que la caracterizaba y la sustituyó una de sus desacostumbradas sonrisas.

—Es usted muy amable, señorita Fraser.

Aquella tarde, cuando Loren fue a casa se dio cuenta de que el lunes por la mañana, al regresar a la oficina, ya no estaría allí la señora Markham para proporcionarle información. Estaría sola con Steve Beaumont, y no le servía mucho apartar de su mente la idea de que en cada nuevo encuentro sus sentimientos hacia él se volverían más y más incontrolables.

Pasó el fin de semana limpiando el apartamento y revisando su vestuario. No era una actividad que había planeado, pero sabía que tenía que hacer algo que la mantuviera ocupada, de lo contrario se volvería loca al pensar en las semanas que le esperaban. El domingo por la tarde llegó Natalie, llena de vitalidad y rebosante de entusiasmo. Al fin habían entregado su coche en excelentes condiciones, además se encontraba emocionada porque había recibido una larga carta, de su hermana, en la cual le contaba algunas de sus experiencias durante el viaje.

Loren se alegró al ver a su amiga, sin embargo, la charla se centró en el tema que ella hubiera preferido evitar cuando Natalie preguntó:

—¿Cómo te sientes por lo de mañana?

—Nerviosa —confesó, haciendo una mueca.

—Apuesto que la vieja arpía te informó acerca de todos los gustos y aversiones del jefe —Natalie rio.

—La señora Markham no es una vieja arpía —protestó Loren—. Es una señora muy amable, además, creo que se encuentra sola.

—Supongo que tienes razón, pero… —sonrió Natalie, traviesa, encogiéndose de hombros— en ocasiones parece una vieja arpía.

Loren no podía poner en duda aquel comentario, ella había pensado lo mismo muchas veces. Pero en aquel momento, después de haber trabajado tan cerca de la señora, había cambiado de opinión. Era una mujer que se esmeraba en su trabajo y al igual que muchas secretarias eficientes, se preocupaba por aligerar la carga de trabajo de su jefe.

El agudo timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos y se levantó para contestar.

—¿Señorita Fraser? —escuchó la voz solemne de Steve Beaumont, la frecuencia de sus pulsaciones se aceleró a un ritmo alarmante.

—Sí, señor Beaumont —respondió ella controlada, al tiempo que veía que Natalie abría los ojos.

—Mañana no llegaré a la oficina hasta después de la comida —le informó con esa voz distante que ella empezaba a odiar—. Cancele todos mis compromisos de la mañana, o pospóngalos, si es posible.

—¿Y la reunión de directores que está fijada para las diez y media?

—¡Maldita sea! —explotó él, irritando los nervios de Loren—. Pospóngala para el martes a la misma hora y notifíqueles a todos de este cambio. Hay otro asunto muy urgente. Sobre mi escritorio encontrará el contrato de Dormehl, quiero que lo mecanografíe y lo tenga listo para firmarse mañana por la tarde.

—Con mucho gusto, señor Beaumont.

Bruscamente él dijo «buenas noches» y la línea quedó en silencio, cortaba así el lazo hostil que había entre ellos. Un poco molesta, Loren dejó caer el auricular en su sitio.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Natalie cuando Loren se sentó de nuevo.

—El señor Beaumont no llegará a la oficina hasta después de la comida, y hay algo que tengo que hacer.

—¡Qué suerte tienes Loren! Mientras que a mí me han mandado con el viejo Griffin a ti te mandan con el atractivo señor Beaumont.

Loren sonrió.

—¿Quieres hacer un intercambio?

—Lo haría si pudiera —Natalie rio traviesa—, el problema es que el jefe te eligió a ti y no hay manera de que me mire a mí.

—¡Oh, Dios, no digas esas cosas! —gimió Loren alarmada.

—¿A qué le tienes miedo?

—Tengo la horrible sensación de que si supiera a qué le tengo miedo, mañana renunciaría y regresaría a Aberdeen —confesó Loren.

Al saber que Steve no estaría en la oficina durante toda la

mañana del lunes, Loren se sintió menos nerviosa al ir a trabajar. Lo primero que hizo fue cancelar la reunión de las diez y media e informar a todos que se había pospuesto para el día siguiente a la misma hora. Como Steve había dicho, la carpeta de Dormehl estaba sobre su escritorio.

Las horas transcurrieron rápidamente. Con rapidez y eficiencia atendió todas las llamadas, terminó de mecanografiar el contrato y cuando Steve llegó a la oficina, a las dos de la tarde, encontró el documento listo para firmar sobre su escritorio.

—Quiero que envíe a la señora Markham al hospital un ramo de flores. Está en la sala tres A del Hospital General —ordenó él, deteniéndose junto al escritorio de Loren y abriendo rápidamente el directorio telefónico privado que se encontraba cerca del aparato—. Éste es el nombre y el número de la floristería, haga que me envíen la cuenta a esta dirección.

—¿Algún recado? —preguntó Loren cuando él se iba.

—No es necesario ningún mensaje, nada más anote mi nombre —respondió y salió de la oficina.

Loren llamó por teléfono a la floristería para hacer el encargo de Steve y, como él había ordenado, pidió que le cargaran a la cuenta del director de Beaumont Engineering. Continuó trabajando y cuando llevaron el té a la oficina, Loren se dirigió, con la bandeja en la mano hacia el despacho de él, Steve levantó la vista de los documentos que analizaba.

—Tome el té aquí conmigo y póngame al corriente de los asuntos de esta mañana —le ordenó. Loren le preparó el té como sabía que le gustaba antes de ir a su propia oficina.

Unos segundos después volvió con una taza de té en una mano y una libreta y un lápiz en la otra.

Leyó las notas que había hecho, deteniéndose ocasionalmente para darle tiempo a Steve de actualizar su agenda y de anotar algunos nombres de personas con las que tendría que ponerse en contacto, sin embargo, hubo un punto que ella dejó para el final.

—Una señorita llamada Priscilla Ramsay llamó esta mañana —informó Loren, quien sintió una extraña tensión cuando recordó el sonsonete femenino que había escuchado—. Dijo que usted sabía su número y que por favor la llamara.

La expresión de Steve no se alteró, entrecerró los párpados

cuando miró a Loren.

—¿Algo más?

—Eso fue todo, señor Beaumont.

La joven consultó su libreta y hojeó una vez más las notas que había hecho, aunque sentía los ojos de Steve sobre ella. Al levantar la vista, él empujó su taza vacía hacia Loren.

—Puede servirme otra taza de té y otra para usted, si desea.

—No tomaré más té, gracias, señor Beaumont —se puso de pie para llenar la taza de él, luego se dirigió a su propia oficina.

—Señorita Fraser —la detuvo antes de que llegara a la puerta—. Priscilla Ramsay es la dama que me acompañaba la noche que nos vimos en el teatro. Por favor, recuerde que no estoy libre, por si vuelve a llamar.

La imagen mental era completa: a esa voz de sonsonete estaba ligada una atractiva cara; la opresión que Loren sentía en el pecho disminuyó una fracción de segundo cuando se volvió hacia Steve.

—¿Y si me acusa de no pasarle el recado que ella dejó?

—Estoy seguro de que usted tiene bastante imaginación para inventar algo apropiado —los sensuales labios dibujaron una sardónica sonrisa y Loren salió de la oficina preguntándose qué había querido decir.

Contrario a lo que había temido, la señorita Priscilla Ramsay, no llamó de nuevo.

Loren no fue al hospital a visitar a la señora Markham hasta el miércoles por la tarde y cuando entró en la sala semiprivada encontró a la secretaria de Steve con la cabeza sobre las almohadas y los ojos cerrados. Estaba tan pálida que por un momento, mientras se acercaba a la cama sin hacer ruido, tuvo miedo. Resultaba de lo más extraño ver a aquella mujer, normalmente vigorosa y eficiente, acostada con aspecto demacrado. Loren sintió compasión por ella, al inclinarse hacia adelante para tocar la mano que descansaba sobre la sábana blanca.

—¿Señora Markham?

La mujer parpadeó y sus ojos reflejaron el malestar físico que sentía. Se mostró sorprendida cuando encontró la mirada de Loren.

—Nunca pensé que vendría a verme aquí en el hospital.

—Dije que lo haría.

—Ya sé que sí —sonrió, cansada—, a menudo la gente no habla

en serio.

Loren acercó una silla a la cama y se sentó.

—¿Cómo está, señora Markham?

—Me siento como si me hubiera pasado encima una apisonadora, me imagino que mañana estaré mejor.

Loren volvió la mirada hacia el gran ramo de rosas blancas y claveles amarillos que estaba sobre la mesa, junto a la cama.

—¿Ésas son las flores que le envió el señor Beaumont?

—Sí, ¿no son preciosas? —sonrió la señora Markham y se suavizaron sus facciones severas—. ¿Sabía que el señor Beaumont vino al hospital el lunes por la mañana, antes de que me llevaran al quirófano y que permaneció aquí hasta que me desperté de la anestesia?

—No, no lo sabía —respondió Loren, perpleja.

—Es un hombre maravilloso. Tiene sus defectos y en ocasiones se muestra implacable, pero también puede ser amable y generoso y en cuestión de trabajo, siempre me ha parecido un hombre íntegro.

Loren no hizo ningún comentario a lo que la señora Markham le dijo. Cambió de tema y hablaron de lo que había ocurrido en la oficina durante los tres días anteriores. La señora escuchaba con interés y daba consejos cuando era necesario. Loren se lo agradeció, pero como no quería cansarla, después de media hora se despidió prometiéndole volver al día siguiente.

Loren se acostumbró a su nueva rutina de trabajo sin dificultad, y después de sus visitas diarias al hospital, empezó a cambiar su opinión de Steve Beaumont. Al trabajar tan estrechamente con él, también descubrió algunas cosas por su propia cuenta, aunque no todas resultaron nuevas para ella. Era un hombre brillante, cuya inteligencia e ingenio admiraban sus colegas masculinos, mientras que las mujeres le perseguían por su atractivo físico. Como había advertido la señora Markham, a menudo le llamaban mujeres que él nunca atendía.

Fue hacia el final de su segunda semana como secretaria de Steve cuando descubrió que aquel hombre, al parecer invulnerable, no lo era del todo. Un poco antes de la hora de la comida entró en su oficina y le encontró sentado en el sofá con la cabeza entre las manos y el rostro desencajado de dolor.

—¿Le ocurre algo, señor Beaumont? —preguntó inquieta.

—Jaqueca —explicó él cuando levantó el rostro para mirarla—. La padezco de vez en cuando.

—¿No ha tomado ningún medicamento?

—No puedo encontrar mis malditas pastillas —respondió gruñendo, el sudor brillaba en su frente, y la mandíbula apretada.

—Le conseguiré algunas —respondió Loren, al recordar las pastillas que tenía en el cajón de su escritorio.

Momentos después regresó a la oficina con un vaso de agua en una mano y un frasquito de pastillas en la otra.

—¿Señor Beaumont?

Él levantó la cabeza para tomar el vaso que ella le ofrecía y extendió la palma de su otra mano para que Loren pusiera allí las pastillas.

—Gracias —murmuró él, dejándose caer hacia atrás sobre el respaldo del sofá.

—Aflójese la corbata y desabróchese el primer botón de la camisa —ordenó ella. Steve obedeció sin preguntarle y Loren se colocó detrás del sofá, a espaldas de él.

Nunca lo había tocado por voluntad propia, su corazón latió con fuerza, pero no dejó que las dudas le hicieran perder tiempo. Sus dedos tocaron la piel cálida y húmeda de Steve y luego, con movimientos de un experto, dio masajes a los músculos tensos, facilitándoles el descanso, mientras las pastillas hacían el resto.

—Hum… esto me hace sentirme bien —suspiró él, inclinó la cabeza hacia atrás para apoyarla en Loren—. Tus manos son mágicas.

Él tenía los ojos cerrados, y ella observaba sus pestañas extraordinariamente espesas. Cuando cesó el improvisado masaje, Loren levantó la mano para quitar un mechón de la frente de Steve. Al tocarlo le sintió suave y experimentó un increíble deseo de acariciar con los labios aquel cabello. Asustada por la intensidad de sus sentimientos, retrocedió.

—Acuéstese y descanse mientras pido que le envíen algo de comida —ordenó ella, apartándose de Steve.

—¿Loren? —inquirió él cuando ésta llegó a la puerta. Se volvió cautelosa y vio cómo extendía su largo y musculoso cuerpo sobre el sofá, como ella le había sugerido—. Sólo quiero un bocadillo de jamón y café, también pide que traigan algo para ti.

Loren asintió, él cerró los ojos y Loren fue a su oficina para llamar por teléfono a la cafetería. Temblaba después de haber tocado el cuerpo de Steve, no se arriesgó a regresar a su oficina hasta que llevaron la bandeja con los bocadillos y el café.

—¿Se siente mejor? —preguntó ella cuando, diez minutos después, entró en su oficina. Le encontró todavía tumbado en el sofá.

—Mucho mejor, gracias a ti —sonrió—. ¿Qué traes?

—Bocadillos de jamón y café para nosotros dos —respondió ella y colocó la bandeja sobre la mesa baja, luego sirvió el café. Steve permaneció en el sofá, y Loren se sentó en la silla de al lado. Comieron los dos en silencio, hasta que Steve, después de beberse el café, se volvió a tumbar en el sofá y le preguntó:

—¿Te enfadaste porque te hice venir aquí para que reemplazaras a la señora Markham?

Loren se sobresaltó con la pregunta, sin embargo, respondió con su acostumbrada sinceridad.

—Sí, me enfadé.

—¿Pensaste que yo tenía otra intención? —con perspicacia, él interpretó lo que ella había pensado.

—Sí, lo pensé —sonrió.

—Tenías razón.

A Loren se le heló la sonrisa, la franqueza de él la estremeció.

—Después de una confesión como ésa, ¿espera que continúe trabajando para usted?

—Has visitado a la señora Markham todas las tardes desde el miércoles pasado —le sorprendió saber que estaba enterado, no obstante, ella no lograba advertir la relación hasta que él agregó suavemente—: Te quedarás por la lealtad a ella, si no quieres hacerlo por mí.

La precisión con que Steve juzgaba su carácter la hizo darse cuenta de que la había estado estudiando tanto como ella a él.

—En ocasiones usted me asusta —le confesó, lo observaba encender un cigarrillo.

—Creo que me he comportado dignamente durante estas dos semanas.

—Así es —respondió con gravedad, advirtiendo que un destello de regocijo apareció en los ojos de Steve.

—¿De qué tienes miedo?

«¿A qué le temía?», se preguntó. Steve era un hombre como otro cualquiera, sin embargo, Loren presentía un latente peligro.

—Quitaré esto y luego llamaré para que suban a recogerlo —esquivó nerviosa, la pregunta de Steve.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó despacio, mientras la miraba con expresión turbadora.

—Un señor llamado Fenwick viene a verlo a las dos y ya casi es la hora —informó poniéndose de pie.

—Lo había olvidado —frunció el entrecejo y se levantó del sofá, ajustándose la corbata.

Loren llevó la bandeja a su oficina y llamó a la cafetería para que la recogieran antes de que llegara el señor Fenwick. Les esperaba una tarde de bastante trabajo y Loren se preguntaba cómo iba a concentrarse en su trabajo después de la perturbadora conversación con Steve Beaumont. Llegar a comprometerse demasiado con él sería como alcanzar el paraíso para después, caer estrepitosamente cuando menos lo esperaba.

Capítulo 7

El ambiente de la oficina cambió durante las siguientes semanas. Loren empezó a relajarse y así poco a poco fue descubriendo las cualidades del hombre que en un principio la había atemorizado tanto. A veces su instinto le decía que la conducta impecable de Steve era aparente y que nada más había cambiado su manera de abordar las cosas, sin embargo, ella hacía caso omiso.

La señora Markham salió del hospital dos semanas después de su operación. Loren la iba a visitar los fines de semana a su apartamento. Aunque se había recuperado bastante, el médico había insistido en que no trabajara durante seis semanas.

—Es muy pesado —se quejó un sábado por la tarde—. Me encuentro bien y en perfectas condiciones para volver a trabajar.

—Creo que en cuanto a su salud, el médico es el mejor juez —apuntó Loren con sensatez—. Aproveche esta oportunidad para descansar y le prometo que cuando regrese a la oficina, todo estará igual que cuando se fue.

—Ya no lo dudo —sonrió la señora—. Durante sus frecuentes visitas el señor Beaumont me ha dado excelentes referencias de usted.

Loren se sobresaltó ante aquella revelación, aunque no hizo ningún comentario.

Dos semanas antes de la fecha prevista para la vuelta de la señora Markham, Steve viajó a Namibia. El propósito del viaje era ultimar los detalles de un proyecto del cual se haría cargo su compañía y por alguna razón inexplicable, Loren se sintió inquieta desde el momento en que él le pidió que hiciera los arreglos del viaje. Con gran dificultad evitó rogarle que no fuera, si hubiera expresado sus temores, Steve hubiera desdeñado su petición. Él salió para Windhoek en el vuelo del lunes por la tarde sin que Loren dijera nada, sólo pedía que regresara bien el jueves por la mañana.

Loren se concentró en su trabajo con el fin de facilitar el paso del tiempo, sin embargo, persistió esa sensación de temor. El jueves por la mañana estaba demasiado intranquila. Jim MacDonald salió para el aeropuerto para recoger a Steve y llevarle a la oficina. Loren miraba continuamente el reloj de la pared.

Él sonido del teléfono la sobresaltó, pero se tranquilizó lo suficiente para contestar la llamada.

—¿Señorita Fraser? —oyó que Jim MacDonald gritaba—. La llamo desde el aeropuerto, quiero que cancele los compromisos de Steve para esta tarde.

El miedo la embargó, pero logró reprimirlo.

—¿Se ha retrasado el vuelo?

—Ha habido un accidente —la respuesta de Jim MacDonald provocó que un escalofrío la recorriera—. El avión donde venía Steve se estrelló al despegar del aeropuerto de Windhoek.

—Oh, Dios mío ¿está?… —palideció al instante.

—No lo sé todavía —Jim MacDonald la interrumpió—. No se ha dado información acerca de los pasajeros. Le sugiero que no comente esto con nadie hasta que haya más noticias. Es innecesario sembrar pánico mientras no conozcamos los hechos.

—¿Me llamará tan pronto como sepa algo? —pidió con voz trémula.

—Así lo haré —confirmó él y la línea quedó en silencio.

Con movimientos torpes, Loren colgó el auricular, desesperada luchaba por contrarrestar su angustia. Nunca se había desmayado y no iba a hacerlo ahora. Tenía que permanecer tranquila, sin importar las circunstancias. Eso esperaría Steve de ella, no debería haber lágrimas, tampoco histeria, sabía que era algo que él no podría tolerar.

¡Steve! Su nombre resonó en su mente torturada. Le amaba, ahora lo sabía. Durante las dos semanas anteriores, había abierto su corazón y su mente hacia él. Había permitido que se convirtiera en la parte más vital de su existencia y si él moría, también moriría una parte de ella.

—¡Oh, Dios! —gimió, ocultando el pálido rostro entre sus temblorosas manos—. ¡Por favor, no permitas que muera! ¡No podría soportarlo!

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero no se atrevió a derramarlas. Aspiró profundo y apartó las manos del rostro para mirar fijamente al teléfono. Había muchas llamadas por hacer y de algún modo tenía que mantenerse ocupada. Abrió la agenda, examinó la lista y llamó a todos para cancelar el compromiso que tenían aquella tarde con Steve Beaumont. No se pudo poner en

contacto con uno de los clientes, así que le dejó un recado para que la llamara tan pronto como fuera posible.

Inquieta, se paseaba por la oficina, mientras los minutos parecían no transcurrir. Así la encontró Natalie, una hora más tarde, cuando entró en la sala.

—¿No vas a comer? —inquirió extrañada al ver deambulando a su amiga.

—Pediré que me envíen algo aquí —mintió Loren, en aquel momento no tenía nada de hambre.

Natalie se encogió de hombros y se volvió hacia la puerta, pero algo le hizo estudiar más detenidamente a Loren.

—Si no te importa que te lo diga, parece que has visto un fantasma.

—Estoy cansada, eso es todo, y… ¡Espera! —interrumpió su explicación cuando el teléfono empezó a sonar—. Oficina del señor Beaumont.

—Habla Le Roux —informó una voz masculina desconocida—. Creo que ha estado tratando de ponerse en contacto conmigo.

—Sí, señor Le Roux —Loren apenas logró ocultar su desilusión —. Lo siento, pero ha surgido algo inesperado y tendremos que cancelar el compromiso que esta tarde tenía con el señor Beaumont.

—¿Podría verlo mañana, entonces?

«Oh, Dios, espero que sí», rogó Loren en silencio, pero en voz alta continuó:

—Provisionalmente pondré su cita para mañana a las tres y media de la tarde, ¿está de acuerdo?

—Sí, perfecto —respondió, segundos después Loren colgó el auricular y descubrió que Natalie la miraba con curiosidad.

—¿Se retrasó el jefe en Windhoek?

—Sí, él… —Loren se mordió los labios y se dejó caer sobre la silla que estaba detrás de su escritorio. Sentía que la cabeza le quería estallar y el terror casi la hacía explotar—. ¡Dios mío! Natalie, se supone que no debo decírselo a nadie, pero ya no puedo estar tranquila con esos terribles pensamientos que me agobian.

—¿Qué sucede? —preguntó Natalie, sentándose sobre el escritorio.

—El avión donde venía Steve se estrelló momentos después de despegar del aeropuerto de Windhoek.

El rostro de Natalie se puso pálido y sus ojos se abrieron aterrados.

—Sin embargo, él está bien, ¿no?

—No lo sabemos y es lo peor de todo —gimió Loren, a punto de romper a llorar—. Jim MacDonald está en el aeropuerto esperando noticias, me informará en cuanto sepa algo.

Al confiar el secreto a Natalie, se aligeró un poco la carga de Loren, y no protestó cuando su amiga pidió que llevaran unos bocadillos y té a la oficina.

—Mi madre siempre dice que en una emergencia uno debe mantener las energías —anunció Natalie con firmeza—. Como te conozco, sé que habrás venido a trabajar sin haber desayunado y si no comes algo ahora, puedes sufrir un desmayo.

El teléfono sonó, y fue Natalie la que lo cogió. Después de escuchar un momento, dijo fríamente:

—Sin comentarios y es mejor que tengas la boca cerrada.

—¿Qué pasa? —preguntó Loren, aunque ya había adivinado la respuesta.

—Me temo que se ha propagado la noticia —Natalie confirmó sus sospechas—. Alguien de recepción oyó algo acerca del desastre en la radio de su coche y creo que ya se lo ha dicho a mucha gente.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Loren preocupada—. El pánico entre el personal era lo que el señor MacDonald había querido evitar.

—No hay manera de ocultarles la noticia una vez que la comunican los medios informativos. Debe haber cundido el pánico entre el personal.

¡Pánico! Loren no podía aceptar esa palabra. Nunca se había sentido tan asustada.

El tiempo parecía no transcurrir, y la tensión de Loren aumentaba cada vez más.

El teléfono volvió a sonar a las dos. Esta vez fue Loren la que cogió el aparato.

—Acaba de llegar más información —entre el ruido que producía la gran actividad que había en el aeropuerto, escuchó la lúgubre voz de Jim MacDonald—. Once muertos y treinta y seis heridos. No han proporcionado nombres, pero los pasajeros que no están heridos vienen en vuelo especial hacia aquí, llegarán dentro

de media hora —hizo una pausa y protestó en voz baja—. Este lugar es una casa de locos, llena de reporteros. Le llamaré cuando tenga algo más preciso.

La línea se cortó bruscamente y dejó a Loren aferrada a ese hilo de esperanza, cada vez más fino. Tenía que continuar esperando.

—¿Qué hay de nuevo? —Natalie inquirió nerviosa.

—Once muertos y treinta y seis heridos —repitió Loren como autómata el mensaje de Jim MacDonald—. Los pasajeros que no están heridos vienen en un vuelo especial.

Natalie puso la mano sobre el hombro de Loren.

—Estás destrozada.

—Natalie, si él ha muerto yo… —no terminó su reveladora declaración, e hizo un último y desesperado intento para calmarse, antes de mirar el reloj—. Es mejor que regreses a tu oficina y no digas nada si te hacen alguna pregunta.

Natalie no discutió.

—Avísame cuando sepas algo.

Sin hablar, Loren asintió; se quedó sola con sus temores y con el espantoso convencimiento de que tenía que prepararse para lo peor.

Se puso a pasear por el despacho, en espera del sonido irritante del teléfono. Sus ojos estaban fijos en el reloj y su corazón palpitaba al ritmo de cada segundo agonizante que pasaba.

«¿Cuánto más?», se preguntaba con angustia. «¿Cuánto más tendré que esperar?»

Pasó más de media hora antes de que sonara el teléfono.

—¿Señorita Fraser? —Jim MacDonald gritó en su oído—. Steve está vivo, estaremos en la oficina dentro de media hora.

Sin esperar respuesta Jim colgó el auricular.

Loren temblaba tanto que apenas pudo colocar el teléfono en su sitio, ni permitirse el lujo de derramar unas lágrimas, seguía en la misma posición cuando Natalie entró de nuevo en su despacho.

—Estaba preocupada por ti —le explicó—. Le di una excusa al viejo Griffin y vine para saber si te habías enterado de algo.

—Está vivo, Natalie —sonrió, temblorosa.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Natalie con notorio alivio—. ¿Cuándo esperas que llegue?

—Jim MacDonald dijo que dentro de media hora.

—Es mejor que regrese a mi oficina, te veré esta tarde.

Loren se sentó en su silla y cerró los ojos por un momento, mientras luchaba por calmarse; luego retocó su maquillaje para ocultar la evidencia de las lágrimas que había derramado. Steve estaba vivo. ¡Vivo! Y Dios sabía que en su vida nunca había estado más agradecida.

Pareció una eternidad la media hora que transcurrió para que escuchara la voz profunda de Steve en el pasillo, a la cual siguió la resonante respuesta de Jim MacDonald. Loren se puso de pie de un salto, sin saber si salir para recibir a Steve o quedarse donde estaba. «Tranquilízate y no hagas que resulte obvio», se advirtió y se sentó de nuevo detrás de su escritorio.

La conversación que sostenían Steve y Jim MacDonald cesó bruscamente; el corazón le latía acelerado cuando se dio cuenta de que los pasos que se aproximaban a la oficina correspondían a una sola persona. Un instante después miraba esos ojos que temió no volver a ver. Muda por la emoción e incapaz de apartar los ojos de él, descubrió que se fijaba en todos los detalles de la figura amada. A pesar del color tostado de su piel, tenía el rostro sombrío y pálido y sus ojos parecían torturados. El traje que llevaba puesto no era de los que él llevaba generalmente.

—Me prestaron esta ropa, mi traje se estropeó en el accidente —explicó él como si hubiera leído los pensamientos de Loren, ésta, sin aliento por la emoción, no hizo ningún comentario, Steve agregó—: Venga a mi oficina y traiga libreta y lápiz.

Asombrada, le miró fijamente mientras él a grandes pasos se dirigía hacia su oficina; sólo entonces Loren cobró vida. Cogió su libreta y un lápiz y lo siguió. Él se estaba sirviendo un *whisky*, el cual se bebió de un trago y se sirvió otro, entonces se sentó detrás de su escritorio.

¿Iba a sentarse tranquilamente y trabajar como si nada hubiera ocurrido?, se preguntó Loren, asombrada, al sentarse en la silla. Steve había vivido una terrible experiencia y tenía que descansar, sin embargo, en lugar de eso, se quitó la chaqueta, que le quedaba muy apretada y abrió su portafolios.

—Puesto que mis compromisos para esta tarde están cancelados, podríamos trabajar en estos informes que tengo aquí —anunció él y Loren abrió la boca sorprendida.

Con una pila de papeles enfrente, Steve empezó a dictar, con

rapidez y sin titubeos y Loren, sin poder reaccionar al principio, tuvo que apresurarse para alcanzarle.

El trabajo constituía un antídoto que ella necesitaba después de las horas traumáticas que había pasado preguntándose si él estaría vivo o muerto, se dio cuenta de que trabajo era lo que Steve también necesitaba. Después de lo que ambos habían vivido, permanecer sin hacer nada habría sido lo peor.

Trabajaron sin descanso hasta las cuatro y media de la tarde.

—Creo que es todo por hoy —informó él, apagando su cigarrillo en el cenicero. Loren se puso de pie, pero no podía irse sin hacerle saber, hasta cierto punto, cómo se sentía.

—Steve…—titubeó y él levantó la vista—. Me alegro mucho de que haya regresado sano y salvo.

Vio cómo él apretaba las manos sobre el escritorio y una terrible tristeza cubrió sus ojos.

Loren no esperó que se prolongara la charla, estaba a punto de llorar, así que se escapó hacia su propia oficina, donde una vez más tuvo que hacer un desesperado intento para tranquilizarse.

Aquella tarde, a las cinco, cuando Loren iba hacia su casa, no había logrado liberarse de la tensión que le oprimía el estómago. Cuando llegó al apartamento se bañó y se puso un pantalón beige y un suéter de lana verde. Se dejó el cabello suelto y lo cepilló hasta que brilló como el oro; sin embargo, cuando las noticias vespertinas aparecieron en la pantalla de su televisor, todavía no se había tranquilizado. Quiso apagar el aparato, pero en aquel momento los restos carbonizados de un Boeing aparecieron en la pantalla.

Loren se quedó paralizada, escuchando contra su voluntad el detallado informe del accidente. Un instante después de despegar, el Boeing empezó a fallar hasta que se estrelló en la pista de aterrizaje con ciento setenta y cinco pasajeros, además de la tripulación. Todo el horror del suceso aparecía en la pequeña pantalla que estaba frente a ella. Las cámaras de televisión habían esperado en el aeropuerto la llegada de algunos de los pasajeros de Windhoek; un momento después el rostro duro y atractivo de Steve apareció. Alguien le preguntaba acerca del accidente, pero él se negaba a hacer comentarios y se abría paso hasta perderse de vista. Los otros pasajeros, sin embargo, estaban ansiosos por hablar y Loren escuchó atentamente lo que comentó una mujer de avanzada edad.

«El señor Beaumont arriesgó su vida al meterse entre los restos del avión en llamas para ayudar a dos pasajeros heridos que habían quedado atrapados por sus asientos. Apenas había rescatado al último hombre cuando el Boeing se convirtió en un infierno, del cual nadie habría sobrevivido. ¡Fue horrible!»

Loren no podía soportar escuchar más, apagó el televisor y descubrió que temblaba sin cesar. Se sentó con la intención de controlar los movimientos que la estremecían, pero no podía hacer nada al respecto. Temblaba como una hoja y sintió deseos de llorar. Finalmente aparecieron las lágrimas, que se deslizaron, una tras otra hasta que ella puso la cabeza sobre los brazos y sollozó, incontrolable.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera tranquilizarse y tuvo que reconocer, aunque contra su voluntad, que le había venido muy bien llorar, aunque cuando se lavó la cara con agua fría y se miró en el espejo del baño, se dio cuenta de que el llanto le había causado estragos en el rostro. Tenía los ojos rojos e hinchados, lo mismo que la nariz. Tendría que maquillarse de nuevo.

Natalie llegó al apartamento poco después de las siete de la tarde. El único indicio de las recientes lágrimas de Loren consistía en un débil color rojo alrededor de sus ojos sombreados y una extraña palidez en sus mejillas que no había logrado ocultar.

—¿Te dijo algo el gran jefe? —fue lo primero que Natalie preguntó cuando Loren la hizo pasar al salón.

—En ningún momento hablamos del accidente.

—Le vi en el informativo de la televisión.

—Yo también —se estremeció Loren, convencida de que la espantosa visión de los restos en llamas permanecería para siempre en su mente—. Prepararé algo de café.

Natalie siguió hasta la cocina y, aunque cambiaron de tema, estaban abatidas, como si el accidente hubiera ensombrecido también a la otra chica.

Un extraño silencio surgió entre ellas mientras tomaban el café en el salón, Loren quiso saber a qué se debía esta reserva y levantó los ojos para ver a Natalie, quien la observaba con expresión rara.

—¿Ocurre algo? —preguntó Loren.

Natalie movió la cabeza, pero de su cara no desapareció el gesto solemne.

—¿Estás enamorada de él?

Se trataba de una afirmación irrefutable de parte de alguien que había compartido la ansiedad de Loren.

—¿Así de transparente resulta?

—Para mí, sí —respondió Natalie, seria—, dudo mucho que alguien más lo haya notado.

Loren guardó silencio un momento, luego rio con tristeza.

—Oh, Natalie, ¡aquí tienes a la tonta más grande del mundo! Estoy enamorada de un imposible y Dios sabe que no lo deseaba.

Natalie no hizo comentario; permanecieron en silencio un momento, hasta que sonó el timbre de la puerta. Se miraron entre sí, interrogantes; entonces Loren se puso de pie y cruzó la habitación para abrir la puerta.

El cuerpo de Steve pareció llenar el umbral, el corazón de Loren casi le saltó a la garganta.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió ella, abriendo la puerta.

—Buenas noches, señor Beaumont —le saludó Natalie con cortesía y, nerviosa, se puso de pie, él respondió con una breve inclinación de cabeza—. Ya me iba. Te veré mañana, Loren.

—Te acompañaré hasta la puerta —ofreció Loren, apartando la mirada de Steve, pero Natalie hizo un ademán para que permaneciera donde estaba.

—Conozco el camino.

La mirada apremiante de Steve atrajo la de Loren, y durante el siguiente momento de silencio, ella sólo tuvo conciencia de los fuertes latidos de su corazón, hasta que Steve habló.

—Espero que no te importe que haya venido, no se me ocurrió ningún otro lugar para escapar de la prensa que me acosa en mi casa.

En aquel momento parecía un muchachito indefenso, ella tuvo que reprimir el deseo de cogerle el rostro y besarlo en los labios.

—¿Quieres café? —preguntó ella, apartando los ojos de los de él y deseando que su corazón no latiera tan rápidamente.

—Sí, gracias —suspiró, sentándose en una silla y extendiendo sus largas piernas. Loren escapó hacia la cocina.

Estaba mucho más tranquila cuando regresó al salón, unos minutos después, con el café de Steve; mientras él lo tomaba, ella le

observaba detenidamente.

—Pareces cansado —comentó con tranquilidad, una vez que cogió la taza vacía de la mano de él y la colocó en la bandeja.

—Lo estoy —confesó de modo sorprendente, su rostro se puso muy pálido, mientras se inclinaba hacia adelante y se cubría la cara con las manos—. ¡Dios mío, Loren! ¡Fue terrible! Mujeres y niños gritando y hombres lloriqueando como niños.

Nunca hubiera pensado verlo así y el amor y la compasión que sentía por él crecieron. Se puso de rodillas frente a Steve, tocó suavemente su cabeza y se maravilló una vez más de la suavidad de su pelo mientras deslizaba sus dedos, en una tierna caricia, hasta la nuca de él.

—Steve… —empezó a decir con suavidad, él alzó la vista y pareció que las palabras de consuelo de Loren quedaban encerradas en su garganta cuando sus miradas se encontraron.

—No resulta agradable tener a la muerte tan cerca —señaló él con voz ronca, ofreciéndole así una visión del terror que debió sentir en el momento del accidente, sin saber por qué, se encontraron abrazados.

La abrazó con fuerza y la acercó a él, colocándola entre sus rodillas. Ella rodeó el cuello de Steve con sus brazos. Quería consolarlo, protegerlo del terrible recuerdo de lo que había sucedido. Ella sentía un nudo en la garganta y que las lágrimas pugnaban por salir.

—¿Estás llorando?

—Lo siento, es mi reacción después de todas esas horas de preguntarme si estabas vivo o muerto.

—¿Acaso te importaba tanto? —preguntó con suavidad, cogiendo el rostro de ella entre sus manos para mirarla a los ojos.

—Me importaba mucho que estuvieras vivo.

Él comenzó a besarle los ojos, los labios, las mejillas, el cuello y de nuevo los labios. Eran pequeños besos, suaves, sin pasión, pero despertaron en ella una necesidad casi apremiante.

La abrazó con más fuerza y la sentó sobre sus rodillas. Por segundos, que parecieron interminables, Loren se encontró mirándole directamente a los ojos y la intensidad de la expresión de Steve apresuró su pulso, hasta que los labios de Steve descendieron para reclamar los de ella. Esta vez fue distinto. El ansia con que la

besó le hizo abrir los labios y responder como si muy adentro de Loren se encendiera un fuego. Casi convulsiva, lo abrazó y se besaron con mayor intensidad. Loren no hizo el intento de detenerlo cuando él deslizó la mano por debajo de su suéter y, acarició la suave piel de su cintura. La caricia provocó en ella agradables sensaciones y aunque sabía que tenía que detenerlo, permaneció inmóvil cuando Steve desabrochó su sujetador.

Nunca había permitido Loren tales intimidades a un hombre, pero con Steve era distinto y no se sentía turbada ni avergonzada por ello. Pareció de lo más normal cuando él tocó sus senos y la acarició, explorándole minuciosamente cualquier parte del cuerpo, lo cual le hizo sentir pequeños estremecimientos de placer. Debía detenerlo, aunque también deseaba que él continuara acariciándola. Hipnotizada por los ardientes besos de Steve, no opuso resistencia cuando la llevó al dormitorio y la depositó en la cama. Los labios de Loren, nuevamente, estaban ansiosos por disfrutar de la cálida boca de Steve.

Capítulo 8

Mientras Steve la besaba, los labios de Loren, rendidos a los de él, se movían con la intensidad de sus sentimientos; aturdida de amor, no protestó cuando le quitó el suéter. Lo arrojó a un lado e hizo lo mismo con el sujetador de encaje. La miraba con los ojos encendidos de evidente deseo al quitarse la chaqueta y desabrocharse la camisa. El contacto con el pecho desnudo de Steve, estimuló la sensibilidad de Loren y cuando se inclinó hacia ella para cogerla entre sus brazos, la aspereza del musculoso cuerpo contra sus senos despertó en ella una excitación extraña.

—Loren… mi hermosa Loren —murmuró él, depositándole cálidos besos en el cuello y luego en los senos.

Ella abría la boca y respiraba con dificultad. Con los labios y la lengua, Steve le acariciaba los senos, hasta que todo su cuerpo respondía con una pasión que casi era dolor, Steve era un amante experto, y el cuerpo femenino, respondió al contacto sensual hasta que la encendió una necesidad que la llevó a casi fundir su cuerpo con el de él.

—Loren, Loren… —susurró su nombre mientras tocaba la suave redondez de sus senos. Dejando escapar un gemido de placer, los dedos de Loren se enredaron entre el pelo de Steve.

Posteriormente, Loren no podía recordar en qué momento Steve había bajado la cremallera de su pantalón. Sin embargo, ahora que con sus manos, frenéticamente acariciaba la musculosa espalda, los dedos de él se deslizaron debajo de la escasa ropa interior que ella llevaba puesta.

—¡Steve! —exclamó ella volviendo a la realidad. De inmediato detuvo la mano de él, que se dirigía hacia el centro más íntimo del cuerpo femenino—. ¡Oh, Steve, no!

—¿Me dejarás amarte? —imploró él con voz ronca, muy cerca de la boca de Loren, aunque ya había detenido sus caricias—. ¿Aceptarás que me quede contigo esta noche y que te ame?

Loren sentía su cuerpo ardiente, presa de una dolorosa necesidad que hasta aquel momento le resultaba desconocida. Sin embargo, por un instante su sentido común le envió una advertencia desesperada, la cual se vio obligada a escuchar. Para

ella esa unión sería por amor, pero para Steve significaría simplemente otra conquista; no podía consentir que su amor por él se degradara entregándose a una aventura, la cual, ella lo sabía, no la llevaría a ninguna parte.

—No, Steve, yo… no puedo —se negó a hacer lo único que los dos deseaban en aquel momento—. No puedo permitir que te quedes y no quiero que me hagas el amor.

—Loren —dijo él con voz quejumbrosa, buscando los labios de ella, pero que Loren esquivó apartándose de él.

Ella cogió su suéter y, mientras se incorporaba, se cubrió con él. De pronto se sintió turbada por su desnudez y cuando Steve trató de quitarle el suéter, un grito de desesperación brotó de sus labios.

—¡No! ¡Te ruego que no lo hagas!

Él se incorporó lentamente, sorprendido por la repentina negativa de ella, sus ojos se ensombrecieron con una mezcla de deseo e ira.

—Si no quieres que te haga el amor, ¿por qué dejaste que las cosas llegaran tan lejos?

Loren se hacía esa misma pregunta.

—Los dos estamos con los nervios destrozados después de lo que hoy ha ocurrido —ella buscaba una explicación convincente—. No tenía el propósito de que las cosas llegaran tan lejos, pero en ocasiones el alivio gasta bromas desagradables a la gente que ha sufrido una tremenda ansiedad; no me gustaría que hiciéramos algo de lo cual nos podríamos arrepentir mañana.

—Te quiero Loren y no creo que me arrepintiera de nada si dejas que me quede —trataba de persuadirla, mientras deslizaba sus sensuales dedos por los hombros y la espalda de ella.

Loren se apartó del devastador contacto de Steve y de un salto se puso de pie, cubriéndose con el suéter la parte superior de su cuerpo.

—Tú quizá no te arrepientas, Steve, pero sé que yo sí lo haría.

La miró durante un momento, recorriéndola desde la cabeza hasta los pies de un modo que la hizo sentirse incómoda; luego se puso la camisa y la chaqueta. Estaba furioso, ella lo sabía y también era consciente de que él tenía derecho a sentirse así; sin embargo, Loren no podía dejar que se fuera sin tratar de salvar algo de esta situación embarazosa y poco afortunada.

—Steve… —imploró ella, sintiendo que las lágrimas se agolpaban en sus ojos—, por favor, trata de entenderlo.

—¡Vete al infierno, Loren Fraser! —le gruñó con tanta ira, que ella retrocedió asustada—. ¡No eres más que una provocadora y eso, en mi opinión, es lo más bajo que cualquier mujer puede ser!

—¡Steve! —exclamó ella con voz entrecortada, pero él, salió del dormitorio sin volver la vista atrás y momentos después cerró la puerta con violencia.

Se sintió aturdida, como si la hubiese abofeteado. Él la había llamado provocadora y eso era, en su opinión, lo más bajo que una mujer podía ser. ¿Eso era ella? ¿Una provocadora, que sólo incitaba a los hombres para deshacerse de ellos en el momento crucial? Sus manos se apretaron el suéter con el que aún se cubría y un estremecimiento de asco la recorrió cuando se dio cuenta de que exactamente así se había comportado. Lo había incitado, para negarse cuando advirtió que se acercaban peligrosamente al acto físico del amor. ¡Amor! Ésa era la palabra clave. Le amaba, pero para Steve sólo hubiera significado una conquista más mientras que para ella habría representado la entrega total de su mente, cuerpo y alma.

Con un lamento Loren cayó sobre la cama ocultando el rostro en la almohada, donde momentos antes había estado la cabeza de Steve. Deseaba llorar, pero las lágrimas no llegaron para liberarla de la aflicción que la atormentaba. Aún podía sentir las manos masculinas sobre su cuerpo, pero no era un recuerdo agradable, sino humillante, pensar en lo que había permitido que sucediera.

Loren no tenía idea de cómo iba a enfrentarse con Steve a la mañana siguiente, sin embargo, de algún modo los dos se centraron en la rutina ya conocida, como si nada hubiera ocurrido el día anterior. Steve estuvo muy ocupado ese día y también Loren. El teléfono casi se bloqueó porque la gente quería hablar con él sobre el desastre aéreo y, según las órdenes de Steve, tuvo que librarse de ellos como mejor pudo.

Por la tarde, salieron de la oficina después de terminar el trabajo y juntos bajaron en el ascensor. Ella quería hablar con él, pero las palabras habían quedado atrapadas en su garganta. ¿Cómo podía

dar una explicación sin darle a conocer sus verdaderos sentimientos? De reojo miró al hombre de rostro austero que estaba a su lado y se sonrojó al recordar las intimidades que habían compartido la noche anterior.

Sus pasos resonaban en el aparcamiento vacío y cuando Loren llegó hasta su coche pensó que Steve se iba a ir sin hablar con ella, pero se detuvo a su lado y la tocó suavemente en el hombro.

—Te debo una disculpa, Loren.

—No, soy yo quien debe disculparse —le corrigió, las palabras restantes salieron en un torrente impulsivo, improvisado—. Lo que dijiste anoche era cierto. Yo te incité. Dios sabe que ésa no era mi intención, pero eso no altera el hecho de que lo hice. Debí controlarme antes, pero me entusiasmé y lo que sucedió después fue culpa mía.

A mitad de ese discurso, Loren descubrió que ya no podía sostener la mirada de Steve; entonces bajó los ojos hacia el suelo. Su voz se apagó y se sintió peor que cuando había empezado a hablar.

—Tus palabras me hacen que me avergüence y eso es algo que no he experimentado durante mucho tiempo —señaló él con cierto tono burlón; sin embargo, cuando Steve puso un dedo debajo del mentón de ella para que le mirara, Loren se dio cuenta de que su expresión era seria y no sarcástica—. No puedo permitir que te condenes así, Loren, cuando la verdad es que anoche fui a buscarte con la intención de hacerte el amor. Quería olvidar lo que había ocurrido y deseaba hacerlo en tus brazos —sonrió sardónico cuando ella abrió más los ojos—. ¿Te asusta eso?

—No —respondió ella, bajando la vista después de que él la soltara—. Entiendo cómo te sentías.

—¿Y puedes perdonarme?

—Sí —respondió con absoluta sinceridad, pero en lo más recóndito de su mente surgió un desagradable pensamiento: «Anoche él necesitaba una mujer y tú le habrías servido tan bien como cualquier otra».

—No sólo eres hermosa, Loren, sino única —la voz de Steve interrumpió sus dolorosos pensamientos—. Permaneces tranquila y eficiente ante cualquier catástrofe. Eres amable, comprensiva y generosa cuando te entregas a otra persona, y yo anoche abusé de todo eso. Algún día entregarás todo lo bueno que hay en ti a un

hombre afortunado.

Se alejó de ella dejándola con la sensación de haberla golpeado. Cuando se dirigía a casa, las últimas palabras de Steve parecían resonar en su mente.

¡Algún día un hombre afortunado! ¡Oh, Dios, no habría ningún otro hombre! Había *un* hombre, y si no podía tenerlo, no quería a nadie más. ¡A nadie!

El sábado por la tarde, Loren fue a ver a la señora Markham y la conversación giró en torno a Steve y el terrible accidente aéreo. Loren se encontró hablando tranquilamente de las largas horas de ansiedad que había pasado.

—Ya no puedo retrasar más mi regreso a la oficina —anunció la señora Markham cuando Loren se disponía a irse—. He trabajado casi toda mi vida, así que no creo que pueda soportar estar en casa dos semanas más.

Loren sonrió, pero no hizo ningún comentario sobre la observación de la otra mujer. «Dos semanas», pensó cuando bajaba por el ascensor en dirección al sitio donde había dejado su coche. ¡Le quedaban dos semanas como secretaria de Steve y después!… Todavía no quería pensar en ese asunto, aunque ya había decidido lo que iba a hacer.

Los primeros dos días de la semana siguiente en la oficina fueron más que extenuantes. Algo había pasado en el proyecto de Namibia, según dedujo Loren, porque Jim MacDonald pasaba más tiempo en la oficina de Steve que en la suya. Bebían litros de café y fumaban tantos cigarrillos que un humo azuloso impregnaba el ambiente de la oficina, el cual casi ahogaba a Loren cada vez que ella entraba en el despacho de Steve.

—Quiero salir mañana en el primer vuelo para Windhoek y me gustaría regresar en el último de la tarde el viernes —informó Steve a Loren la mañana del miércoles. Al recordar el vuelo anterior, ella sintió que el miedo se convertía en pánico, pero se obligó a permanecer callada—. ¿Te encargarás, por favor, de los arreglos necesarios?

—¿Quieres que haga reserva en algún hotel?

—No será necesario —anunció él—. Como tal vez hayas

deducido, tenemos problemas con una de nuestras instalaciones, así que es muy probable que trabaje durante la noche.

—Me encargaré de arreglarlo ahora mismo.

—Además, Loren… —la detuvo antes de que ella llegara a la puerta—. ¿Crees que podrás ir a recibirme en el aeropuerto el viernes por la tarde?

—Desde luego —respondió sin titubear y al salir de la oficina cerró con firmeza la puerta.

Media hora después llegó Jim MacDonald, así que Loren no tuvo oportunidad de hablar con Steve hasta unos minutos después de las cinco de la tarde, cuando entró en su oficina y lo encontró de pie en frente de su escritorio. Con el ceño fruncido, miraba los documentos que tenía en una mano y con la otra sostenía un vaso de *whisky*.

—Todo está arreglado —informó ella, consultando su libreta—. Sales en el vuelo de las siete de la mañana. El avión hace escala en Upington, lo que significa que llegarás a Windhoek después de las diez. El viaje de regreso, el viernes, sale de Windhoek a las seis y cuarto de la tarde y llega aquí a las nueve. Podías recoger el billete mañana por la mañana en el aeropuerto.

—Gracias —respondió arrojando los papeles sobre el escritorio y terminando de un trago el *whisky*.

—También llamé a la oficina de Windhoek e hice los arreglos para que un coche espere a tu llegada.

—Eres un ángel, Loren —le sonrió de ese modo que la inquietaba, su pulso no era firme cuando apartó la vista de él para marcharse. Steve, poniéndole la mano sobre el hombro, le impidió que se moviera—. Quiero que sepas que aprecio lo que has hecho por mí durante estas semanas —esto hacía resaltar el hecho de que a ella le quedaban dos días de ser su secretaria.

—Hice lo que se esperaba de mí —protestó ella, evitando los ojos de Steve, consciente de la mano de él sobre su hombro.

—Has hecho más que eso. En ausencia de la señora Markham has logrado que la oficina funcionara de manera eficiente y sé que no habría sido así si hubiera solicitado la ayuda de otra persona.

—Gracias —sonrió, adoptando un aire levemente burlón, mientras escapaba del contacto de él—. Quizás algún día me des buenas referencias.

—Te aseguro que haré todo lo contrario para que nadie te

contrate, así podré estar seguro de que permanecerás aquí —su voz era firme, así como la expresión de su rostro—. Esta noche trabajaré hasta muy tarde, así que sugiero que te vayas a casa.

Loren miraba fijamente aquella espalda y el pelo que le caía sobre el cuello; ella reprimió el deseo de acariciarlo mientras murmuraba un frío «Buenas noches» y salía de la oficina.

Loren pasó dos días muy tranquilos sin Steve en la oficina. Tenía que mecanografiar una montaña de papeles, pero terminó el trabajo a tiempo a pesar de que tuvo que enfrentarse con un sin número de llamadas. Escribió algunas notas para Steve y otras para la señora Markham, poniéndola al corriente; trabajó sin prisas para mantenerse ocupada y no pensar en Steve, quien otra vez tenía que coger un Boeing en Windhoek.

—¿Por qué tan pesimista? —inquirió Natalie más tarde, al reunirse con ella el viernes en la cafetería.

—Eres tan alegre que cualquier otra persona te parece pesimista —acusó despreocupada Loren.

—Estoy tan alegre porque el lunes regresarás al lado del señor Griffin y yo me alejo de él —sonrió Natalie con picardía—. Ahora dime por qué estás tan melancólica.

La alegría de Natalie era contagiosa. Loren sonrió también.

—Estoy triste por la misma razón.

—No te culpo —Natalie rio tan estrepitosamente que varias cabezas se volvieron hacia donde ellas estaban, después se mostró indiferente y tardó un rato en tranquilizarse—. El jefe salió otra vez de viaje, ¿verdad? —preguntó al fin.

—Sí —respondió Loren tratando de parecer despreocupada mientras retiraba el plato de comida que apenas había probado y servía el té—. Regresará esta noche —confió a su amiga, pero no agregó que ella iba a ir a buscarle.

—¿Sabes qué le dijo Jim MacDonald al jefe? —preguntó Natalie, al tiempo que retiraba su plato—. Le aseguró que estaba cometiendo muchos errores últimamente, lo cual ponía en peligro el futuro de la compañía.

—Está tan agotado que necesita unas vacaciones —defendió Loren a Steve.

—Eso le aconsejó Jim MacDonald. «Tómate unas largas vacaciones», le dijo —Natalie hizo un intento de imitar su resonante voz—. «Y regresa como el hombre que acostumbras ser».

—Me pregunto si tomará en cuenta el consejo del señor MacDonald —Loren suspiró al recordar cómo ella misma había visto dibujados en el rostro de Steve, el agotamiento y la tensión.

—Debo decirte que al jefe no le gustó mucho la idea —comentó Natalie.

Loren regresó a la oficina a las dos, la tarde transcurrió rápidamente. En cierto modo no ansiaba el encuentro de esa noche con Steve, pero no dejaba de pensar en eso mientras quitaba sus cosas personales y dejaba la oficina intacta, lista para el regreso de la señora Markham, el lunes por la mañana.

Una vez que llegó al apartamento, se puso ropa apropiada para la noche fría de agosto y se obligó a comer algo aunque no tenía hambre. Aún disponía de mucho tiempo para salir hacia el aeropuerto, sin embargo, sentía el estómago revuelto como si tuviera un nido de mariposas. Trató de leer, pero no podía concentrarse y al fin encendió el televisor. Eso le ayudó a tranquilizarse, y con anticipación salió hacia el aeropuerto, adonde debería llegar antes de las nueve. Le resultó difícil encontrar lugar para aparcar el coche y cuando, finalmente, entró en la sala de espera, el avión procedente de Windhoek ya había aterrizado.

Loren examinó a los pasajeros que entraban en el edificio, unos minutos después descubrió la figura alta y conocida de Steve.

—¡Steve! —gritó ella, mientras se abría paso hacia él, una débil sonrisa iluminó el cansado rostro masculino, cuando llegó a su lado.

—Por un momento creí que habías olvidado venir a recibirme.

—Tuve algunas dificultades para aparcar —explicó ella, mientras caminaban hacia la salida y luego hacia donde Loren había dejado el coche—. Tendrás que indicarme el camino a tu casa, ¿o prefieres conducir? —preguntó, al tiempo que le miraba por encima del techo del coche.

—Conduce tú, te indicaré el camino —y arrojó su portafolios sobre el asiento trasero y luego se metió en el coche.

Cuando salieron del aeropuerto, él le indicó cómo atravesar la ciudad en dirección a Houghton. Por ser ésta la primera vez que vería la casa de Steve, se sentía nerviosa. Se quedó sin aliento al ver

la sorprendente mansión cuando cruzaron las impresionantes puertas de hierro. Loren aparcó el coche en el camino flanqueado de árboles.

—¿Aquí vivía tu padre? —preguntó ella con curiosidad, volviendo el rostro hacia el hombre que estaba junto a ella—. Quiero decir, ¿ésta ha sido siempre tu casa?

—Sí —respondió él mientras se volvía para coger su portafolios del asiento de atrás—. ¿Te gusta?

—Es muy… —hizo una pausa para buscar la palabra apropiada, pero se conformó con decir—: impresionante.

—Entra y te la enseñaré —sugirió él y aunque una parte de ella deseaba a aceptar, otra rechazaba la idea.

—No puedo —cortésmente rechazó la propuesta—. Es tarde y debo irme a casa.

—Loren —dijo él con un suspiro, mientras se inclinaba hacia ella y colocaba una persuasiva mano sobre la que ella tenía sobre el volante—, entra y toma una copa conmigo mientras me relajo. Por favor.

Ante aquel contacto, Loren sintió que un millar de sus nervios volvían a la vida y para su desaliento, descubrió que no podía negarse.

—Entraré un momento, pero no podré quedarme mucho tiempo.

—Bueno —se conformó él, ella bajó del coche y junto con él subió la escalinata que conducía hacia la esculpida puerta de roble.

Antes de que llegaran a la puerta, ésta se abrió y apareció un mayordomo chino vestido de blanco, que se inclinó mientras entraban; con sus ojos oscuros y rasgados miró respetuosa pero desinteresadamente a Loren.

—Gracias por hacerte cargo de todo en mi lugar, Lee —Steve le sonrió al otro—. Ahora puedes irte a casa.

El mayordomo se inclinó en una reverencia y Loren pudo ver que tenía una cicatriz desde la sien hasta la barbilla.

Steve interceptó la mirada un tanto horrorizada de Loren y mientras el mayordomo desaparecía en silencio, la cogió del codo para conducirla al elegante salón.

—Conocí a Lee durante una visita que hice a China —explicó Steve al darse cuenta de la curiosidad de Loren—. En ese tiempo estaba en ciertas dificultades e insistía en venir a Sudáfrica para

trabajar conmigo.

—¿Le salvaste la vida? —preguntó Loren mientras recordaba la cicatriz.

—No tanto —sonrió Steve—. Lee no necesita mucha ayuda para defenderse.

Loren sintió que él restaba importancia a su participación en ese incidente y no insistió.

—¿Le sacaste de allí y lo trajiste contigo?

—Sí —contestó Steve—. Realicé los arreglos necesarios con las autoridades de Inmigración. Eso fue hace casi quince años y en aquel tiempo encontró una encantadora esposa, que es una excelente cocinera; además tienen dos hijos pequeños, de los cuales está muy orgulloso —se sentó en una silla y cerró los ojos—. Creo que dejaré lo de enseñarte la casa para otra ocasión. ¡Ahora necesito un *whisky*!

La mirada de Loren se paseó por la habitación hasta que encontró el mueble-bar en una esquina. Caminó hacia él, lo abrió y encontró lo que buscaba. Sirvió un *whisky* para Steve, y ella se sirvió una copa de vino.

—De verdad debes irte a la cama, Steve.

—Estoy demasiado tenso para dormir —respondió con un gruñido y sus ojos encontraron los de Loren cuando se quitó la chaqueta.

—Lo que necesitas para relajarte es un masaje —aseveró ella sin pensarlo y una sonrisa sensual apareció en los labios de Steve.

—¿Te importaría dármelo tú?

—En absoluto —respondió ruborizada.

—Mi habitación es la segunda puerta a la derecha del pasillo.

—Te doy diez minutos para darte un baño y meterte en la cama.

La miró unos segundos como si dudara de lo que había escuchado, sonrió burlón y con el vaso de *whisky* en la mano, se puso de pie y salió de la sala de estar.

—Debo haber perdido el juicio —se regañó Loren, pero ya era demasiado tarde para retractarse.

Bebió el vino, aprovechando los diez minutos que había fijado antes de ir a subir a su habitación. Encima de la chimenea estaba el retrato de un hombre, quien sin duda era el padre de Steve. Tenía también la frente ancha como su hijo, el pelo color cobrizo, muy

parecido al de Steve y asimismo, los ojos increíblemente azules. La boca era distinta, advirtió Loren. Los labios de Steve eran sensuales, perfectamente cincelados y los de su padre eran finos, casi crueles, a pesar de la chispa de humor que brillaba en sus ojos.

Loren miró su reloj de pulsera. Habían terminado los diez minutos. Nerviosa, terminó el vino y colocó la copa sobre una mesita. Le resultó fácil seguir las indicaciones de Steve, así que encontró la habitación sin dificultad.

La puerta estaba entreabierta y cuando entró, encontró a Steve apoyado en las almohadas, con una sábana de seda cubriéndole la mitad inferior de su cuerpo. De pronto se encontró mirando casi hipnotizada el torso desnudo de Steve, vio que el vello oscuro de su pecho bajaba, como un sendero estrecho, hasta el ombligo. Espantada, tragó saliva; se preguntaba qué estaba haciendo allí en el dormitorio de Steve, pero se tranquilizó. No era la primera vez que veía el pecho desnudo de un hombre, trataba de repetirse, aunque eso no parecía servirle de mucho. Aún podía recordar la aspereza del pecho masculino contra sus senos y sólo de pensar en ello su corazón latía tan fuerte que apenas podía respirar.

—¿Vas a quedarte allí toda la noche mirando?

Loren, decidida se dirigió hacia la cama.

Capítulo 9

—No has terminado tu *whisky* —le dijo al ver que tenía el vaso intacto encima de la mesilla.

—Lo he dejado para más tarde por si no puedo dormir.

—Es mejor que te lo bebas ahora —ordenó ella, enérgica—. Cuando haya terminado contigo te sentirás bastante soñoliento y no necesitarás esa clase de somníferos.

Con la débil luz de la lámpara que estaba a un lado de la cama, la sonrisa sensual de Steve pareció diabólica.

—¡Eso evoca los pensamientos más excitantes y seductores!

—¡Cállate! —exclamó ella y su pulso se aceleró—. Bébete el *whisky* y túmbate.

—Sí, *madam* —sonrió, e hizo lo que ella le indicaba.

Se tomó el *whisky* de dos tragos y se acostó boca abajo; sin embargo, al hacerlo, la sábana que lo cubría se deslizó un poco y Loren pudo ver sus delgadas caderas, donde la piel era más blanca que en el resto de su cuerpo.

—¿Tienes alguna crema? —preguntó ella, deseando tranquilizarse.

—En el baño encontrarás un frasco de bronceador, me temo que eso es todo lo que tengo.

Loren fue al cuarto de baño a buscar el bronceador.

Al volver, se sentó en la cama junto a Steve y le subió la sábana hasta taparle media espalda.

Apoyándose en la almohada, rio suavemente, ella se alegró de que no pudiera ver sus ardientes mejillas.

Sus manos temblaron ante la idea de tocarlo, pero respiró y cerró su mente a todo, menos a la tarea de aliviar la tensión del cuerpo de Steve. Echó crema en la palma de una mano y luego la extendió en la espalda masculina. Sentía su piel cálida, primero se concentró en el cuello y en los hombros; luego deslizó sus manos por la espina dorsal. Sus pulgares se centraban en los puntos de tensión, los demás dedos daban masaje a los cansados músculos.

Loren advirtió que la tensión de Steve no se debía totalmente al esfuerzo de los dos días anteriores. Él era tan consciente de la presencia de ella como Loren de la suya; como resultado, el masaje

no resultó ser tan estimulante como tenía que ser.

—Relájate, Steve —ordenó ella, con voz baja y tranquila—. Por favor, trata de hacerlo o podría darme por vencida y no intentar ayudarte.

Loren se fijó en la radio empotrada en la cabecera de la cama. La encendió, asegurándose de que el volumen estuviera bajo y volvió a su tarea, mientras la música relajante de esas horas de la noche surgía de los altavoces ocultos.

Esto pareció tener el efecto deseado y Loren continuó el masaje; sentía que los músculos de Steve se relajaban bajo sus dedos. Podía oírle respirar profunda y uniformemente, mientras que, una vez más, frotaba sus hombros. Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Steve.

—Hum… eres una maravilla —murmuró con voz baja—. ¿En dónde aprendiste a dar masajes?

—Mi padre tiene una lesión en la espalda que suele molestarle muy a menudo, y mi madre es enfermera y masajista —le explicó Loren—. Ella me enseñó cómo hacerlo en caso de que no estuviera presente cuando mi padre necesitara ayuda.

—Te enseñó muy bien.

A Loren le dolían los dedos y las muñecas, sin embargo, la elasticidad de los músculos de Steve le indicaba que había hecho un buen trabajo.

—¿Cómo te sientes?

—Como nuevo —confesó él con un gruñido cuando ella se sentó de nuevo. Steve dio vuelta sobre su espalda, con mirada ligeramente burlona a pesar de sus párpados entrecerrados—. ¿También en la frente vas a darme masaje?

—¿Crees que lo necesitas? —preguntó con ironía.

—Lo necesito —le aseguró, poniéndose más cómodo en la enorme cama.

—Lo que necesitas son unas vacaciones —arguyó con voz más fuerte que el sonido de la música, mientras colocaba sus pulgares sobre la frente de Steve y luego los deslizaba hacia las sienes y la mandíbula—. Trabajas demasiado.

—No me queda otro remedio —suspiró y cerró los ojos cuando ella extendió sus manos hasta el cuello, los hombros y el pecho.

—No tiene sentido tener al lado a un hombre como Jim

MacDonald, si no lo aprovechas.

—Supongo que tienes razón.

—No lo supongas, Steve —insistió con tono grave—. La tengo. Piénsalo, en serio.

—Haré lo que digas —sonrió.

—Te burlas de mí —lo acusó con enfado.

—Te provoco —corrigió, detuvo el movimiento de las manos de Loren y las apretó contra su propio pecho, de modo que las palmas quedaron sobre la aspereza de su vello—. Es distinto, tú sabes.

Cuando los ojos masculinos encontraron los de Loren, ella descubrió que tenían un azul brillante; se dio cuenta además de los latidos rítmicos del corazón de Steve debajo de sus sensibles dedos. Los dos cobraron conciencia de su cercanía, pequeños temblores, mezcla de miedo y excitación, la recorrieron. Steve levantó las manos y alcanzó el lazo que recogía en una cola el pelo de Loren; lentamente empezó a deshacerlo hasta que la sedosa melena cayó sobre los hombros femeninos. Sin dejar de mirarla, tiró al suelo el lazo y deslizó los dedos entre la cabellera femenina.

—Steve… —protestó ella, casi como una súplica, sin embargo, la mano de él ya estaba debajo de la brillante cascada que enmarcaba el rostro sonrojado, y sus dedos se extendían por la nuca, en una caricia hormigueante, persuasiva, que la obligó a bajar la cabeza hasta la boca de Steve que tocó sus labios abiertos, indudablemente ansiosos.

El beso con un ligero sabor a *whisky*, despertó en ella una respuesta que no pudo reprimir. En una caricia involuntaria, sus dedos tocaron el pecho de Steve y de algún modo el tierno beso de él hizo desaparecer sus temores y sólo dejó el vibrante placer de aquel momento de intimidad entre ellos. Las manos de él se enredaron entre su pelo y le acarició la espalda, oprimiéndola contra su pecho, de modo que ella pudo sentir que sus corazones palpitaban al unísono, sin embargo, él disminuyó la fuerza de su abrazo y la apartó un poco.

—Eres tan hermosa, mi querida Loren —murmuró con voz profunda y cansada, sus dedos acariciaron las mejillas y el cuello de ella con más ternura que sensualidad—. Te quiero tanto, pero sé que lo estropearía todo si tratara de hacerte el amor ahora y para ti la primera noche tiene que ser perfecta.

Ella levantó una mano y colocando sus dedos sobre los pesados párpados de Steve, le obligó a cerrar los ojos.

—Duérmete.

—Eres un ángel —suspiró él, sus facciones ya no mostraban huellas visibles de agotamiento y su cuerpo tenía ahora aspecto relajado.

Loren permaneció sentada junto a él unos momentos, hasta que la respiración lenta de Steve le indicó que ya estaba dormido. Cogió con cuidado una mano masculina y depositó un beso en los nudillos, luego apagó la radio y la lámpara que estaba a un lado de la cama.

Sin hacer ruido, salió de la habitación y abandonó la casa. Era una noche fría, no obstante, aún guardaba esa calidez que él había provocado en ella.

El sábado por la mañana, Loren se despertó tarde y durante casi todo el día estuvo pensando en Steve.

De tal modo ocupó Steve su mente durante el día que no se sorprendió que al abrir la puerta aquella tarde le encontrase parado en el umbral. Casi creyó que era su imaginación, pero cuando él la atrajo hacia sí y la besó, descubrió que era real.

—He pasado todo el día pensando en lo que dijiste anoche —señaló, mientras se quitaba la chaqueta y se sentaba en una silla.

—Dije muchas cosas —sonrió ella, sentándose en una silla cercana y cruzando sus temblorosas manos con firmeza sobre las rodillas—. ¿A qué te refieres?

—Dijiste que yo necesitaba unas vacaciones y después sugeriste que aprovechara al hombre que tengo a mi lado como ayudante.

—¿Y?

—Voy a seguir tu consejo.

—¿Te vas de vacaciones? —no muy segura de si debía sentirse feliz o preocupada ante la idea de que él estuviera lejos por algún tiempo.

—Esta mañana lo decidí y tan pronto como consiga un billete para Londres, haré mi equipaje y estaré durante seis semanas por las Islas Británicas y Europa —le informó.

—Me parece estupendo —se obligó a hablar con entusiasmo—.

Además necesitas un descanso.

—Me encantaría que pudieras acompañarme —aseguró con suavidad.

Loren por algunos segundos le miró fijamente antes de que tal invitación provocara un efecto sorprendente.

—¡No seas tonto! —rio en un intento por hacer caso omiso de algo que parecía una broma.

—Hablo en serio —la corrigió con ojos entrecerrados y atentos —. Acompáñame, Loren y déjame llevarte a los países que he conocido.

Loren se puso de pie y se acercó a la ventana para mirar hacia la bulliciosa calle. Tenía la sensación de que alguien con un cuchillo amenazaba su corazón y que podía destruirlo con cualquier movimiento en falso. «Acompáñame», había dicho Steve, pero ella no lograba entender de qué tipo de proposición se trataba.

—¿Me pides que te acompañe como tu amante? —preguntó al advertir que Steve avanzaba hacia ella. Poniendo las manos sobre sus hombros, él la atrajo hacia sí hasta que la obligó a apoyarse en cuerpo masculino mientras sus labios acariciaban su nuca.

—Los franceses tienen una mejor definición —comentó él con voz profunda y suave—. Ellos dicen *petite amie.*

Loren sintió la salvaje estocada del cuchillo amenazador y algo murió en su interior dejándola deshecha.

—*¡Petite amie!* ¡Amante! —con desagrado repetía las palabras mientras se volvía y se apartaba de él—. No importa el término que se utilice, Steve; significa lo mismo.

—Loren, escúchame —alargó la mano, pero Loren se apartó.

—¿Y qué sucedería cuando regresáramos de estas deliciosas vacaciones que has planeado? —preguntó ella, mientras la ira empezaba a embargarla—. ¿Diríamos «adiós, fue divertido» y seguiría cada uno por su camino?

—Eso dependería de cómo nos sintamos después de esas seis semanas —respondió él, cuya evidente burla avivó la cólera de Loren.

—En este instante puedo decirte lo que siento por ti, no tienes que esperar tanto tiempo —le informó con marcado desdén—. ¡Me repugnas!

Tan seguro estaba Steve de sí mismo y de su poder de

convencimiento que, incrédulo, la miró fijamente antes de hacer un nuevo intento por tomarla entre sus brazos; sin embargo, ella se apartó de él con tal determinación que Steve se paró para mirarla con mirada curiosa.

—¿Loren? —esta vez, al oír su nombre en los labios de él, Loren no experimentó la sensación de otras veces.

La furia aguzó el ingenio de la muchacha y advirtió la intención de Steve antes de que éste tratara de llegar hasta ella.

—Eres más fuerte que yo, Steve —le advirtió con voz ahogada —, pero si me pones un dedo encima ahora. ¡Te arrepentirás!

—No te lo voy a volver a preguntar, Loren, así que te sugiero que lo pienses bien.

—¡No, piénsalo bien tú! —exclamó ella—. Y te aconsejo que vayas a ver a una de esas mujeres que tan a menudo te llaman por teléfono. ¡Estoy segura de que entre ellas encontrarás a alguien más apropiada para lo que tienes en mente!

—No lo dudo —profirió violento, dando por hecho que todavía tenía la facultad de herirla.

—Sabía que estarías de acuerdo conmigo —afirmó ella con voz fría pero también, avanzó hacia la puerta y la abrió—. Ahora, si no te importa me gustaría que te fueras.

Steve cogió su chaqueta y a grandes pasos avanzó hacia la puerta.

—¡Me iré encantado! —gruñó. Al salir cerró la puerta con tal golpe que retumbaron todos los cristales.

Una tranquilidad glacial se apoderó de Loren. No podía sentir nada, era como si su interior se hubiera convertido en piedra, aunque su mente se mantenía alerta y razonaba perfectamente. Fue entonces cuando, sin ninguna emoción que oscureciera sus pensamientos, tomó la única decisión posible en cuanto a su futuro.

Harvey Griffin se quitó las gafas, las limpió con su pañuelo y se las puso de nuevo. Golpeó con los dedos la dimisión de Loren que tenía delante de él.

—¡No puede renunciar y darme una semana de plazo, señorita Fraser!

—Sí puedo, señor Griffin —le contradijo Loren, sentada

ceremoniosamente en el borde de su silla, mientras le miraba—. Así lo señala mi contrato, como podrá ver, si se toma la molestia del estudiarlo.

—¿En dónde voy a encontrar a alguien para que la reemplace en un tiempo tan corto? —farfulló él.

—¡Ése es su problema, no el mío! —le gritó, y al mismo tiempo se sintió avergonzada—. Le sugiero que ascienda a Natalie Miller, que la coloque en mi puesto y busque a alguien que la sustituya en el suyo.

Pensativo, la examinó por un momento, luego asintió.

—Sí, debo admitir que ella es muy eficiente.

—Sabía que pensaría eso —sonrió Loren.

—Muy bien, señorita Fraser —anunció Harvey, archivando la dimisión de Loren—. Parece que no tengo otra alternativa.

Loren le dio las gracias con amabilidad y regresó a su oficinal para hacerse cargo de su trabajo. Sin embargo, media hora después, cuando entró Natalie, dejó a un lado todo y le ofreció una silla a su amiga.

—Hay algo que debo decirte antes de que lo oigas en otra parte —dijo con tono grave—. He dimitido, así que el lunes de la semana próxima será mi último día en Beaumont Engineering.

Afligida, Natalie la miró asombrada.

—¡No hablarás en serio!

—Lo siento, pero así es —le aseguró Loren—. Me voy a casa, a Aberdeen, que es mi sitio.

—¿Por qué?

Loren bajó la vista y dijo con ironía.

—Deberías saber la respuesta.

—¿Steve Beaumont? —rápidamente, Natalie se dio cuenta de la situación.

—Sí —confirmó Loren y al escuchar el nombre de él, sintió por primera vez desde la noche del sábado, una punzada—. Sé que soy una cobarde, pero no puedo continuar aquí, Natalie. No después… no después de lo que ha sucedido entre nosotros.

—Supongo que si te pido que me cuentes los detalles, me dirás que me ocupe de mis asuntos.

—Preferiría no hablar del asunto —informó Loren y cambió de tema—. Tu hermana y tu cuñado regresan de su viaje el domingo,

así que todo queda perfectamente arreglado.

—¿En dónde te quedarás hasta que te vayas de la ciudad?

—Me hospedaré en un hotel durante dos noches.

—No, no lo harás —protestó su amiga—. Hay una cama libre en mi habitación, si no te quedas conmigo, no volveré a hablarte nunca más.

—No quiero ser un estorbo.

—¡Tonterías! —la interrumpió Natalie—. Te quedarás con nosotras durante esas dos noches.

Rápidamente, salió de la oficina sin dar a Loren la oportunidad de discutir, aunque ésta ya no tenía ganas de hacerlo. No podía pensar en algo más agradable que pasar unos días con su amiga antes de marcharse.

Si hubiera temido que Steve intentara comunicarse con ella, sus temores habrían resultado innecesarios. Aunque no le había visto, se enteró de la vuelta de la señora Markham a la oficina. Loren la vio para contarle todo lo que había sucedido en la oficina en su ausencia, y aunque no mencionaron nada de su dimisión, estaba segura de que tanto la señora como Steve estaban enterados.

Pasó la mayor parte del sábado poniendo en orden el apartamento para dejarlo como lo había encontrado. Se aseguró primero de que las despensas y el refrigerador estuvieran llenos.

Natalie y su madre la convencieron para que las acompañara al aeropuerto el domingo por la mañana para recibir a Caroline y a Robert, después todos volvieron al apartamento para tomar el té. Esto le dio a Loren la oportunidad de entregarles las llaves y agradecerles el haberle permitido utilizarlo; sin embargo, al ver tan felices a los dos jóvenes, se despertaron sus anhelos. Los reprimió con firmeza y se concentró en la animada conversación que mantenían. Loren intentó pasar su último día en la oficina tranquila. No iba a llorar, después de todo, no había por qué derramar lágrimas. Había sido una tonta al enamorarse de un hombre que sólo le había ofrecido un sitio provisional en su vida, y ahora no iba a ser tan tonta para llorar por eso. Lo que quería era olvidar lo que había sucedido. Se iría a casa a ayudar a su padre en la granja y poco a poco olvidaría a Steve.

—No sabes cómo desearía que no tuvieras que irte —le comunicó Natalie, llorosa, cuando fue a despedirla el martes por la

mañana; Loren, emocionada la abrazó.

—Has sido una maravillosa amiga, nunca te olvidaré.

No queriendo alargar más la despedida, arrancó el coche y se dirigió hacia Aberdeen. Más tarde, cuando paró a descansar un rato, fue cuando rompió a llorar. Se reprochaba ser tan débil, pero las lágrimas fluyeron incontenibles, antes de que lograra controlarse lo suficiente para salir del coche y estirar las piernas. Aún le quedaba mucho para llegar a Aberdeen y si iba a perder algunos minutos para llorar cada vez que se detuviera, no llegaría nunca.

Durante la mayor parte del día viajó a una velocidad regular y sólo se detenía para estirar las piernas o cuando el candente sol le provocaba sueño. Olvidándose de todo, lo único que deseaba era llegar a su destino. Su llegada no sería una sorpresa para sus padres, el día anterior les había enviado un telegrama para decirles que llegaría a la hora de la cena.

Cuando el sol se ponía, Loren se detuvo frente a la casa de sus padres. Will y Jean Fraser, quienes estaban sentados afuera, le dieron la bienvenida, entusiasmados, pero también un poco curiosos. Le ayudaron a sacar las maletas del coche y meterlas en la casa, mientras reían y charlaban casi al mismo tiempo sobre lo emocionados que habían estado al recibir el telegrama. Si notaron que Loren se mantenía extrañamente callada, no dijeron nada; después de tomar algo frío para mitigar su sed, Loren los dejó en el porche y entró en la casa para bañarse y ponerse algo más fresco para la cena.

Resultaba agradable estar ahí, con todas las cosas familiares a su alrededor; sin embargo, una parte de su ser suspiraba por ese algo que ahora estaba tan lejos de ella.

—Debo confesar que tu padre y yo no esperábamos tenerte aquí tan pronto —señaló la madre cuando estaban cenando una hora después.

—Os echaba mucho de menos —Loren no quería decirles la verdad—; Johannesburgo no es un sitio agradable.

No mientras Steve estuviera allí, pudo haber añadido; sin embargo, con estoicismo, no dijo nada en cuanto a la parte de su vida que había quedado atrás.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el padre.

—Pensé que podría ayudarte en la granja, por un tiempo, antes

que empiece a buscar otra cosa.

Por un momento, en silencio y pensativo, Will Fraser examinó a su hija. Se daba cuenta de que algo sucedía, Loren, a su vez, lo advertía.

—En efecto necesito ayuda —admitió.

Loren se dedicó con ahínco al trabajo de la granja, sin descansar un momento. Durante el día, mientras trabajaba bajo el abrasador sol, podría olvidar, pero por la noche recordaba todos los detalles de la situación que la habían hecho abandonar Johannesburgo. Había dicho que despreciaba a Steve, no obstante, aún le amaba y seguiría amándole por el resto de su vida.

Si Steve le hubiera dicho que la amaba, habría dejado todo y lo hubiese seguido hasta el fin del mundo, pensó una noche que estaba en el porche mirando las estrellas.

—¡Oh, Dios! —se quejó para sus adentros, al apoyarse en la barandilla y ocultar el rostro entre las manos—. ¿Es que nunca voy a olvidarle?

—¿Cansada? —preguntó Will Fraser a sus espaldas, asustándola y obligándola a erguirse.

—Sí, un poco —respondió y no era mentira. Estaba cansada del doloroso vacío que experimentaba, de las horas solitarias y nocturnas cuando el recuerdo de Steve la mantenía despierta.

—Algo te sucedió en Johannesburgo, ¿verdad? —apuntó Will, al apoyarse en la barandilla cerca de ella y encender su pipa—. Algo sucedió; algo que te hace infeliz.

—Prefiero no hablar de ello.

—¿Por eso trabajas durante todo el día sin descansar?

—Me sirve para mantenerme ocupada.

—Eso te impide pensar demasiado, ¿no es cierto?

—Así es.

—Sin embargo, cuando estás aquí sola, en la oscuridad de la noche, te ocurre lo que no te pasa durante todo el día —con perspicacia, dio en el clavo.

—¡Oh, papá! —exclamó luchando contra el deseo de romper llorar.

—Algunas veces ayuda el hablar —le aseguró, mientras retiraba

la pipa de su boca y ponía un brazo, para consolarla, alrededor de los esbeltos hombros de Loren.

—No —susurró ella, apoyando la cabeza en su padre—. Todavía me duele mucho hablar de aquello.

—Entonces, cuando estés preparada —informó él y la besó en la frente—, tu madre y yo estaremos dispuestos a escuchar y ayuda en lo que podamos.

—Lo sé… y gracias —suspiró profundamente, y permanecieron muy juntos durante un rato, antes de que él se retirara y entrara en la casa.

—No te quedes afuera mucho tiempo —le advirtió—. La noche, está fría.

De nuevo en la oscuridad y sola, Loren se preguntó, de pronto, qué haría Steve en aquel momento. ¿Se habría ido de vacaciones como había planeado? ¿Lo acompañaría otra persona? La idea de otra mujer en sus brazos fue como un puñal que le atravesó el cuerpo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, no tenía sentido castigarse así, lo sabía; sin embargo, su mente no se tranquilizaba, y las lágrimas continuaron deslizándose, una tras otra, por sus mejillas hasta que entró en la casa y se tiró en la cama. Debido a su cansancio, se quedó dormida en seguida.

En una ocasión, después de un día especialmente agotador, Loren llegó tarde a casa y antes de entrar en la cocina, donde su madre metía un asado en el horno, se sacudió el polvo de las botas.

—Ha llegado una carta para ti de Johannesburgo. La puse en la mesita de tu cuarto.

—Gracias —sonrió Loren con brevedad, aunque parecía tranquila, sus nervios habían formado un nudo en el estómago.

Seguramente sería una carta de Natalie. Le daría noticias de Beaumont Engineering, y ésa era una parte de su vida que trataba de olvidar.

Loren fue a su habitación y confirmó sus sospechas. La carta era de Natalie, reconoció la letra pequeña y clara. Primero se bañaría y se cambiaría de ropa, después podría tener el ánimo para leerla.

Desde que había vuelto a Aberdeen había visto a Matt Kruger algunas veces, habían establecido la misma relación amistosa de

siempre. Aunque Matt le había preguntado sobre su vuelta a la granja, no le exigió ninguna explicación. Después de casi cuatro semanas de llegada a Aberdeen, los rumores habían empezado a circular de nuevo, sin embargo, esta vez las especulaciones en torno a su relación con Matt no le importaban.

Se quitó la ropa sucia y las polvorientas botas; una vez debajo del chorro de agua fría, en el baño, trató de olvidarse de todo y se concentró en refrescar su cuerpo y librarse del polvo y el sudor. Las nubes se estaban acumulando y con un poco de suerte, llovería durante la noche, la sequía llegaba a su fin. En los últimos días de septiembre, el campo volvía a cobrar vida. Ya habían caído las primeras lluvias de primavera, pero necesitaban verdaderos chubascos para que los granjeros del distrito se sintieran animados de nuevo.

Al terminar de bañarse, se cubrió el cuerpo húmedo con una toalla, se lavó los dientes y se examinó con ojo crítico frente al espejo que estaba encima del lavabo. Quizá las noches que había pasado en vela dibujaron sombras permanentes bajo sus ojos, pero las horas de trabajo bajo el sol de Karroo habían dado un tono dorado a su piel. Tenía un aspecto sano y descansado, aunque aún sentía ese doloroso vacío que nada ni nadie podía llenar.

Finalmente, se puso una bata de algodón y unas sandalias, pero sólo después de maquillarse un poco y secarse el pelo, se sentó en la cama y abrió la carta de Natalie. Su amiga había escrito tres hojas; donde le contaba los incidentes, divertidos e interesantes, que les habían ocurrido a Caroline y Robert durante su viaje; no obstante, hacia el final de la carta Loren encontró las noticias que había temido desde el principio:

El otro día vi a la señora Markham, quien como de costumbre se portó muy amable. Estaba tan preocupada por el jefe que supongo que no le importó con quién estaba hablando, así que me soltó no pocos datos interesantes. Últimamente el jefe ha estado trabajando tanto que ella tiene miedo de que sufra una depresión nerviosa o algo peor. Cuando no sale por asuntos de negocios, trabaja hasta muy tarde en la oficina, un día sufrió un desmayo. ¡Imagínate! El jefe dijo que se debió a algo que había comido, pero parece que la señora Markham piensa de otra forma. La mujer está muy preocupada por él y no sin motivo,

porque cuando yo le vi el otro día no tenía muy buen aspecto.

Natalie concluía su carta con los acostumbrados buenos deseos. Loren puso el sobre en sus rodillas, mirando hacia adelante sin ver en realidad. Así que Steve no había salido de vacaciones acompañado de una mujer. Eso debía consolarla un poco, sin embargo, le preocupó que a él no le interesara su propia salud.

¿Por qué trabajaba tanto? ¿Qué trataba de hacer? No podía encontrar respuesta a esos interrogantes. Dudaba que alguna vez alguien entendiera a un hombre como Steve Beaumont. Deseaba ayudarlo, aunque sabía que él no recibiría bien su ayuda. Se habían dicho muchas cosas hirientes, lo cual dificultaba la relación; además, la única relación que le interesaba a Steve era lo que no significaba compromisos.

Trató de olvidar lo que le decía Natalie; no obstante, durante los siguientes días aumentó su preocupación. Quizá Steve la había apartado de su mente y de su vida, pero eso no le impedía preocuparse por él.

Capítulo 10

Durante dos semanas consecutivas no paró de llover y el diluvio empapó la tierra reseca, llenó las presas y desenraizó los espinosos árboles. No podían hacer nada para evitar el daño hasta qué la torrencial lluvia cesara. En cuanto terminó la tormenta, Loren salió para trabajar junto con su padre en la reparación de las cercas destrozadas.

Trabajaban casi día y noche para restablecer el orden.

—Encima de todo el trabajo que tenemos, se nos ha estropeado el camión —comentó una noche el padre mientras cenaban.

—Lo revisaré mañana —prometió Loren.

—¿No puede esperar eso hasta el lunes? —objetó su madre—. Habéis trabajado mucho estos días, así que os merecéis todo el fin de semana.

—Necesitamos ese camión el lunes para traer las provisiones —le recordó Loren a su madre y Jean suspiró resignada.

Media hora después, Loren subió a su habitación, se dio un baño caliente y se metió en la cama. Por primera vez en varias semanas, no permaneció despierta durante horas, sino que se quedó dormida apenas colocó la cabeza sobre la almohada.

A la mañana siguiente, cuando aún no había salido el sol, Loren se levantó y se puso un pantalón azul y una blusa a cuadros. Se tostó una rebanada de pan, se preparó un café y cuando el sol apenas empezaba a aparecer por las colinas, salió de la casa y fue hasta el garaje, donde estaba aparcado el camión. El rocío sobre la hierba brillaba como diamantes y agregaba ese conocido destello a las mañanas en el Karroo. Loren respiró profundo, dejando que el aire entrara en sus pulmones y olió la débil pero característica fragancia de los arbustos de la región. Era fabuloso estar viva, ¡aunque su existencia sólo sería completa si…!

Tenía que dejar de pensar en Steve; ¡debía olvidarle! Sin embargo, sabía que nunca lo lograría y que necesitaba aprender a vivir consciente de eso.

Abrió la puerta del garaje y los rayos del sol entraron lo suficiente para poder ver el motor cuando levantó el capó. Con aire de experto, lo revisó y encontró la avería sin mucha dificultad. No

tardaría más de dos horas en arreglar el coche; pero, antes de hacerlo, aflojó los tapones necesarios para sacar el aceite. Limpió el motor y le puso aceite nuevo. Con el equipo necesario en la mano, nuevamente se deslizó debajo del camión y casi dos horas después oyó que alguien, con lentitud, se acercaba. Los pasos se detuvieron cerca de ella, Loren sonrió divertida.

—Has llegado demasiado tarde para ayudarme, papá, pero si me pasas esa llave pequeña, terminaré en un momento —alargó la mano para coger la llave, apretó con fuerza la tuerca y se deslizó para salir de debajo del camión—. Con eso bastará.

Loren estaba todavía agachada, cuando descubrió unos zapatos de piel, limpios, que definitivamente no eran del tipo que su padre llevaba. Subió la vista y se fijó en la tela del pantalón azul marino que cubría las piernas largas y musculosas. La camisa de seda blanca, estaba desabrochada a la altura del cuello. El corazón de Loren latió como si fuera a salírsele del pecho, antes de levantar la vista y mirar esos ojos azules que tan bien conocía.

—¡Steve! —exclamó asombrada. Con dificultad se puso de pie, sin que él la ayudara y se apoyó en el camión porque sintió que las piernas se le doblaban.

Él sonrió un poco burlón, mirándola con aire especulativo.

—Hola, Loren.

De pronto, ella cobró conciencia de su propio aspecto. Se había recogido el pelo en una cola de caballo, en su rostro no aparecía el menor rastro de maquillaje y el pantalón y la camisa que llevaba estaban llenos de grasa. Sin embargo, se olvidó de su apariencia cuando vio a Steve. Descubrió que en sus sienes había más canas de las que recordaba y que sus ojos tenían un aspecto vidrioso. También se dio cuenta de que había perdido peso.

—Parece como si no hubieras dormido en toda la noche —observó ella con voz ronca debido al esfuerzo que hacía para controlar sus emociones.

—En realidad no lo he hecho —confesó él, sosteniendo la mirada de Loren—. Ayer, muy tarde, tomé la decisión de viajar hasta aquí y he conducido durante toda la noche.

—¿Fuiste a casa? —sentía que le faltaba el aire.

—Cuando llegué, tu madre me preparó un exquisito desayuno y he estado más de una hora hablando con tus padres.

—¡Oh! —gimió Loren.

—No les has hablado de mí.

—No —respondió ella con brusquedad, se apartó de él para bajar el capó del camión y limpiarse las manos con un trapo—. No había razón para ello.

—Me llevó bastante tiempo explicarles quién era yo y por qué había venido.

—¿Y por qué has venido? —inquirió tensa.

Steve se acercó a ella, pero no hizo ningún intento de tocarla. Si lo hubiera hecho, quizá Loren se habría arrojado a sus brazos, debido a su desesperada necesidad de sentirlo cerca nuevamente.

—He venido con la esperanza de convencerte para que regreses conmigo a Johannesburgo —explicó él.

Loren cerró los ojos, esperando que él dijera que la amaba, pero nunca lo diría. Steve quería que regresara a Johannesburgo como su amante, había sido muy tonta al esperar algo más que eso.

—Entra —pidió ella con indiferencia, mientras abría la puerta del camión y se colocaba detrás del volante—. Tengo que probarlo.

Steve se sentó junto a ella, el motor del camión zumbó cuando Loren hizo girar la llave de contacto. Ninguno de los dos habló mientras ella sacaba el vehículo del garaje y tomaba la carretera que llegaba hasta una pequeña colina, desde donde se tenía una excelente vista de la granja. Loren no podía explicar por qué lo había llevado hasta allí, aunque cuando llegaron a la cima del cerro, saltó del camión y caminó unos pasos para luego deslizar la vista sobre el valle.

Era consciente de que Steve la seguía, pero también de las heridas que su presencia había abierto. «Oh, Dios, ¿por qué ha tenido que venir aquí?» «¿Por qué tiene que torturarme así?»

—Loren…

—Nunca debí haber ido a Johannesburgo —se adelantó a él, liberando parte del sufrimiento que había llevado consigo durante las semanas pasadas—. La gente de allí piensa y siente las cosas de manera distinta de las de aquí. No puedo aceptar eso, ni lo haré nunca, así que he llegado a la conclusión de que éste es el lugar al que pertenezco.

—¡Me perteneces a mí! —exclamó él, poniendo las manos sobre los hombros de ella y haciéndola girar, pero ella movió la cabeza.

—No, Steve, no te pertenezco.

—¡Sí, por supuesto que sí! —contradijo la enfática negativa de ella—. Lo he pasado muy mal durante estas semanas. Trataba de convencerme de que no merecía la pena preocuparse por ti. Busqué a todas esas mujeres que mencionaste y salí con ellas, una distinta cada noche; todas tenían tus ojos, tus labios, tu voz y tu pelo —aseveró con voz quejumbrosa, sus brazos, cayeron a los lados.

—Steve…

—Como no me apetecía salir con más mujeres me dediqué a mi trabajo —continuó él como si Loren no hubiese hablado—. Eso me sirvió, sólo hasta cierto punto. Cuanto más trabajaba, más pensaba en ti y al fin tuve que enfrentarme al hecho de que sin ti, no me importaba que Beaumont Engineering se viniera abajo. Nada tenía sentido si tú no compartías mi vida, ni me estimulabas a hacer cosas; no sé por qué no me di cuenta de eso antes.

Él estaba destruyendo la coraza con que ella había cubierto su corazón; sin embargo, estaba decidida a no creerle.

—Vamos —agregó Loren, de pronto, al descubrir que Steve se tambaleaba. Poniendo un brazo alrededor de su cintura, Loren lo llevó hacia el camión—. Te estás quedando dormido.

—Hueles a grasa y a colonia —le sonrió, una vez que ella había abierto la puerta del camión para que él entrara—. ¡Es una mezcla deliciosa!

—¡Entra! —ordenó ella con aspereza, consciente del peligro de cuerpo firme de él contra el suyo. Steve le obedeció sin discutir.

—Loren… —murmuró su nombre con esa voz profunda que siempre había logrado excitarla. No obstante, ella no tenía ninguna intención de permitirle decir algo de lo cual después podría arrepentirse.

—No digas una palabra más —suplicó ella—, hablaremos más tarde.

Steve suspiró y estiró sus largas piernas tanto como el interior del camión se lo permitía. Aunque cerró los ojos, ella sabía que no dormía durante el corto viaje de regreso a la casa, donde, a la sombra de un sauce, se encontraba estacionado el Jaguar rojo.

Cuando entraron en la casa, encontraron a Jean Fraser en el vestíbulo; la madre de Loren miró extrañada a su hija, antes de que sus ojos expertos reconocieran la fatiga de Steve.

—Puse sus cosas en el cuarto de huéspedes, señor Beaumont, si desea ir arriba y descansar, puede hacerlo —le dijo con una cálida sonrisa.

—Muy amable por su parte, señora Fraser —le sonrió—. Estaré mejor si duermo algunas horas.

—Loren le enseñará su cuarto —informó Jean.

¿Qué les había contado Steve a sus padres? Se preguntaba Loren desesperada, mientras se dirigía al cuarto de huéspedes.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que se asustó cuando Steve pronunció su nombre. Entonces descubrió que estaban parados a un lado de la cama del amplio cuarto de huéspedes.

—Acuéstate —ordenó enérgica, poniendo las manos sobre el amplio pecho de Steve y empujándolo, hacia la cama. Al fin se dejó caer y colocó la cabeza en la almohada.

Loren sentía su rostro rígido debido al esfuerzo que hacía por ocultarle a Steve sus sentimientos. Tenía que huir de él, no podía soportar un momento más estar tan cerca y, a la vez, tan distante. Pero Steve estiró la mano para coger la de ella como si hubiese advertido el deseo de Loren por escapar.

—No te vayas —suplicó él y aunque su voz indicaba cansancio, tiró de la mano de Loren con fuerza y la obligó a sentarse a su lado.

—Estaré aquí cuando despiertes —aseguró deslizando sus dedos entre los de él.

—¿Es una promesa?

Esa indicación de ansiedad en sus ojos llegó hasta el alma de Loren quien sintió un nudo en la garganta.

—Es una promesa.

Él se tranquilizó y cerró sus pesados párpados, no obstante, su mano se aferró a la de ella y pasó un buen rato antes de que la alejara. Dormido, respiraba hondo y de manera uniforme; la mirada ávida de Loren vagó por las amadas facciones masculinas, fijándose lo hundido de sus mejillas y en las líneas de agotamiento alrededor de la boca y los ojos. Acostado allí, parecía tan vulnerable, que una infinita ternura la invadió y no hizo ningún intento por secarse las lágrimas que empañaban su vista.

—Te amo, Steve. No importa lo que seas, ni lo que hagas, siempre te amaré —susurró. Pasó sus temblorosos labios sobre el dorso de la mano de él, antes de ponerla en la cama y, con mucho

cuidado se levantó.

Al salir, cerró la puerta sin hacer ruido. Cuando se volvió, encontró a su madre, por lo que no tuvo tiempo de ocultar las lágrimas.

—¿Está dormido? —preguntó Jean con voz baja.

—Sí —susurró Loren, quien hacía un desesperado intento pe controlar el llanto—. ¡Oh, madre!

—Lo sé —murmuró Jean, mientras deslizaba, para consolarla brazo alrededor de los hombros de su hija y la conducía hacia la escalera—. Duele amar a alguien de esa manera.

Jean Fraser sabía más de lo que Loren había imaginado, así que no negó la verdad cuando se dio cuenta de que ya no tenía sentido ocultar sus sentimientos.

—Lo que necesito es una taza de té —aseveró Loren, temblorosa, cuando entraron en la cocina.

—Yo creo que las dos necesitamos una taza de té fuerte — convino su madre y puso a funcionar la tetera—. Y después de eso, te sugiero que tomes un baño y te pongas algo bonito.

Loren sonrió vacilante aunque divertida y se sentó a la mesa, mirando de reojo a su madre.

Jean Fraser sonrió al ver la mirada jovial de su hija y Loren descubrió que su madre la entendía más de lo que había imaginado. Fue un error, quizá, no confiar en sus padres, pero incluso ahora le resultaba difícil exteriorizar sus sentimientos hacia Steve, los temores que acompañaban a su amor por él.

Media hora después, Loren subió de nuevo y se detuvo por un momento en el pasillo, afuera del cuarto de huéspedes, antes de ir a su propio dormitorio.

«Vine con la esperanza de convencerte para que regreses conmigo a Johannesburgo», repercutían en su mente las palabras de Steve, mientras se bañaba y se lavaba el pelo. ¿Qué había querido decir exactamente? ¿Iba a hacerle la misma proposición de antes?

¡Oh, Dios, no, no! ¡No podía soportarlo!

Envolvió su cuerpo húmedo en la toalla y se reclinó por un momento en la puerta para mitigar el dolor que la atormentaba. Apenas había empezado a imaginar que podía vivir sin Steve y ahora que lo veía de nuevo comprendía lo ingenua que había sido al pensar que alguna vez podría olvidarlo.

«Lo he pasado realmente mal durante estas semanas», le había dicho. «Trataba de convencerme de que no merecía la pena preocuparme por ti, pero eso no me ayudaba a olvidarte».

¿Era cierto? ¿Podría creerle?

Se puso un vestido de flores y cuando se le secó el pelo, lo cepilló con tal energía que parecía querer hacer desaparecer sus perturbadores pensamientos. Se maquilló un poco el rostro y una vez que se puso unas cómodas sandalias, examinó su aspecto en el espejo y bajó para acompañar a sus padres a tomar el té.

Instalados en el porche, amplio y sombreado, su padre, quien apenas si mencionó a Steve, centró la conversación en las abundantes lluvias que habían caído. Loren se lo agradeció en silencio, así disponía de más tiempo para calmarse y prepararse para su confrontación, inevitable, con Steve, si bien admitía que tenía deseos de que llegara el momento.

Steve no bajó a almorzar. Era mejor dejarlo dormir. Después del almuerzo, Loren se quedó sentada en la terraza, sin embargo, al darse cuenta de que hacia las cuatro de la tarde Steve no había despertado, ya no pudo soportar su intranquilidad.

—Voy a dar un paseo —anunció con expresión cautelosa, mientras sus padres la miraban curiosos—. Si me necesitáis, estaré en el viejo pozo.

Con el abrasador sol sobre el rostro y los brazos, salió de la casa y se detuvo más allá del jardín, debajo de la sombra de los cipreses y los sauces. Se apoyó en la pared del pozo, que ya no se utilizaba, mirando intranquila y agitada, hacia el valle, donde las ovejas pastaban, bajo el sol de las últimas horas de la tarde.

Loren no tuvo idea de cuánto tiempo estuvo allí, el sol ya llegaba al ocaso cuando el ruido de pisadas le advirtió que ya no estaba sola y al volverse descubrió que Steve avanzaba hacia ella. Se había puesto un pantalón y una camisa, azules, su vitalidad de nuevo la impresionaba, aunque lo hundido de sus mejillas y ese aspecto extraño y fantasmal de sus ojos todavía eran muy evidentes. Se apoyó en el muro junto a ella y su cercanía hizo vibrar los nervios de Loren de una manera alarmante.

—¿Esto es un pozo? —preguntó él, mirando hacia el interior.

—Hace tiempo, lo era, ahora ya no se utiliza —respondió observando de cerca sus facciones—. ¿Te sientes mejor?

—Después de dormir durante siete horas, soy hombre nuevo —sonrió débilmente, buscando los ojos de ella con una intensidad tal, que Loren apartó la vista por miedo de que él descubriera algo.

—De nuevo amenaza una tormenta —anunció ella, observando el cielo—. Lo huelo en el aire.

—Dentro de mí también amenaza una tormenta —afirmó él con calma y el corazón de Loren apresuró su ritmo cuando se volvió hacia él.

—Esta mañana dijiste muchas cosas…

—Y todo era cierto —la interrumpió con gravedad, deslizando la mirada sobre el brillo dorado de su cabellera y depositándola finalmente sobre sus facciones.

—Paseemos —sugirió ella, pero él puso una mano sobre su hombro y la detuvo antes de que diera un paso.

—¿De qué tienes miedo, Loren?

Le miró a los ojos, luego movió el hombro, librándose de la mano de Steve, alejándose de éste.

—Tengo miedo de ti —confesó con inevitable sinceridad—. Tengo miedo de la forma en que me haces sentir, sobre todo, tengo miedo de ser herida.

—No quiero herirte, aunque te parezca increíble —caminaba al lado de ella, pero no intentó tocarla de nuevo—. Mi principal propósito al venir aquí es rogarte, si es posible, que me des la oportunidad de rectificar mis errores pasados.

¿Cómo podía rectificar el hecho de que sólo la quería como amante? ¿No había él señalado con claridad desde el principio que una esposa sería un problema? Ahora Loren se protegía contra una posible herida.

—Si caminamos por aquí, podremos ver la puesta del sol detrás de esas colinas —dijo Loren cambiando de tema.

Steve caminaba junto a ella en silencio.

El sol descendió detrás de las colinas. Sus rayos aún teñían el cielo de un delicado rosa brillante; sin darse cuenta, Loren suspiró.

—Es precioso, ¿verdad? —preguntó con suavidad, casi con miedo de perturbar el tranquilo silencio del crepúsculo.

—Mírame, Loren.

Había llegado el momento de sincerarse, y ella, temerosa, se negaba a hacerlo.

—Por favor, Steve…

—¡Mírame! —ordenó él con voz tranquila, mientras la cogía de los hombros y la obligaba a levantar la cara—. No deseo ver más salir u ocultar el sol si no estás conmigo. ¿Entiendes lo que te digo?

Al fin, le miró a los ojos y lo que vio en ellos hizo que la sangre fluyera más de prisa por sus venas.

—¿Me estás pidiendo que viva contigo?

—Sé que sin ti, mi vida no tiene sentido, así que lo que busco es un acuerdo del tipo «hasta que la muerte nos separe» —apartó las manos de los hombros de ella y cogió su rostro—. Te pido que te cases conmigo, Loren.

Loren se quedó perpleja ante aquella proposición.

—Para mí, el matrimonio es para siempre, si no estás absolutamente seguro de que eso es lo que quieres, entonces ese «para siempre» podría convertirse en una eterna agonía.

—Te amo, Loren y te necesito —dijo las palabras que ella había ansiado oír—. La eternidad me resultaría un tiempo demasiado corto para demostrártelo —añadió con voz ronca.

Las barreras habían caído, se habían quitado las máscaras, la felicidad más indescriptible invadió a Loren. En los ojos de Steve vio reflejados sus propios sentimientos, como si se mirara en un espejo. Pero también tenía miedo, miedo de caer de nuevo en ese abismo, vacío y solitario, en que se había convertido su vida en las semanas anteriores.

—¡Oh, Steve! —suspiró, temblorosa, inclinándose sobre él y apoyando la cabeza en el amplio pecho de él, quien la abrazó de inmediato.

—¿Significa esto que te casarás conmigo? —preguntó con una incertidumbre conmovedora que no correspondía a su arrogancia; ella levantó el rostro encendido hacia él para que Steve penetrara en lo más recóndito de su alma.

—Sí, me casaré contigo —susurró con ojos llenos de lágrimas de felicidad, mientras lo abrazaba por la cintura y se acercaba más a él.

Sus brazos la apretaron casi de modo asfixiante y cuando acercó sus labios a los de ella, la besó con gran ternura. La amaba, ya no lo dudaba. Ávidos los dos, continuaron besándose, Loren sentía como si el tiempo se detuviera mientras sus corazones latían al unísono.

Estuvieron allí un largo rato, al tiempo que las sombras avanzaban y daban paso a la oscuridad completa. Por fin se apartaron, y Loren, temblorosa, rebosaba de alegría.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó, temerosa ante la idea de su posible partida, mientras, cogidos de la mano, regresaban a la casa.

—Tus padres me han invitado a quedarme hasta que nos casemos, el próximo sábado.

—¿El próximo sábado? —repitió débilmente, mirándole incrédula.

—He organizado una luna de miel maravillosa —sus ojos brillaban—. Se trata de un viaje de seis semanas por las Islas Británicas y Europa.

Al recordarle la odiosa proposición que una vez había hecho, la sangre encendió las mejillas de Loren y la garganta se le cerró al evocar lo que había sufrido.

—¡Hablas en serio, Steve! —suplicó.

—Hablo en serio —le aseguró, ahora con inequívoca sinceridad —. Un viaje a Aberdeen bastará para hacer los arreglos necesarios para nuestra boda, y si llamamos por teléfono a la señora Markham, ella se encargará de que nuestros billetes de avión para Londres estén listos y esperándonos para cuando lleguemos a Johannesburgo.

Le miró en silencio durante un momento, luego una chispa de regocijo encendió sus ojos.

—¡Tengo la sensación de que en este asunto no tengo ni voz ni voto!

—Por supuesto que los tienes —se burló de ella—. Puedes decidir qué país te gustaría visitar primero.

—¡Oh, vamos! —rio ella—. Regresemos a la casa.

Will y Jean estaban sentados en el porche, al verlos, Loren se detuvo para preguntar a Steve.

—¿Qué le dijiste a mis padres esta mañana?

—Les dije que yo era el imbécil que te había herido tanto, pero que quería casarme contigo —sonrió, trémulo.

—¿Qué dijeron? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Me dijeron que te lo propusiera y que si tú me rechazabas tu padre me daba una botella de *whisky* para olvidar mis penas —le

sonrió con pesar fingido—. ¡Eso me recuerda que me he quedado sin la botella de *whisky*!

—Oh, eres odioso… —Loren detuvo su alegre reproche cuando descubrió que el brillo burlón de los ojos de Steve era reemplazado por un destello ardiente, que la hizo temblar—. Te amo, Steve.

—Sabía que aprovecharías un momento como éste, cuando tus padres están sentados allí mirándonos, para decirme que me amas —hizo una mueca.

—Nunca te he considerado un hombre tímido ante la gente —se burló de él, pero se arrepintió al instante, cuando un brillo peligroso apareció en los ojos de él.

—¡Tú te lo has buscado! —le advirtió y sin hacer caso de su protesta la cogió en sus brazos y la besó con tanta pasión que ella se sonrojó y se quedó sin aliento.

Loren se abrochó el cinturón de la bata que se había puesto y se apartó de la maleta abierta que se encontraba en el suelo para acariciar los suaves pétalos de las rosas y claveles blancos que estaban en un florero encima del tocador. Junto a las flores, que habían encontrado al llegar, había una tarjeta de felicitación de la señora Markham.

Loren sonrió feliz mientras apartaba la vista de las flores y avanzaba hacia la ventana para mirar el jardín de la casa Houghton, propiedad de Steve. En su mano izquierda llevaba puesta una alianza de oro, todavía le resultaba increíble que fuera la esposa de Steve.

Había sido una semana extenuante, sin embargo, recordaría el día de su boda durante el resto de su vida.

Natalie y su madre viajaron desde Johannesburgo para asistir a la ceremonia nupcial. Para ahorrar tiempo, Steve había enviado por tren su Jaguar y el coche de Loren a Johannesburgo y también había alquilado una avioneta que les llevaba de Aberdeen a Johannesburgo; el propósito de todo era que pudieran pasar su noche de bodas en casa de Steve y viajar a Londres el domingo por la tarde. Su luna de miel iba a durar seis semanas de absoluta felicidad, Loren no tenía duda; también sabía que Steve necesitaba ese descanso.

Unos minutos después, se abrió la puerta del baño, vio que Steve, enfrente del espejo, se peinaba el pelo húmedo. Llevaba una toalla alrededor de las caderas y al verle el torso desnudo, Loren recordó la noche que le había dado el masaje.

Loren se acercó a él y le abrazó por la espalda. Steve se movió ligeramente, de modo que sus ojos se encontraron en el espejo del tocador. Él le sonrió, Loren, feliz, correspondió a la sonrisa y deslizó sus labios sobre la suave piel de la espalda masculina. Al sentir el contacto de las manos de ella, se endurecieron los músculos de su estómago. Él dio media vuelta y puso las manos sobre la espalda de ella, oprimiéndola contra su propio cuerpo.

El calor de las manos de Steve avivaban su pasión, los ardientes ojos azules la miraron por un momento, antes de que bajara la cabeza para acariciar sus labios con pequeños besos que aumentaban su avidez.

—Lee tendrá lista la cena dentro de dos horas —dijo él con voz profunda, mientras la besaba.

—Eso significa que tenemos mucho tiempo —susurró y la atrevida invitación fue el resultado del deseo, intenso, agradable, que se apoderó de ella.

—Sí… —sonrió él suavemente y le quitó la bata. La levantó en brazos y la llevó a la cama. Loren experimentó timidez cuando recorrió con la vista su cuerpo desnudo y el amor que encendió sus ojos, antes de bajar la cabeza y deslizar sus labios por el cuello y los senos—. Tu piel es tan suave —murmuró él con esa voz profunda que siempre encendía los sentidos de Loren.

—Oh, Steve, te amo tanto —suspiró extasiada, mientras deslizaba los dedos entre los pelos de él. Después se perdieron en la tormenta de las emociones que los envolvía.

Sólo disfrutaba de los labios y las manos ardientes que provocaban en ella un deseo febril. En su entrega final, Steve la llevó a esa esfera desconocida e intensa del éxtasis que la dejó agotada y a la vez satisfecha.

—Te adoro, mi dulce, hermosa Loren —murmuró Steve tiempo después, mientras permanecían todavía acostados, con sus cuerpos entrelazados, como si no soportaran la separación—. Ya te lo había dicho hoy, ¿verdad?

—Sí —suspiró—. Todavía me parece increíble, así que no me

importa oírlo de nuevo.

—Estaba ciego, fui un necio. Valoraba mucho mi libertad que se convirtió en mi prisión, tuve que caer en la depresión para entender la verdad —confesó molesto consigo, mientras quitaba algunos pelos dorados del rostro resplandeciente de Loren—. Por ti, cariño, lo pasaría muy mal de nuevo; pero no quiero herirte nunca en la forma que lo hice.

Hablaba en serio: jamás le volvería a hacer daño. Loren no podía soportar ver sus ojos atormentados, así que cogió la cabeza de él y la llevó hasta su pecho. Él suspiró y abrazó con mayor fuerza el cuerpo femenino, esbelto, suave. Se pertenecían, así lo había decretado el destino desde su primer encuentro y así permanecerían hasta la eternidad.

Fin